

Mente y Cultura

Volumen 4 • Número 1 • Enero-Junio • 2023



DIRECTOR-EDITOR

—
Dr. Héctor Pérez-Rincón García

COEDITOR

—
Dr. Samuel A. Miranda Aguilar

COMITÉ EDITORIAL

—
Prof. Renato Alarcón (EU-Perú)
Prof. Roger Bartra (México)
Prof. Germán E. Berríos (UK)
Prof. José Luis Díaz Gómez (México)
Prof. Otto Doerr Zegers (Chile)
Prof. Bruno Estañol (México)
Dr. Francisco Gómez-Mont Ávalos-Levy
Prof. Francisco González Crussi (EU-México)
Prof. Francisco López-Muñoz (España)
Prof. Fernando Lolas Stepke (Chile)
Prof. Rogelio Luque Luque (España)
Dr. Jesús Ramírez-Bermúdez
Dra. Cristina Sacristán (México)

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES

—
Jefe del Departamento: Héctor Pérez-Rincón
Coordinación editorial: Norma Bernal
Apoyo editorial: Estela González
Diseño de portada: Claudia Gallardo Sánchez



DIRECTORIO

—
Dr. Eduardo A. Madrigal de León
DIRECTOR GENERAL

Dra. Mónica Flores Ramos
DIRECTORA DE ENSEÑANZA

Dr. Francisco J. Pellicer Graham
DIRECTOR DE INVESTIGACIONES EN
NEUROCIENCIAS

Dra. Shoshana Berenson Gorn
DIRECTORA DE INVESTIGACIONES
EPIDEMIOLÓGICAS Y PSICOSOCIALES

Dra. Claudia Becerra Palars
DIRECTORA DE SERVICIOS CLÍNICOS

Dr. Ricardo A. Saracco Álvarez
SUBDIRECTOR DE INVESTIGACIONES
CLÍNICAS

En portada

Kouros de Anavysos (h. 525 a. C.)

Escultura griega, periodo arcaico.
Museo Nacional de Atenas.



Contenido

VOLUMEN 4, NÚMERO 1, ENERO-JUNIO 2023

ARTICULOS ORIGINALES

-
- 1 El mundo importa. Sobre la situación, la ocasión, el estar presente, el hábitat, el paisaje, el punto de vista, el hábitat, el espacio personal y la voz
José Luis Díaz Gómez
 - 17 Literatura, locura y degeneración. Representaciones de la enfermedad mental en la novela México Manicomio
José Antonio Maya González
 - 25 Etnografía y psiquiatría: ¿Crítica o caricatura?
Jesús Ramírez-Bermúdez
 - 33 La fotografía de difuntos del siglo XIX como reflejo psicosocial e intelectual de una época
Francisco Pérez-Fernández y Francisco López-Muñoz
 - 45 Panegírico a Salud Mental
Francisco Gómez-Mont Ávalos
- ## INFORMACIÓN Y ACONTECIMIENTOS
-
- 51 Complejidad, salud mental y neurodanza
Francisco Gómez-Mont Ávalos

Mente y Cultura, Año 4, No. 1, enero-junio 2023, es una publicación semestral, editada por el Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz. Calzada México-Xochimilco No. 101. Col. San Lorenzo Huipulco, Alcaldía Tlalpan, C.P. 14370, Ciudad de México, Tel. 55 4160-5128. Página web: www.mentecultura.mx, correo electrónico: mentecultura@imp.edu.mx. Editor responsable: Dr. Héctor Pérez-Rincón. Reservas de Derechos al Uso Exclusivo No. 04-2020-120218402060-102 e ISSN: 2683-3018, otorgados por el Instituto Nacional del Derecho de Autor, Licitud de Título y Contenido en trámite con la Comisión Calificadora de Publicaciones y Revistas Ilustradas de la Secretaría de Gobernación. Impresa y distribuida por BVS ediciones, Playa Regatas 501, Col. Militar Marte, Alcaldía Iztacalco, C.P. 08830, Ciudad de México. Depósito en SEPOMEX, oficina expedidora M.D.M. Coyoacán, Higuera 27, La Concepción, Coyoacán, 04020 Ciudad de México, CDMX este número se terminó de imprimir el 12 de junio de 2023 con un tiraje de 500 ejemplares.

El mundo importa

Sobre la situación, la ocasión, el estar presente, el hábitat, el paisaje, el punto de vista, el espacio personal y la voz

José Luis Díaz Gómez

Departamento de Historia y Filosofía de la Medicina, Facultad de Medicina, UNAM y Academia Mexicana de la Lengua

EL ENTORNO ASIMILADO, APROPIADO Y TRANSFORMADO

El objetivo del presente ensayo es examinar desde un punto de vista neurocognitivo y neurofilosófico el concepto de situación y sus diversos alcances. La situación, entendida como el ajuste, la conexión y la praxis de las criaturas vivas y sentientes en su medio ambiente físico, ecológico y social, tiene una larga trayectoria de estudios y abordajes que desembocaron en una doctrina que, bajo el rubro de *cognición situada*, tomó gran impulso a finales del siglo pasado. Emprendo el presente estudio de la situación extendiendo y actualizando un trabajo previo (Díaz, 2015) sobre las aportaciones de un conjunto de científicos de la psicología y la biología, varios de ellos vinculados a la fértil escuela de la Gestalt, la psicología holista de la forma y la configuración que floreció en Alemania en el primer tercio del siglo XX. En sus albores, esta doctrina emergió de las ideas del psicofísico monista Ernst Mach (1838-1916) sobre el fundamento de las sensaciones en la interacción de una conglomeración de estímulos con estructuras cognitivas armónicas e integrales.

El pionero de las teorías científicas que destacaron la importancia del entorno para el comportamiento fue el zoólogo de Estonia Jacob Johann von Uexküll (1864-1944), quien desde 1909 propuso el fértil concepto de *Umwelt* (literalmente, *mundo circundante*) para designar la conjunción criatura-ambiente en la que maniobra todo ser vivo. Concibió que la relación entre agente y mundo se torna indivisible por el siguiente circuito de procesos: *percepción* → *acción* → *objeto* → *percepción* (Berthoz & Christen, 2009; Ostachuk, 2013). Por su parte, el médico, psicólogo y político Willy Hellpach (1877-1955), colaborador de Wilhelm Wundt en Leipzig, desarrolló una *Psychologie der Umwelt* (psicología del mundo circundante) y la plasmó como *Geopsique*, libro traducido al castellano en 1940 y por segunda vez en 1992. Su énfasis en la dependencia recíproca entre la mente y el ambiente fue heraldo de los planteamientos de la llamada eventualmente psicología ambiental, en particular la psicología de la arquitectura (Pol, 2006).

Kurt Lewin (1890-1947), miembro prominente de la Gestalt emigrado a los Estados Unidos durante la hegemonía nazi, desarrolló una *teoría de campo* relevante a la autoconciencia y la cognición situada al afirmar que la conducta resulta de una totalidad con carácter de “campo dinámico” de acuerdo a la fórmula siguiente:

$$C = f(P, A)$$

donde C es la conducta o la acción de un individuo y (f) es una función de la situación que incluye las condiciones del individuo (P) y las del ambiente (A), concebido éste como su espacio vital.

Lewin (1939) derivó de la física de su tiempo la noción de “campo” porque incluía no sólo la acción a distancia de las fuerzas de la gravedad y la electromagnética, sino las variaciones de temperatura, tensión mecánica y propagación de ondas. Su teoría tuvo un impacto medular en la construcción de la *psicología ambiental* de Roger Barker y Herb Wright de la Universidad de Kansas, quienes en los años 60 concebían a la conducta no sólo como el movimiento del cuerpo, sino como una acción determinada en un medio dado (Barker, 1968; Pol, 2006). Por su parte, el psicólogo húngaro Egon Brunswick (1903-1955) estudió en Viena bajo influencia de la Gestalt y emigró a los Estados Unidos en 1935. Su trabajo se desplegó en torno al principio de que la psicología necesitaba poner tanta atención a las propiedades del ambiente en el que opera un organismo como al propio organismo, lo cual tuvo consecuencias importantes para la *psicología ecológica*.

Las extensas investigaciones de Jean Piaget (1984) sobre el desarrollo de la cognición infantil mostraron desde los años 30 que la criatura humana en sus estadios iniciales está constreñida a experiencias corporales y no distingue entre su cuerpo y otros objetos, ni comprende cuál es su situación. Piaget interpreta el desarrollo cognitivo como un proceso de “descentralización” por el cual el infante llega a concebirse a sí mismo desde una “posición externa” que le permite desarrollar una actitud hacia el propio cuerpo y su posición en el espacio. Esta capacidad va cristalizando

en conceptos como *aquí* (el sitio donde está el propio cuerpo), allí (donde están otros cuerpos y donde puede estar el propio), *adelante* o *atrás* (lugares en referencia al propio cuerpo), etc.

La relevancia cognitiva del medio ambiente fue empíricamente abordada por el anfitrión de Brunswik, Edward C. Tolman (1886-1959), en un trabajo clásico de 1948 titulado “*Cognitive maps in rats and men*”, en el cual postula que la mente opera como un cuarto de control más que como una red telefónica, como lo consideraba el conductismo entonces imperante. Los estímulos ambientales no se conectan a las respuestas del organismo como interruptores en línea, sino que se elaboran internamente en mapas tentativos del ambiente que determinan la respuesta. La polémica que surgió entre conductistas y cognitivistas en relación con este dilema vino a ser superada por la comprobación del sustrato nervioso del mapa ambiental en las redes neuronales del hipocampo cerebral. Se trata de las “células de lugar” que se ubican en la capa CA1 de esta antigua estructura y que intervienen en la capacidad para reconocer sitios específicos, de tal forma que el entorno inmediato estaría representado y procesado en una red que incluye a estas neuronas (O’Keefe & Nadel, 1978).

El antropólogo sistemista Gregory Bateson (1972) mantuvo que la mente no está confinada a la cabeza o al cuerpo, pues constituye una red cibernética de relaciones entre el organismo y su entorno mediado por el comportamiento y la percepción: la mente es de naturaleza ecológica. Poco después surge un concepto afín, se trata del *affordance* de James Gibson (1979), según el cual los objetos percibidos no sólo constituyen contenidos que permiten reconocerlos y ubicarlos en el espacio, sino que su percepción cabal involucra las posibilidades que el individuo tiene de actuar sobre ellos y además *vaticina* las consecuencias de tales acciones. De este planteamiento deriva una noción relevante: la cualidad de un objeto no le es intrínseca, pues se adquiere en virtud de la actividad que demanda o permite del individuo. Esto quiere decir que la percepción es de naturaleza ecológica y constructiva, pues no sólo engarza sistemas cognitivos de memoria, juicio, categorización y conceptualización, sino implica la actividad del agente en el mundo mediada por bucles perceptivo-motores modulados por el cerebro. En 1998 el filósofo de la mente José Luis Bermúdez ligó sagazmente a la autoconciencia con el *affordance*, pues este permite a una criatura entender las relaciones espaciales y temporales de los objetos con las capacidades y posibilidades de su cuerpo en movimiento. Se podría decir que la vida de relación más elemental e inmediata implica una previsión operante cuerpo-entorno, o bien yo-mundo.

En referencia al ambiente cognitivo, es relevante citar el concepto de *set and setting* que se encuentra ampliamente explicado por el médico y psicofarmacólogo Andrew Weil (1973) en su libro *The Natural Mind*, donde conecta de manera complementaria los factores del sujeto y del ambiente

que determinan el curso de una experiencia psicodélica. El *set* o *mindset*, es todo aquello que la actitud del sujeto aporta a la vivencia y depende de su temperamento, carácter, historia, motivación, ideología, expectativas y conciencia. El *setting* es el escenario, el contexto físico, ecológico y social en el que ocurre la experiencia: el cómo, cuándo, dónde y con quién que definen el marco y las restricciones que el entorno impone a la criatura activa. La vivencia y la conducta son el resultado de la interacción de *set* y *setting*, de mentalidad, conducta y circunstancia, idea precedida por la teoría del campo de Kurt Lewin que revisamos arriba y que esta noción enriquece. Por su parte, en su doctrina de la *meshwork*, (noción que se puede interpretar como “la textura operativa del mundo”) delineada en 1968 y en 1976, el geógrafo sueco Torsten Hägerstrand (1916-2004) concibió trayectorias evolutivas y de expresión que ocurren en la interacción diacrónica –es decir, temporal e histórica– del sujeto con su entorno y que determinan la conexión yo-mundo.

Desde finales del siglo XX las ciencias cognitivas dirimen una productiva revuelta conceptual según la cual los procesos cognitivos, más que suponerse internos, subjetivos y separados del entorno, ocurren y se manifiestan en la relación del sujeto con el mundo a través de acciones de su cuerpo. Entre los exponentes de esta cognición corporizada y situada se encuentran Varela, Thompson y Rosch (1991), Lakoff y Johnson (1999), Clark (2008) y Shapiro (2014). Según esta doctrina, la mente opera en tiempo real encarnada en un cuerpo, el cual, mediante operaciones sensorio-motrices, sitúa su faena más sustancial con el medio circundante. La relación estrecha y dinámica entre la mente, el cuerpo y el entorno sería la fuente, el escenario y el nicho de la cognición. La conciencia se considera el aspecto subjetivo de una capacidad cerebral incorporada en un organismo enclavado en un medio ambiente físico y cultural tan cambiante como restrictivo, tan determinante como aprovechable. La detección, experiencia y representación subjetivas de objetos, eventos, sujetos y del propio cuerpo son claves para advertir, incorporar, descifrar y modificar el ambiente natural y social.

En *Cognition in the wild (La cognición silvestre)* de 1995, el antropólogo cognitivo Edwin Hutchins engarza ingeniosamente sus experiencias como antropólogo y navegante para construir una teoría de niveles de operación de la cognición. En vez de afiliarse a la idea de que la cultura influye y determina la cognición, propone que los sistemas culturales tienen propiedades cognoscitivas intrínsecas que contrastan con las de los individuos que participan en ellas. Rebase así la metáfora central de la ciencia cognitiva clásica –la mente como un sistema computacional– para poner de manifiesto las propiedades cognoscitivas de sistemas que traspasan la mente y la conducta del individuo. De esta forma propone que existen niveles de operación cognitiva que van desde los subpersonales, pasan por los individuales y se manifiestan en los interpersonales o culturales.

Para Tim Ingold (2012), antropólogo biosocial británico, la cultura implica estar en el mundo de la vida como organismos entre organismos (véase Castañeda, 2013). Ingold concibe una malla trabecular consistente en trayectorias de *geografía temporal* que se despliegan y se entrecruzan en haces transitorios determinando aquello que caracteriza la vida de los seres humanos y que denomina escuetamente *becoming*. El término *becoming* en inglés no sólo designa un devenir, una mutación y una evolución particulares, sino que puede traducirse como realización o bien, de forma más literal, el *llegar a ser*, admitiendo la carga teleológica de adquisición y logro que tienen estas expresiones. La idea implica la constante evolución de todo lo existente, en particular el proceso de cambios del organismo que se estipula con el verbo estar en la lengua castellana, como veremos en secciones siguientes. Concluyo ésta con una simpática idea de Tim Ingold (citado por Carolina Castañeda, 2013):

Para el devenir humano, la nariz no existe como una estructura anatómica –un bulto en la cara– sino como el naricear: esto es, en el respirar, oler y sentir a través del cual continuamente exploramos el camino por delante.

SITUACIÓN, OCASIÓN, COLISIÓN, RESOLUCIÓN

De este conjunto de pensadores y doctrinas sobre el papel crucial del medio ambiente derivo tres principios generales y entrelazados que vinculan a toda criatura viva y funcional con su medio ambiente como funciones de relación relevantes a la autoconciencia.

1. *Principio de incrustación y ajuste*: al captar, intercambiar y compartir materia, energía e información perceptual y comportamental con su entorno físico, biológico y social, todo ser viviente está confinado, sometido y enfrentado a las condiciones cambiantes de su hábitat.
2. *Principio de interacción y conexión*: la percepción y la valoración del entorno circundante, vinculadas a las del propio cuerpo, permite a las criaturas vivas y móviles interactuar con los procesos, objetos y sujetos que las rodean.
3. *Principio de agencia y praxis*: la corporalidad y la conciencia corporal de cada individuo no se restringen a sentir y mover el propio cuerpo, sino a percibirlo, usarlo y conducirlo en el espacio-tiempo con un sentido.

En pocas palabras: para operar y conducirse con dirección, propósito y eficacia, los vivientes móviles requieren situarse en su medio interactuando con sus elementos disponibles de la manera más provechosa posible.

El vocablo *situación* proviene del latín *situatio* (el estado de cosas) y se refiere a la localización y disposición de un objeto, de un elemento o de un agente en referencia al lugar que ocupa en el espacio y en el tiempo. Cuando se aplica a los seres sentientes se usa para definir la posición, la circunstancia, el estado o la condición de un agente en referencia a sus posibilidades de acción en el mundo circundante. Remite a la parcela del mundo que es del interés y la incumbencia del agente que se encuentra en un sitio, en un momento y en una circunstancia dadas y cambiantes. Un factor crucial de la situación consiste en que su percepción adecuada es necesaria para evaluar, considerar, elegir y ejercer las acciones que previsiblemente van a modificar la condición en la que un agente se encuentra, como parte de ese circuito definido como *umwelt* por von Uexhüll. Las facultades de conciencia, atención, razonamiento, creencia, aprendizaje, memoria, recuerdo y decisión constituyen dispositivos cognoscitivos involucrados en la observación, evaluación y selección de las acciones tendientes a modificar la situación y favorecer el ajuste del agente a su medio.

Un ejemplo palmario para ilustrar la autolocalización espacial y temporal de una criatura viva en su entorno es el viaje más largo realizado por un ser viviente con sus propios recursos. Este récord lo ostentó en 2020 la aguja colinegra (*Limosa lapponica baueri*), una menuda ave que prospera en el limo de esteros y lagunas costeras. Se ha probado que un ejemplar de esta especie recorrió más de 12 mil kilómetros volando durante 11 días sin comer ni reposar para trasponer el Océano Pacífico ¡desde Alaska hasta Nueva Zelanda! Este prodigio biogeológico es un caso extremo de los viajes migratorios que realizan anualmente muchas especies de aves, para lo cual requieren recursos metabólicos extraordinarios y un consumo óptimo de energía. Aún más sorprendente es la capacidad de orientación en el espacio que permite a estas criaturas aéreas surcar parte del planeta manteniendo un rumbo definido, sea de día o de noche, llueva o truene, con viento a favor o en contra. La hazaña depende crucialmente del cerebro, el cual, mediante la captación y el procesamiento de señales muy diversas, integra una especie de *neurobrújula multisensorial* que permite a cada ave migrante calcular su meta y controlar certeramente la dirección de su vuelo para alcanzarla.

Es probable que esta *cerebrújula* se conforme por un programa de tiempo y dirección evolutivamente seleccionado, el cual se desarrolla y se llega a expresar mediante el aprendizaje de señales sensoriales de orden celeste y geomagnético en coordinación con destrezas motrices (Wallraff, 1991). Este pasmoso sistema de navegación, que es innato y también adquirido, permite a cada ave en ruta sopesar piezas de información para responder a situaciones conflictivas o inesperadas y mantener el rumbo. Así, al usar múltiples señales para permanecer en la dirección correcta, el ave se va aproximando a la remota diana de su destino, donde utilizará su reconocimiento previo del territorio para llegar a un

sitio tan específico como puede ser el lugar de su crianza. Es probable que en esta última etapa utilice señales olfatorias y visuales que son más ordinarias para los seres humanos.

Recurro ahora a un escenario aparentemente muy distinto para continuar escrutando el concepto de situación. En las obras de teatro y en la dramaturgia tradicional se emplea el término de *situación dramática* para definir y mostrar cómo un personaje particular afronta un conflicto dado. Esta es la unidad escénica primordial porque manifiesta el sentido de la trama y es determinante para comprender las motivaciones y las acciones de los personajes. Luego de evaluar múltiples obras de ficción, cuentos de hadas y obras de teatro, a finales del siglo XIX el crítico francés Georges Polti propuso que hay 36 posibles situaciones dramáticas, un número un tanto caprichoso que ha sido cuestionado: Roberto Tobias las redujo a 20 y Christopher Booker a 7 (Vázquez, 2018). Se trata de conflictos entre un ser humano con otro, con la naturaleza, con las divinidades, con la sociedad, con lo desconocido o... consigo mismo. Finalmente parecería que toda situación dramática –incluyendo las que se viven en la vida diaria– son conflictos entre un yo y el no-yo de su entorno, como lo habían advertido los pioneros de la filosofía del yo: Fichte en Alemania y Maine de Biran en Francia (Janet, 1874).

En referencia al conflicto, en las últimas décadas la psicología académica utiliza el concepto de *afrontamiento* o *enfrentamiento* (traducción del *coping* inglés) como el conjunto de estrategias que utiliza una persona para gestionar las demandas que percibe como grandes o excesivas para los recursos que considera poseer. Se trata de una respuesta adaptativa tendiente a reducir el intenso estrés que se deriva al encontrar, confrontar y tratar de resolver situaciones difíciles o traumáticas, como son las que se consideran problemas vitales, desgracias o calamidades. La respuesta será más o menos exitosa dependiendo de recursos empalmados de orden perceptual, cognitivo, emocional, volitivo y cinético implicados en la captación de la información, la evaluación de la circunstancia y las capacidades de resolución del individuo en función de las acciones emprendidas.

El término de *resiliencia* ha cobrado una importancia creciente en el estudio del enfrentamiento, pues se refiere a la capacidad de adaptación en términos de las habilidades emocionales y conductuales para mantener o recuperar la normalidad, el equilibrio o la salud en situaciones problemáticas y adversas. Es importante distinguir estados o fases de la resiliencia, al menos en términos de la capacidad funcional de adaptación a la adversidad en términos de rasgos genéticos, funcionales y de personalidad que preceden a la adversidad, el proceso psicobiológico y comportamental que se desarrolla al contender con ella y el resultado del evento en términos de aprendizaje (Choi et al., 2019). Miller y colaboradores (2022) distinguen tres elementos o factores en la resiliencia, el primero es la inercia entendida como la habilidad para resistir los cambios, el segundo es

la elasticidad, la capacidad para retornar al estado previo desde una perturbación stress y el tercero es la plasticidad entendida como la capacidad para expandir el repertorio de las funciones de adaptación.

HÁBITOS, HÁBITATS, HABILIDADES Y CALIDAD DE VIDA

En sus *Meditaciones del Quijote* de 1914, el entonces joven filósofo madrileño José Ortega y Gasset (1883-1955) implantó aquél célebre aserto de “yo soy yo y mi circunstancia,” el cual conviene citar en su contexto original (p. 322):

Este sector de realidad circunstante forma la otra mitad de mi persona: sólo al través de él puedo integrarme y ser plenamente yo mismo... Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo.

Para Ortega el sujeto es un ser compartido con el mundo, pues el yo y la circunstancia están de tal manera trabados que la escena no es ajena y accidental al sujeto, sino propia y específica. Vivir es enterarse, percatarse, tomar conciencia de la situación y de la coexistencia con el mundo, lo cual se define mejor en primera persona: yo me concibo a mí mismo instalado en el mundo y me ocupo de las cosas, de las personas, de las circunstancias. Frente al idealismo (yo sin cosas) y al realismo (las cosas sin yo, o yo entre las cosas), Ortega propone al *yo con las cosas* como una clave fundamental del conocimiento.

Una década más tarde, en *El Ser y el Tiempo* de 1927, Martin Heidegger (1889-1976) retoma de Hegel el concepto de *Dasein*, literalmente “ser-ahí,” traducido al castellano por José Gaos como “ser-en-el-mundo” y de manera más diáfana como “estar-en-el-mundo” por el filósofo chileno Jorge Eduardo Rivera. El *Dasein* es una noción clave del existencialismo, pues existir significa estar lanzado o arrojado en este mundo donde la conciencia se absorbe y se encauza de manera interesada y práctica, pues estar-en-el-mundo implica posibilidad, eventualidad y ética. El contradictorio pensador alemán, afiliado temporalmente al nazismo, concibe esta relación como *sorge*: el cuidado, la preocupación, la solicitud, de tal forma que el ser humano moldea su entorno al preocuparse y ocuparse intencionalmente de las cosas y de los otros al estar situado ahí.

Estar ahí no sólo consta de un individuo pasivamente situado en el mundo, pues el sujeto define y ejecuta actos que resultan de actos pasados y engendran actos futuros; el presente se extiende indefinidamente en este transcurso de eventos que vienen a ocurrir, duran y pasan. Bien podría pensarse en este devenir como un proceso en creación perpetua como lo propuso Alfred North Whitehead (1929), en el sentido de que las *ocasiones* se suceden sin parar en un proceso de actualización constante. Whitehead calificó su

doctrina como una *filosofía del organismo*, con lo cual resaltaba el conjunto de ocasiones que conforman el proceso de las entidades orgánicas existentes. El organismo humano se ha ido ajustando a través de las edades a los cambios y restricciones del medio, lo cual ha redundado en una entidad personal ordenada y durable que este notable matemático y filósofo inglés concibe como el *self*, el ser individual que mantiene su identidad a través de los cambios y de las experiencias. Este *self* está alojado en un nicho ambiental, un hábitat de orden físico, ecológico y social que ha sido modificado y adaptado por el propio humano. Las bases de la ética son parte esencial de las ligas que se establecen entre el *self* y el mundo (Smith, 2010).

La influencia del pensamiento existencial de Ortega y de Heidegger llegó a las Américas y en especial a México con los filósofos exiliados de la Guerra Civil Española. Así, Eduardo Nicol (1907-1990) hace una elaboración de esta doctrina en su *Psicología de las Situaciones Vitales* publicada en México en 1941, poco después de ocurrido el exilio. Resaltan en ella tres conceptos encadenados: la situación, la convivencia y el esfuerzo. En referencia a la *situación*, Nicol asevera que vivir es estar aquí y ahora en una realidad mutante y que el entorno forma parte vital del sujeto, el cual se constituye por la relación misma (pp. 93-94). En cuando a la *convivencia* destaca que la vida de una persona no puede ser comprendida por sí sola, como si fuera algo terminado, sino que implica relación y diálogo con el otro. Finalmente, hace referencia al *esfuerzo* y, hermanándose al *sorge* de Heidegger, afirma que es necesario afanarse y optar (pp. 111-112).

María Zambrano, ilustre filósofa española también exiliada de la Guerra Civil, reflexiona que con el correr del tiempo el ser humano se transforma y evoluciona con sentido, porque su *ser es un proyecto en camino*, un bosquejo que va madurando en la medida que la persona se apropia de su entorno y va tomando conciencia de su “estar ahí”, una excelente manera de comprender el concepto de *becoming* formulado por Tim Ingold (2012) y que revisamos antes. La persona se dispone como un ser humano en plenitud cuando llega a vivir conscientemente su propia realidad junto con los otros (Carrón de la Torre, 2010). Nicol (1941, p. 104) había dicho con semántico ingenio: “El hombre no es entero nunca, sino que se va enterando.” Como puede verse, en el pensamiento de Nicol y de Zambrano queda diáfano el papel esencial de la relación con el entorno en la construcción del sujeto humano y de su autoconciencia.

Encuentro un incitante parentesco conceptual entre estas aproximaciones filosóficas existenciales y una teoría de la biología evolutiva muy posterior, conocida como *construcción de nicho*. En las ciencias naturales el nicho fue tradicionalmente un concepto similar al de *hábitat*: el conjunto de variables ambientales que permiten a una población biológica progresar y mantenerse por un lapso de tiempo. Pero la teoría de construcción de nicho agregó que el hábitat no

sólo consiste en las condiciones del entorno natural, sino que los organismos las modifican y erigen otras, con lo cual estas adquieren un papel activo en la evolución, pues no solo hay una herencia genética, sino también una herencia ecológica (Davies, 2016). Ocurre entonces una interacción bidireccional y complementaria entre una especie y su medio, entre el organismo y su entorno, pues los individuos generan cambios que a su vez seleccionan a los que mejor progresan en ese entorno modificado. La idea de causas recíprocas entre agentes cognitivos y estructuras ambientales tiene así un paralelo en la idea de organismos constructores de nichos, que a su vez afectan a sus sucesores (Pinker, 2010).

La especie humana tiene la capacidad, la proclividad y la necesidad de cambiar su entorno, el cual hereda ya transformado por generaciones anteriores y transmite a las sucesoras dotado de nuevas modificaciones. Para el ser humano el mundo no sólo es el lugar donde estar, sino que en cierto sentido constituye *un taller*, pues, como lo afirma gráficamente el arqueólogo Felipe Criado Boado (2013, p. 3): “El ser-en-el-mundo se concreta en hábitos y los hábitos se materializan en hábitats.” La construcción del nicho humano se ha caracterizado además por niveles cada vez más elaborados de cooperación y de socialización y ha dependido de un robusto sistema de cognición social conformado por el lenguaje, la comunicación y el diálogo (Davies, 2016).

El límite del cuerpo viviente y actuante no sólo es la piel, pues existe una esfera de acciones y reacciones que subrayan tanto su centralidad interior como su trascendencia exterior gracias a su conducta deliberada, a su lenguaje y a su voz. Todo esto se expone y argumenta en la concepción actual de una cognición extendida y silvestre donde la mente, en tanto información simbólica, se concibe situada y embebida en el entorno en unidad indisoluble con el cuerpo (Hutchins, 1995; Clark, 2008).

El concepto de “calidad de vida” involucra la percepción que una persona va generando sobre la posible consecución de sus objetivos, expectativas, valores e intereses en el contexto en el que vive (Nussbaum & Sen, 1993). El conocido psicólogo colombiano Rubén Ardila (2003) subraya que la calidad de vida se refiere a un estado de satisfacción general, derivado de la realización de las potencialidades de la persona, tanto en términos subjetivos como objetivos de salud, seguridad, bienestar y armonía con su medio físico, ecológico y social. El concepto incluye categorías susceptibles de ser valoradas sobre salud, comunicación, trabajo y recreación, así como de vulnerabilidad, resiliencia y agotamiento (D’Alvia, 2005). La jurisprudencia de varios países considera el concepto de *daño extrapatrimonial* cuando se afecta la esfera “externa” de las personas generando una pérdida o una disminución en la posibilidad de ejecutar los actos y actividades que hacen agradable la vida, es decir que lesionan la calidad de vida.

PAISAJE, PAISAJISTA Y PAISANAJE

El término “paisaje” tiene un amplio significado en referencia a una región o un territorio, conceptos geográficos aparentemente independientes del observador humano. Sin embargo, el propio uso cotidiano de esta palabra implica que no toda porción de la naturaleza es un paisaje, sino sólo aquel sector que constituye un hábitat o un nicho humano. En efecto, la noción de paisaje está cargada de una estética derivada del romanticismo del siglo XIX, según la cual no sólo trata de un sector del mundo percibido, sino de una escena digna de ser representada por su belleza y su sentido. Por esta razón se denominaron “paisajes” a las escenas del mundo vislumbradas y pintadas desde un punto de vista humano, cuidadosamente seleccionadas por proporcionar en su espectador un efecto bucólico, placentero e instructivo. Los paisajes retratados no sólo plasmaban una escena visual, sino con ello *una forma de ver*, una noción alegórica del mundo en la que el cielo y la nube, la montaña y el bosque, el árbol y la flor, las olas del mar o la ruina de un edificio eran señas y símbolos preñados de sentidos recónditos, pero accesibles a una mirada atenta y dispuesta.

En el libro *Filosofía del paisaje*, el sociólogo y filósofo alemán Georg Simmel (1858-1918) propuso una redefinición del término “paisaje” que tuvo un considerable impacto en la sociología, la arquitectura y la estética posteriores. El libro se inicia con el siguiente párrafo:

No pocas veces puede ocurrir que, paseando por la naturaleza, nos fijemos, con mayor o menor atención, en cuanto nos rodea: los árboles y los cursos de agua, las colinas y las construcciones, la luz y las nubes en sus infinitas transformaciones. Detenerse en un detalle o advertir varios a la vez no basta, sin embargo, para tener conciencia de estar ante un ‘paisaje’.

A lo largo del texto, Simmel propone que el término de *paisaje* debe distanciarse de una identificación simple con un conjunto de entidades naturales o artificiales, o incluso como un entorno donde acontece la vida y la experiencia de los seres humanos. Para Simmel el paisaje es, en esencia, un constructo, es decir una elaboración cognoscitiva que los seres humanos desarrollan de ciertas escenas de su mundo, constructo fuertemente influido por la cultura imperante.

Es posible que una anécdota personal pueda ilustrar esta enriquecida noción del paisaje como un constructo culturalmente modulado. Hacia 1975 estaba yo involucrado en un estudio de plantas psicotrópicas de México, en especial de algunas que no habían sido tan analizadas como el peyote o los hongos alucinógenos. Esta indagación me llevó a tantear el campo de la etnobotánica, la interdisciplina abocada a estudiar los usos de las plantas en las culturas tradicionales. De esta forma entré en comunicación con un reconocido maestro de la escuela de agronomía de Chapin-

go, el ingeniero Efraín Hernández Xolocotzi (1913-1991), especialista en los usos alimentarios y económicos de múltiples plantas mexicanas, en particular del maíz. El ingeniero dirigía talleres de etnobotánica en regiones particulares del país y los inscritos eran acarreados por ciertos mercados populares para recolectar muestras de plantas comestibles que eran cuidadosamente clasificadas y estudiadas. Tuve la oportunidad de inscribirme en uno de estos talleres que se llevó a cabo por la zona montañosa de la Sierra Madre Oriental, en la parte central del estado de Veracruz.

Además de recorrer los mercados de varias poblaciones de esa nubosa y húmeda serranía, en algunos momentos el ingeniero paraba el convoy en la carretera y, rodeado de los asistentes, *leía el paisaje* desde el confín de su mirada hasta sus pies. Afirmo que *leía el paisaje* porque empezaba por mencionar el tipo de bosque que se recortaba en el más lejano horizonte visible, estipulando las especies de pino y encino que infería, su origen y su condición en ese momento del año y del clima. Desde allí iba describiendo los manchones de plantas introducidas y cultivadas por el ser humano conspicuas en las laderas de la montaña. Mencionaba los plantíos de café no porque a distancia observara las matas de esta planta, sino porque distinguía el follaje de las copas de aquellas cultivadas para hacerle sombra, indicando cuales eran las preferidas en comparación con otras y su importancia para la variedad y el rendimiento del café. Más cerca señalaba con el índice plantíos de aguacate y discurría sobre sus variedades, los éxitos y fracasos de diversos intentos de su cultivo. En el llano más próximo describía las milpas de maíz, su etapa de crecimiento y disertaba sobre este alimento esencial de la cultura americana. Distinguía las milpas más frondosas de otras menos tupidas y atribuía esto al método de tratar el terreno mediante el procedimiento llamado de “roza, tumba y quema” utilizado desde antaño por los campesinos. Su erudición era igualmente detallada al describir arbustos y árboles cercanos, algunos nanches y zapotes, frutales prehispánicos que reconocía por su morfología y floración. Notó que las bardas usadas para limitar los predios eran “postes vivos” clavados en la tierra y que habían prendido, entre los cuales se tendían alambres de púas para delimitar los predios. Habló de las plantas más pequeñas, compuestas o labiadas silvestres, que crecen a la sombra de estos árboles o de aquellas otras que deben ser removidas de la milpa, sin omitir que algunas tienen uso medicinal o culinario, sea prehispánico o importado. Para rematar la muy cultivada lectura del paisaje, el ingeniero bajó la mirada y llamó la atención sobre las plantas que habían nacido en los bordes de la carretera y estaban junto a sus botas, especies sin mayor importancia etnobotánica, excepto como humildes pero tenaces huéspedes del asfalto y del zumbido de las llantas. Huelga decir que mi idea del “paisaje” había cambiado para siempre gracias a este admirable maestro de Chapingo, quien de forma picaresca decía firmarse como Hernández X “por falta de madre”.

Esta lectura de un paisaje me remite de bruces a uno de los más célebres paisajistas mexicanos, José María Velasco (1840-1912), quien pintó primorosamente su país desde múltiples sitios o, mejor dicho, desde múltiples puntos de vista, recreando la historia, la geografía y la visión de su mundo y de su patria con la pericia de un naturalista, oficio que ejerció como ilustrador de plantas mexicanas en el Instituto Médico Nacional. En las pinturas de Velasco escasean las figuras humanas, a veces meros homúnculos insertos en la inmensidad. Podría parecer que el pintor despreciaba al ser humano, pero, por el contrario, su precisión naturalista obedecía a una necesidad y a una aspiración plenamente humanas: *experimentar a fondo la realidad del mundo*. Sus cientos de paisajes no son simples imitaciones de lo que se ve, sino recreaciones de lo que esto significa, lo cual dota al paisaje de cualidades que dicen mucho de su época y su cultura, de la misma manera que la éfrasis del paisaje por parte del ingeniero Hernández X.

Dice Javier Maderuelo (1996, p. 10): “el paisaje no tiene una existencia autónoma porque no es un lugar físico sino una construcción cultural, una serie de ideas, de sensaciones y sentimientos que surgen de la contemplación sensible del lugar”. Para este autor el paisaje también es un constructo, una elaboración mental de su hábitat que los seres humanos realizan a través de la cultura. El término “paisaje” está ligado a la belleza de la naturaleza y se comprende mejor como el nicho donde se desarrolla la vida humana y su cultura, visto y dispuesto por un ser humano sensibilizado y atento a su entorno. La pintura de un paisaje es mucho más que una representación realista de una escena profunda que se ubica ante los ojos: es una *mirada autoconsciente* que la acota, la cataloga, la interpreta y la descifra, un horizonte del alcance y el formato que aplica un sujeto situado ante una escena de su mundo. Su fundamento central no sólo es la escena plasmada, sino su significado para quien la interpreta revelando claves de su sentido. Y si bien Unamuno consideraba con profunda empatía e intuición que el paisaje es un estado de conciencia (Csejtei, 1999), con su venia me gustaría precisar que es *el formato de una autoconciencia en situación*, una vivencia que adjunta sujeto y objeto.

SER Y ESTAR: ONTOLOGÍA Y ON-TOY-LOGÍA

Si la ontología es “la ciencia o el tratado del *ser*” y quien la cultiva dirime cuestiones profundas y abstractas como qué soy yo, qué es el ser; cuál es la naturaleza o la esencia de algo (o de todo) y su razón de *ser*, quizás pueda plantearse la cuestión en apariencia más ligera y mundana del *estar*: ¿cómo y dónde estoy?, ¿de dónde vengo y a dónde voy?, ¿cuál es mi sitio, mi ubicación y mi circunstancia?, ¿cuál es mi situación y la del otro? o, en general, ¿cuál es el vínculo del ser humano con el mundo y la *razón de estar*? (Díaz, 2015).

Hace tiempo recuperé del buen amigo y escritor Jacobo Chensinsky, ducho en juegos de palabras, el neologismo de *ontoylogía* para este putativo tratado del estar derivado de aquella retracción tan mexicana de “¿on toy?” (“¿dónde estoy?”). Un sentido académico escrupuloso aconsejaría no tomar este cantinflesco apelativo muy en serio, pero tampoco es prudente desdeñarlo porque la persona no se ocupa usualmente con su *ser*, sino aspira a *estar* mejor, a cambiar su situación, orientación, rumbo y calidad de vida, a *estar* consciente para llegar a *ser* consciente. Examinemos entonces a la conciencia de uno mismo, asociada filosóficamente con el *ser*, pero desde la rosa de los vientos del *estar*.

Las lenguas romances de la Península Ibérica –castellano, portugués, gallego y catalán– distinguen de manera clara y cotidiana los significados de *ser* y *estar*. Ya hacia el año 1200, a partir del *Cantar del Mio Cid*, el verbo *estar* empieza *tímidamente* (Saussol, 1978) a desplazar al verbo *ser* en oraciones que implican una condición transitoria (“está sentado”) o de actividad (“está peleando”). En el habla actual, *ser* identifica esencias, propiedades o características sustantivas o permanentes y *estar* cambios transitorios, locaciones, situaciones, o rasgos ocasionales, circunstanciales y cambiantes. Se usa *ser* cuando la cualidad es invariable, corresponde por naturaleza y es independiente de las condiciones, mientras que *estar* se aplica cuando resulta de un devenir y define una situación espacial, locativa, temporal, emocional o adquirida. *Ser* expresa conceptos y juicios sobre algo, ordenándolo en categorías taxonómicas establecidas, en tanto que *estar*, verbo locomotor y saltamontes, formula el devenir y la circunstancia en que ese algo se encuentra o los actos que realiza (Crespo, 1946). Este uso deriva de su etimología latina, pues *stāre* significa “estar de pie” (Diccionario de Cuervo 1998, III 1097; Carballera y Sastre, 1993). La lingüista Mónica Sanaphre (2009) ha mostrado que, desde el punto de vista cognitivo, el verbo *ser* impone una distancia mental entre quien lo usa y el objeto, mientras que *estar* lo coloca cerca del objeto. Es decir: la perspectiva de quien utiliza el verbo *ser* es indirecta e impersonal, pero cuando usa el verbo *estar* su situación es directa y personal.

Cuando alguien garabatea “yo estuve aquí” en un sitio público pretende dejar su huella personal. El motivo se detecta desde aquellas pinturas rupestres que exhiben las manos aún anónimas de artistas inaugurales. Se trata del *fait hic* (estuvo aquí) latino dibujado por Johann Van Eyck a continuación de su nombre en el famoso lienzo “*El matrimonio Arnolfini*” que en 1434 revolucionara el cromatismo y la perspectiva en la pintura occidental, la cual refleja una forma de estar en el mundo. En un artículo de 1970 publicado en el ABC de Madrid, el periodista Juan Luis Calleja reflexionó que la célebre indecisión de “*to be or not to be*” no cuestiona la esencia o el ser del príncipe Hamlet, sino la trágica situación dramática que le demanda vengar el asesinato de su padre con el de su madre. No sólo se trataría

del arcano e imperecedero “*ser o no ser*”, sino de actuar o no hacerlo entre demandas y principios contrapuestos que supondría profundos quebrantos y conflagraciones.

Por su parte, la célebre intuición de René Descartes (1596-1650), “*Je pense, donc je suis*”, mejor conocida por *cogito ergo sum*, se traduce usualmente como “pienso, luego existo.” Una traslación más precisa es “yo pienso y por lo tanto existo,” que puede entenderse aún mejor con el verbo *estar*: “estoy pensando y por lo tanto existo.” Así, el verbo estar no encasilla al sujeto como una prístina y abstracta esencia cartesiana, sino como una persona, un agente mente/cuerpo sujeto a su circunstancia (véase Beuchot, 2006). Más que en el ser, ponemos esfuerzo en el estar, en la calidad y el acoplamiento de nuestros sentidos y apetencias con lo cualitativo, lo transitorio, lo accesorio: lo mundano.

Ramón Xirau (1985), adolescente del exilio catalán hecho poeta y filósofo en México, meditó lúcidamente sobre la estancia y la situación humana en su *Tiempo vivido. Acerca de “estar”*. Revela allí la implicación existencial de este verbo que tiene más contenido humano, sabor concreto y evocación de la persona que el verbo ser, pues estar da lugar y sentido, involucra necesariamente al cuerpo y define que no somos conciencias puras, subjetividades desprendibles o seres descarnados, sino personas, es decir, almas/cuerpos (Valdés, 2010). El verbo *estar* no sólo refiere al hecho de que las criaturas estamos presentes porque *estamos* en el tiempo, sino también, como lo estipulara Henri Bergson (1896), porque el tiempo *está* en nosotros, lo cual comprobamos puntualmente en los procesos del cuerpo y del cerebro, en los movimientos de la mente, en los actos de conducta. El tiempo es real en dos sentidos: como una realidad *fuera* de los seres sintientes en el devenir de todo lo existente y como una realidad *dentro* de ellos que se manifiesta como los procesos de su vida y su conciencia (Lieb, 1991). *Estar* designa la relación con *lo que está allí* en el momento actual: la entrañable y fatigosa porción del universo que nos toca vivir y nos incumbe.

Vemos así que la percepción y la evaluación del contexto permite al agente desarrollar decisiones y acciones con sentido, de tal forma que el así llamado “sentido de la vida” no constituye una condición abstracta inherente al mundo o al “destino”, sino una forma de actuar sobre las condiciones del mundo con el objeto de favorecer la posición del agente y con ello lograr mayor bienestar. Así lo decía Baltasar Gracián hacia 1647 en su *Arte de Prudencia*: “...el sabio conoce bien dónde está el prudente norte: en adaptarse a la ocasión.”

Por su parte, el hispanista Gilbert Azam (1986, pp. 148-149) de la Universidad de Toulouse, afirmó lo siguiente en una reflexión sobre el “ser y estar en la poesía pura”:

Es preciso estar. Estar, estar presente, existir concretamente en el instante, es más que ser, porque el ser es inconsciente (...) la maestría del hombre sobre el mundo de los objetos reside en el ser cons-

ciente, y que dicha conciencia no es nada sino ese maravilloso juego entre el yo y el universo.

AUTOCONCIENCIA SITUADA, CEREBRO PARTÍCIPE

Según su propio relato, en 1907 estaba Albert Einstein sentado en su oficina de patentes de Berna, cuando una afortunada fantasía casi sensorial lo impulsó a desarrollar la teoría de la gravitación: una persona en caída libre no sentiría su propio peso. La imprevista imagen es relevante a la mente situada, es decir a la conciencia de uno mismo en relación con el mundo, pues el cuerpo y la gravedad confluyen en ella para instaurar un acto psicológico ampliado o extendido. Resuenan estos versos del poema “Razón de estar” de José Ángel Valente, nacido en Ourense en 1929: “Estoy en este aire que resiste mi peso, / mi gravedad, mi dura memoria del futuro” (Valente, 1980, p. 183).

Al expresar la postura, el movimiento o la acción actuales por medio del verbo *estar*, el aparato *neuromental* integra una imagen corporal dinámica que juega un papel cardinal en la autoconciencia (Bermúdez, 1998). En efecto, los estados internos del cuerpo en relación a su homeostasis son procesados por una red de módulos cerebrales centrados en la corteza de la ínsula para dar origen a la *interocepción* (Craig, 2002; Couto, Sedeño, & Ibáñez, 2012). Ahora bien, cuando un/a hablante usa *estoy* para definir la emoción que siente (*estoy triste, alegre, furiosa, asustado*, etc.), ocurre un enlace entre las partes límbicas de su cerebro implicadas en la experiencia afectiva y las áreas frontales involucradas en la articulación del habla (Damasio, 2000). Además, en tanto involucra presencia, el verbo *estar* se asocia a la atención, cuya base neuronal ha sido extensamente estudiada y a la que volveremos en otros escritos; en especial a la atención controlada por el sujeto y que es una poderosa herramienta de su agencia y su autoconciencia. Muchas de las funciones del cerebro son partícipes con procesos del cuerpo y el mundo y se plasman en los múltiples sentidos del verbo *estar* que revisamos antes y que llenan 36 páginas del diccionario Cuervo (III, pp. 1062-1098). Sea en referencia al estado transitorio del organismo como a su situación espaciotemporal, el cerebro juega un papel ineludible y es participante esencial de la mente situada, permitiendo la activa conexión entre criaturas cognitivas y su entorno físico, social y simbólico.

Cuando *estar* implica la posición y localización del individuo en el espacio y el tiempo, tiene como mediadores cerebrales a ciertas neuronas del hipocampo, cuyo descubrimiento le ha valido el premio Nobel 2014 a John O’Keefe y al matrimonio Moser de Noruega. En efecto, en 1971 O’Keefe descubrió que algunas células del hipocampo se activan cuando la rata de experimentación se encuentra en cierto lugar de un laberinto ya conocido y las llamó *neuro-*

nas de lugar. En la región vecina de la corteza entorinal, los esposos Moser en 2005 identificaron neuronas que generan un sistema de coordenadas para navegar en un espacio con sentido. La falta transitoria de irrigación sanguínea o isquemia en el hipocampo produce el síntoma neuropsiquiátrico de *amnesia global transitoria* durante el cual el paciente desconoce su paradero y pregunta precisamente: “¿dónde estoy?” (Hodges, 1991).

Se me ocurre otro ejemplo de una neurobiología del estar: la escena ante los ojos o los sonidos alrededor de los oídos se integra en el cerebro en dos vías que convergen desde las zonas de la corteza cerebral en su región occipital o temporal que reciben la información visual y auditiva respectivamente. Estas dos áreas tienen una proyección ventral dirigida al lóbulo temporal donde operan mecanismos necesarios para reconocer un objeto. Tienen también una proyección dorsal hacia el lóbulo parietal donde se integra la ubicación en el medio ambiente; el *dónde* se encuentra el objeto o *de dónde* proviene un sonido. En sus relevos ulteriores los dos sistemas convergen hacia las zonas motoras y premotoras del lóbulo frontal necesarias para percibir directamente las posibilidades de interacción que tiene el sujeto con el objeto ya reconocido y ubicado (Daw, 2012), lo cual constituye el *affordance* (que a veces traduzco como vaticinio) de James Gibson y que he referido antes.

En su libro, *Brain, Symbol and Experience*, el neuroantropólogo Charles Laughlin (1993), el historiador John McManus y el psiquiatra Eugene D’Aquili, analizaron el proceso simbólico como elemento común a la cultura, la conciencia y el cerebro. Conciben el símbolo externo o cultural como un estímulo doble en el sentido que codifica por un lado una liga con el objeto y por otro con el agente. De esta forma, el significado del símbolo está mediado por procesos culturales acoplados a procesos cerebrales mediante una *práctica* de tal forma que ciertos procesos neurofisiológicos llegan a recrear símbolos o significados. Según este denominado *estructuralismo biogenético* ocurre el siguiente ciclo del símbolo: incorporación selecta de signos y significados → procesamiento cerebral particular → conducta aprendida en el medio cultural. Una idea central de esta antropología cerebral es lo que denominan *cognized environment*, el *ambiente mentalizado* que proporciona un complemento necesario al acceso del sujeto al medio subrayado por la cognición situada. El antropólogo mexicano Roger Bartra (2014) esgrime una noción similar: el medio simbólico de la cultura forma una especie de *exocerebro* que considera crucial para el desarrollo de la conciencia humana. En mi interpretación, el medio simbólico es el asa externa que se enlaza y complementa con un asa interna de naturaleza neurocognitiva. El problema difícil de definir es la naturaleza del enlace.

La elaboración de los fundamentos biológicos, psicológicos, cerebrales y ambientales del *estar allí* o de la *presencia* nos coloca ante la necesidad de redefinir la *representación*

mental como una imagen o recreación del mundo que surge de una cadena de operaciones funcionales para constituir la *herramienta abstracta* del pensamiento, como lo sostiene la ciencia cognitiva clásica y su modelo computacional de la mente. Se perfila ahora la posibilidad más extendida de una representación mental dinámica que si bien se gestiona en el cerebro, resulta una *herramienta concreta* aplicada y situada de manera operativa en la relación del cerebro con el resto del organismo y del cuerpo con su mundo o su entorno.

ESTANCIAS: PRESENCIA Y PRESENTE, PRESENTACIÓN Y PERSISTENCIA

Tener presencia es algo más que estar en un sitio y un momento dados; es la implicación y las consecuencias que esto tiene para el sujeto y para su entorno. Se “hace acto de presencia” cuando se busca un efecto sobre los demás por el mero hecho de apersonarse en un lugar, un tiempo y una circunstancia. Ahora bien, la presencia tiene otra acepción más personal consistente en estar presente aquí y ahora con plena conciencia, es decir, en *modo autoconsciente*, lo cual demanda una laboriosa pericia.

En su libro *Sentido de la presencia*, Ramón Xirau (1997) razona la presencia como una *estancia*, un estar aquí en el momento presente, una experiencia personal que, si bien es efímera y pasajera, alcanza una forma de eternidad. Este es un concepto desconcertante porque el presente siempre es fugaz... ¿cómo puede algo tan efímero como el estar presente ser eterno? La respuesta abreva de Heráclito: porque el flujo es continuo y el cambio permanente. Este planteamiento requiere de ajustes para llegar a asimilar que no somos esencias fijas, sino seres dinámicos y transitorios despegados en el espacio y el tiempo, o, mejor dicho: en el espacio-tiempo.

Con referencia al paso del tiempo, esta doctrina se explora en *The eternal now* (“*El eterno ahora*”) de Paul Tillich (1886-1965). Este gran teólogo protestante, tan próximo al existencialismo, recalca que tenemos futuro porque lo anticipamos en el presente y tenemos pasado porque lo recordamos en el presente: todo ocurre en el presente. Pero el presente no existiría si consideramos que la *flecha del tiempo* físico difícilmente admitiría un punto prácticamente inapreciable entre las escalas infinitas del pasado y el futuro. ¿Cómo comprender esta paradoja que confronta nuestra conciencia del presente con el progreso irreversible e implacable del tiempo? Su respuesta es la presencia:

¿No es el presente la línea fronteriza siempre móvil entre el pasado y el futuro? Pero una línea fronteriza no es un lugar donde pararse. Si nada nos fuera dado excepto el “ya no” del pasado y el “aún no” del futuro, no tendríamos nada. No podríamos hablar del tiempo que es nuestro tiempo, no tendríamos “presencia” (Tillich, 1963, pp. 130 Traducción mía).

Tillich sostiene que vivimos en un presente que se renueva continuamente, en un eterno ahora, en un perpetuo todavía: la constante mudanza que garantiza tanto la presencia como la persistencia. El momento actual está constituido por ocurrencias u ocasiones que transcurren como los fotogramas de una película y que no captamos como imágenes separadas: el momento presente no es instantáneo sino un encabalgamiento de sucesos, ocasiones o estados. Se trata del “presente especioso” en términos de William James y de Alfred Whitehead, un *presente extendido* por un lapso en tránsito que se manifiesta en la verbalización en tiempo presente que utilizamos para indicar acciones actuales en la conciencia de quien en este momento recorre estas palabras y afirma: “estoy leyendo”.

Al escuchar música no somos conscientes de cada sonido en el instante en que la información nerviosa llega del oído interno al área auditiva de la corteza cerebral, sino que se captan las notas que transcurren en un lapso mínimo, se mantienen en la memoria de trabajo por una retención *retrospectiva* y se hace una previsión prospectiva de lo que puede venir después. Esta ventana móvil, la *ventana del presente*, involucra una actividad cerebral integrativa y móvil que permite captar el desarrollo de la pieza, experimentar la emoción, la cognición o la figuración musical en un lapso que se va actualizando y desvaneciendo conforme avanza la interpretación y la escucha.

El *eterno ahora* no sólo es un concepto teórico, sino existencial: nos percatamos de su preeminencia en ciertos momentos de conciencia prístina y acrecentada. Leí hace muchos años una de las expresiones más enérgicas de esta condición en *Walden* (1845) el clásico relato autobiográfico de Henry David Thoreau (1817-1862), pensador libertario de Concord. En este preciso instante vale la pena recuperarla y traducirla:

En cualquier clima, a cualquier hora del día o de la noche, me he esforzado para mejorar el momento justo y grabarlo así en mi báculo; pararme en el encuentro de dos eternidades, el pasado y el futuro, lo cual es precisamente el momento presente, y rastrear esa línea (Thoreau, 1961, p. 31, traducción mía).

Estos empeños del admirable naturalista al retirarse en soledad a una cabaña del lago Walden para vivir con simpleza y deliberación (“*mejorar el momento justo*”), nos exhortan a invertir la energía vital y aplicar la voluntad para “*rastrear esa línea*”, es decir, para mantener una mente alerta y una presencia resuelta, un estado de *autoconciencia explícita o intencional*. Sin embargo, esta tarea no es nada fácil, ni está garantizada por sólo admitir la verdad racional de que el tiempo presente es un hecho ineludible de la condición humana: es preciso afanarse en ello. La milenaria tradición budista también hace un hincapié decidido en la conveniencia o incluso la necesidad para el ser humano de

mantenerse consciente en el efímero y cambiante presente, en emplear y entrenar la atención para percatarse de los sucesos actuales, observar lo que pasa tal y como acontece para estar cabalmente presente aquí y ahora. En vista de que estos estados se consideran ingredientes necesarios de una vida plena y para adquirir sabiduría y compasión, se practican metódicamente en diversas técnicas de meditación (Goldstein, 1987; Gunaratana, 1991).

En este mismo tema parecen muy relevantes cuatro locuciones del latín clásico que durante el Medievo y el Renacimiento solían grabarse en los relojes de sol, rotundas metáforas arquitectónicas del tiempo presente y de la finitud. El dicho *hic et nunc* (aquí y ahora) no sólo se refiere a la condición siempre contemporánea de la existencia, también se ha usado para experimentar la realidad actual sin dejarse llevar por teorías o creencias, lo cual requiere una atención refinada y una cognición crítica. Esta actitud sería accesoria del *tempus fugit* (“el tiempo vuela”) y se complementa con el *memento mori* (“acuérdate que vas a morir”) y con el *carpe diem* (“aprovecha el momento”). Las cuatro expresiones en conjunto constituyen una exhortación vehemente: como el tiempo vuela y la muerte se aproxima inexorable, aprovechemos el momento y la ocasión aquí y ahora. Ahora bien, esta amonestación que nos llega desde las remotas plumas de Horacio y Virgilio no es la de buscar y obtener con avidez placeres sensoriales, como se suele interpretar, sino de adquirir y mantener una presencia consciente en cualquier circunstancia, la que permite admitir lo que venga y dejarlo ir cuando pase.

En suma: estar presente aquí y ahora es un atributo de la autoconciencia explícita e intencional en tanto duran los estados de la atención controlada del sujeto hacia su cuerpo, su mente, su entorno y su situación. Este hacerse y permanecer presente de forma voluntaria y deliberada es actividad propia de un agente, como veremos pronto.

PUNTOS DE VISTA: CRISTALES DE COLORES

En los seres humanos, el “punto de vista” constituye un ajuste de la observación que puede estar dirigida al mundo exterior, al cuerpo, o proporcionar un acceso privilegiado a los propios estados mentales. La expresión constituye una explícita metáfora visual, porque el “punto” sugiere un “ojo” desde el cual se dirige y enfoca la mirada, en tanto la “vista” es la escena que resulta de un determinado arreglo espacial concebido como “perspectiva.” En las pinturas, las fotografías o las películas cinematográficas, el punto de vista es el sitio y la posición desde los cuales el artista y eventualmente el espectador contemplan la escena visual o el paisaje. El uso de la perspectiva en la pintura occidental es un recurso que data del siglo XV con el empleo de un punto de fuga en un horizonte ilusorio al cual convergen las líneas de la pintura.

De esta forma, el artista crea una ilusión en dos dimensiones para imitar la percepción visual tridimensional. El procedimiento prevaleció desde el Renacimiento hasta principios del siglo XX, cuando el cubismo rompió con la tradición representando a los objetos o a los modelos desde varias perspectivas simultáneamente o desde ninguna en particular.

Ahora bien, la frase “punto de vista” no se restringe a la visión y las artes visuales, sino también se refiere a la actitud, creencia o cosmovisión desde donde se percibe y se entiende al mundo. En este sentido es muy recomendable el texto minucioso y sistemático sobre el punto de vista recopilado por Margarita Vázquez Campos y Antonio Manuel Liz Gutiérrez (2015) en términos de la objetividad. Su idea fundamental es que, si bien el punto de vista parece tener un componente externo y uno interno, este último no es meramente subjetivo porque contiene una dimensión temporal transsubjetiva en el sentido de que los seres humanos compartimos nuestra experiencia del tiempo.

Por su parte, Ortega y Gasset planteó que la única forma de conocer la realidad es a través de las perspectivas en las que el observador está colocado y que le proveen de forma inevitable las circunstancias. No tiene sentido decir que sólo una de esas perspectivas es verdadera y las demás son falsas, pues todas y cada una constituyen realidades relativas. Excepto para una deidad omnisciente, no habría un punto de vista total y privilegiado que acceda a la verdad absoluta. Este relativismo orteguiano del conocimiento fue llevado más lejos por Wittgenstein al plantear que en todo punto de vista existe una plataforma y una escena que en conjunto constituyen “los límites del mundo” porque “la realidad” está limitada o constreñida precisamente por la perspectiva y por el lenguaje. Aquello que se encuentra fuera de los límites del punto de vista para el observador está fuera de su mundo y no puede ser puesto en palabras. Sin embargo, el mismo filósofo austro-inglés aceptaría que existe un mundo más allá del punto de vista y del lenguaje, pero este no puede ser *concebido* sino sólo *mostrado* al sujeto: es el ámbito que llama “lo místico.” En este mismo tema analizó algo muy relevante para la autoconciencia: la actitud determina o modifica sustancialmente el punto de vista, de tal forma que la misma realidad puede aparecer muy diferente. Resuena aquí el conocido cuarteto de Ramón de Campoamor, o su equivalente en inglés: “*beauty is in the eye of the beholder*” (la belleza está en el ojo de quien contempla):

*“Y es que en el mundo traidor
nada hay verdad ni mentira:
todo es según el color
del cristal con que se mira.”*

Está claro que la manera como está construido un punto de vista determina en alguna medida las observaciones resultantes. Entre los elementos cognitivos que sostienen el punto de vista están las creencias, los deseos o los recuerdos, características de la mente humana que, cuando se

formulan en frases, se conocen como “actitudes proposicionales” desde Frege y Bertrand Russell.

Más allá de que estas actitudes pueden ser rígidas o dúctiles, se plantea que la objetividad misma está en entredicho porque el punto de vista no sólo es relativo, sino voluble, de tal manera que no habría forma de establecer *una verdad* confiable, invariable y “objetiva.” Algunos pensadores “realistas” aceptamos que existe un mundo independiente de las conciencias al que es posible aproximarse tomando todos los puntos de vista permisibles, pero a sabiendas que no es posible gozar de todos, lo cual equivaldría a una impensable objetividad absoluta. El criterio de objetividad se definiría más modestamente como el acuerdo entre observadores, algo que se ha denominado *intersubjetividad*. La gente comparte sus percepciones o creencias y las fortalecen cuando coinciden. De hecho, éste es un principio rector de la ciencia, pues el método científico requiere el estudio empírico de alguna realidad accesible y estipula que el resultado por sí solo no se fortalece y sedimenta como un saber hasta su reiterada confirmación independiente, o bien es refutado cuando se invalida. Ahora bien, la propia historia de la ciencia sugiere que existen puntos de vista y perspectivas de modelos, teorías y creencias que por épocas sucesivas dominan la manera como se diseñan los proyectos y se interpretan los resultados: son los llamados “paradigmas” por Thomas Kuhn.

Otro filósofo de nombre Thomas (Nagel, 1986) está de acuerdo en que la pretensión de objetividad absoluta se encuentra aquejada por el punto de vista relativo y parcial de nuestra perspectiva aquí y ahora, en un sitio preciso y en un tiempo dado. Plantea que hay un problema para combinar la perspectiva de una persona particular, que es por necesidad subjetiva, con la más objetiva a la que esa persona puede aspirar valiéndose, por ejemplo, de la información científica. En efecto, una persona curiosa y dispuesta puede percatarse de que su punto de vista es parcial y aspirar a una perspectiva más amplia o bien considerar alternativas, lo cual constituye una actitud loable y productiva. En la película *La sociedad de los poetas muertos* (Peter Weir, 1989) un profesor excepcional, actuado por Robin Williams, pide a sus alumnos que suban a sus pupitres para tomar otra perspectiva de su realidad inmediata, lo cual resulta revelador para ellos, aunque inaceptable para las autoridades escolares. Siempre es posible tomar una posición más incluyente, como sucede con la fotografía y el cine cuando la cámara se retrocede para revelar una escena más amplia. Sin embargo, por mucho que la cámara se eche hacia atrás, no es posible adquirir una visión completa y global.

El punto de vista subjetivo es la perspectiva individual de una persona y la coloca como centro de su mundo de tal manera que el conocimiento más directo que tenemos los seres humanos es solipsista y llevó al pensador zen Douglas Harding (1961) a sostener ingeniosamente que, en su experiencia, él... ¡no tiene cabeza! En contraste, el punto de

vista objetivo es impersonal y se adopta cuando la persona concibe la realidad en cierto modo “desde afuera,” lo cual está avalado por la coincidencia de puntos de vista, o sea por la intersubjetividad. Thomas Nagel (1986) denomina a este como el punto de vista *nowhere*, es decir, desde ninguna parte en especial. Jugando con la gramática en inglés y colocando un guión en la palabra, podríamos reinterpretar ese *nowhere* como su opuesto, un *now-here*, (*now* = aquí; *here* = ahora): el aquí y ahora.

Con el resurgimiento de la conciencia humana como “objeto” de interés en las ciencias, desde hace unas décadas ha venido surgiendo el objetivo de estudiar el punto de vista personal o subjetivo, lo cual se consideraba inviable. Por ejemplo, los informes en primera persona, los relatos que alguien hace sobre lo que siente, quiere, piensa, imagina o sueña, se constituyen en objetos lingüísticos (textos y discursos) que se pueden analizar sistemáticamente para arrojar datos relevantes a la conciencia (Díaz, 2007; 2013). Otra forma de aproximarse al punto de vista ajeno consiste en registrar lo que mira un sujeto en estudio, sea mediante el registro de sus movimientos oculares y la dirección de su mirada o bien colocando una cámara digital en su frente o en anteojos de video digital. Al visualizar la escena que el sujeto mira, el investigador obtiene una aproximación indirecta a su experiencia visual (Skinner y Gormley, 2016). Se trata de hacer más patente el punto de vista del otro, de excavar en la subjetividad ajena.

ESPACIO PERSONAL, TERRITORIO PROPIO

El conocido antropólogo estadounidense Edward T. Hall (1959) propuso una metodología llamada “*proxémica*” para el estudio de las distancias entre diversas criaturas de alguna especie gregaria. En el caso humano consideró que cuatro distancias sociales constituyen su “dimensión oculta.” La más cercana, el *espacio íntimo*, corresponde a unos 45 cm y es la más propia o personal, pues facilita los contactos físicos y su perímetro expresa seguridad y confianza. Dice Hall:

Cada organismo, sin importar qué tan simple o complejo, tiene a su alrededor una burbuja sagrada de espacio, un pedazo móvil de territorialidad a la que solo pueden penetrar unos cuantos organismos y sólo por periodos de tiempo cortos (Traducción mía).

El espacio íntimo tiene un significado defensivo, manifestado por un límite de seguridad. Cuando esta frontera es traspasada por alguien fuera del círculo de confianza, el sujeto se siente amenazado e invadido *en su propio terreno* (Cléry et al., 2015). Si bien este espacio debe tener una larga raíz evolutiva, varía de acuerdo con rasgos de la personalidad y según el nivel de calma o ansiedad en el que

el individuo se encuentre (Sambo & Iannetti, 2013). Hall también plantea un *espacio interpersonal*, situado entre los 45 y 120 cm, en el cual ocurren comunicaciones vocales y menos contactos físicos. Hasta los 3.5 metros los sujetos pueden interactuar visual y auditivamente con facilidad, pero sin intimidad, Hall lo llama el espacio consultivo. Finalmente está la zona que abarca lo visible y audible; el amplio espacio de convivencia que ocurre en los paisajes, las congregaciones, espectáculos, conferencias, rituales religiosos y otros eventos colectivos.

A partir de la propuesta de Hall se fue consolidando la idea de que el *espacio peripersonal* es un ámbito centrado en el cuerpo humano y dependiente de la representación mental de la zona en la que el sujeto opera, es decir donde utiliza los objetos e interactúa cercanamente con otras personas. Es un área graduada afectivamente en referencia al nivel de conocimiento, aceptación o rechazo que el sujeto tenga con sus prójimos. En la representación mental del espacio peripersonal convergen varios sistemas sensoriales: aquello que se ve, se escucha, se palpa, se huele o se saborea integra una noción sobre el perímetro que rodea al cuerpo. Este proceso sensorial coordinado con las posibilidades asumidas de acción facilita que la atención se centre en sitios relevantes del espacio alcanzable y la persona responda a las demandas de la tarea y a las exigencias del medio inmediato.

Las señales visuales, sonoras y táctiles convergen en varias regiones del cerebro y se combinan para posibilitar las interacciones apropiadas con el espacio que ronda al cuerpo. Los vínculos entre lo que se ve, lo que se oye y lo que se manipula son fundamentales en la representación espacial y las zonas parietales y frontales de la corteza cerebral que enlazan las zonas visuales, auditivas y táctiles de los lóbulos occipitales, temporales y parietales son cruciales para la correcta elaboración del espacio cercano al cuerpo (Macaluso y Maravita, 2010). Tales representaciones mentales del espacio contiguo están centradas en la cabeza, el tronco y las manos para guiar las acciones con los objetos y las criaturas alrededor (di Pellegrino y Làdavias, 2015). El cerebro de los primates y de los humanos construye representaciones múltiples y modificables del espacio que rodea el cuerpo y en el que los objetos pueden ser agarrados y manipulados. Se trata entonces del *espacio alcanzable*, concepto útil para comprender el entorno personal, pues el uso de herramientas modifica transitoriamente la zona operativa de una manera funcional y prerreflexiva. Lo prerreflexivo quiere decir que no es necesario pensar directamente en las sensaciones, las acciones y las representaciones que definen el ámbito inmediato, sino que sencillamente entran en operación y se van depurando mediante un aprendizaje sensorio motor y conforme se adquieren diferentes destrezas (Legrand et al., 2007). Este aprendizaje tácito moldea la conciencia corporal, en especial la que se refiere a las capacidades de acción del organismo.

A pesar de que la idea de espacio peripersonal se desarrolló por un tiempo a partir de la propuesta de Hall y de

otros como una zona fija, basada en la distancia y en una burbuja virtual con un límite de lo que está dentro y fuera de ella, en los últimos lustros diversos autores han corregido y enriquecido la noción del espacio personal. Por ejemplo, de Vignemont y Iannetti (2015) proponen una distinción basada en dos actitudes diferentes por parte del agente, una se refiere a la protección y la otra a la acción dirigida. Las dos funciones requieren procesos sensoriales y motores distintos en los que influyen factores tan diversos como las emociones, en especial la ansiedad, o las tareas, como el uso de utensilios y herramientas.

Por su parte, Bufacchi y Iannetti (2018) argumentan que el espacio personal no se define por una simple geometría centrada en el cuerpo, pues esta representación se ve influida por múltiples factores dinámicos. Por ejemplo, el espacio personal varía si el sujeto está usando herramientas, si está quieto o caminando, si los objetos percibidos se mueven y en qué dirección lo hacen, si estos objetos le son indiferentes o no. La propuesta de estos autores implica tomar en cuenta el significado funcional más que la simple distancia. En otras palabras: el factor determinante del espacio peripersonal no es sólo anatómico y geométrico, sino funcional y conductual, y se reafirma por las posibles interacciones sensoriomotrices con los objetos del mundo próximo, por aquello que se puede ver, oír, tocar y manipular. Proponen entonces que el espacio peripersonal se compone de una serie de campos graduados y cambiantes según las posibles respuestas del sujeto a los estímulos de su medio ambiente próximo y que reflejan en las acciones dirigidas a aumentar o disminuir la distancia con los objetos. Muchas de las acciones de un organismo están dirigidas a ocasionar o evitar contacto con objetos o criaturas del ambiente inmediato, donde adquieren relevancia y sutileza las posibles interacciones con prójimos de la propia especie. Los espacios peripersonales varían entonces con la importancia del estímulo, la situación del agente, las posibles interacciones con los objetos y las circunstancias sociales, como se puso en evidencia son la “sana distancia” marcada por ciertas evidencias científicas durante la pandemia de COVID.

Diversos resultados empíricos muestran que las respuestas de múltiples especies animales a objetos y estímulos de su medio varían de acuerdo con la distancia y, más que la existencia de barreras o puntos clave, muestran una variación gradual. Pensemos en un perro al que se acerca un humano desconocido. A lo lejos no le provoca respuesta, a cierta distancia el animal fija su vista en el desconocido y conforme este se acerca sus respuestas conductuales y fisiológicas van cambiando gradualmente hasta desembocar en huida, ataque o sumisión.

Esta modificación del concepto de espacio personal caza bien con la noción de conducta como el conjunto de pautas espaciotemporales de actividad de un organismo en referencia a su medio ambiente (Díaz, 1985). Este conjunto está determinado por una gama de posibles acciones que

pueden darse en referencia al objeto y de la selección entre ellas de la más adecuada.

EL YO VOLÁTIL: VOCES, PALABRAS, NOMBRES, SILENCIOS

La voz humana es un dispositivo sonoro que emana desde el venero subjetivo e íntimo de una mente, se concreta en forma de sonidos convencionales en el aparato fonador de la garganta y la boca, se difunde en el espacio aéreo interpersonal (el “aire nuestro” de Jorge Guillén) y se discierne por quien la escucha. Constituye así una extensión del cuerpo que hace al emisor figurar, comparecer y revelarse a sus oyentes a través del espacio y muchas veces a través del tiempo. La voz humana tiene entonces varios aspectos: uno físico de vibración, otro semántico del significado de las palabras y frases proferidas, un tercero de comunicación afectiva por los tonos, intensidades y timbres. Esta diversidad de apariencias es congruente con las raíces de la palabra voz, pues su etimología apunta en dos direcciones, al menos. La primera deriva del latín *vox/vocis*, y se refiere a las propiedades físicas de la voz humana que ocurre en frecuencias entre 250 y 3000 Hertz, aunque algunos gritos pueden alcanzar los 8000 Hertz. En esta dimensión la voz humana tiene trascendencia personal y social, ya que está dotada de un timbre característico debido a la anatomía del cuerpo y del aparato fonador que identifica a la persona que la proyecta.

A través de su emisión y recepción, la voz traspasa la barrera del cuerpo y fluye por el aire (de nuevo: el aire nuestro), para llegar a alojarse en otros individuos e impactarlos de diversas formas. El popular bolero “Tu voz” del compositor cubano Ramón Cabrera, interpretado en la versión de Celia Cruz y la Sonora Matancera de 1950, contiene una frase memorable: “tu voz se adentró en mi ser y la tengo presa.” A esta afortunada metáfora sensorial de la evocación sonora habría que agregar la del escritor francés Daniel Pennac: “Nuestra voz es la música que hace el viento al atravesar nuestro cuerpo,” aunque cabe estipular que el instrumento sonoro de la voz está tañido por la persona en carne propia por la modulación y expulsión del aire de sus pulmones a través del aparato orofaríngeo que vibra al compás de los significados y las emociones que quiere expresar esa persona.

La segunda etimología de la palabra voz proviene de otro término latino, *vocare*, que significa “llamar,” y es la raíz de múltiples términos tan familiares como vocablo, vocabulario, vocativo, vocación, evocar, convocar, provocar o revocar, que refieren a las propiedades semánticas de la lengua. En efecto, la voz humana tiene una extensión social debida a la expresión y a la percepción de la locución, no sólo en lo que se refiere al significado o contenido de lo dicho, sino a la identidad, al ánimo, la emoción o la intención del hablante. De esta forma, factores tan centrales e intrín-

secos de la persona como son su identidad, emoción, pensamiento o intención no se restringen al cuerpo o al cerebro de quien habla, canta, susurra o grita, sino que, a través de sus voces, verdaderos actos sonoros, se imprimen e impactan en el medio común. Recordemos que la etimología de la palabra “persona” se refiere a la máscara usada por los actores del teatro clásico para proyectar la voz: *per-personare* en latín: la persona es un animal expresivo y simbólico porque al vocear designa, nombra y llama. En “Acerca del alma” (II, 420) Aristóteles lo expresa llanamente: “Ha de ser necesariamente un ser animado el que produzca el golpe sonoro y éste ha de estar asociado a alguna representación, puesto que la voz es un sonido que posee representación.”

Múltiples especies animales emiten conductas sonoras que comunican estados emocionales y algunas, como los monos verdes de África, *denominan* a sus predadores pues emiten tres gritos muy distintos de alarma para felinos, águilas y serpientes. Los ancestros humanos utilizaron la versatilidad expresiva de la voz para elaborar con ella una comunicación simbólica. A partir de esa formidable adquisición, la voz da cuerpo sonoro al lenguaje y los humanos dependemos de ese recurso para enlazar con los demás, es decir, para informar, nombrar, llamar, persuadir, invitar, vituperar, pedir, orar, declamar, proclamar, gritar, argumentar y tantas otras necesidades comunicativas de las personas y de la especie. Para cumplir con semejantes obligaciones expresivas y expansivas del ser humano, la señal sonora de la voz es decodificada de múltiples maneras por sus oyentes pues, además de entender lo nombrado, reconocen al emisor, distinguen su edad, género o acento, notan dónde se encuentra y perciben sus estados de ánimo y coligen sus emociones e intenciones.

La voz es un fenómeno físico, psicológico, conductual y social que, al unificar estos aspectos fundamentales de la relación mente-cuerpo-mundo, permite atisbar su unidad y su diversidad. Las diversas acepciones de la palabra voz parecen tener una confluencia en el trascendental concepto grecolatino de *logos*. Hace años, en una de las inolvidables pláticas que mantuve con el filósofo hispano-mexicano Eduardo Nicol, a mi pregunta de qué le significaba el logos, que tanto le había ocupado en sus reflexiones, respondió de entrada que el logos es la voz. Con el tiempo fui comprendiendo que concebía la voz en su sentido de viento modulado por la garganta y de símbolo modulado por el pensamiento; la voz de múltiple esencia y apariencia, como palabra aprendida, pensada, dicha, difundida, oída, comprendida, enseñada y, en todo caso, compartida.

El tema es relevante a la relación entre el yo y el mundo porque la voz está vinculada a esa voluntad personal y particular tan humana: *la necesidad y el empeño de comunicar lo que ocurre en la conciencia*. El enunciado vocal tiene entonces dos polos: por un lado, sus fuentes internas y subjetivas, como son las motivaciones para comunicar algo y el pensamiento que lo deletrea, y por el otro están sus efectos

en los oyentes, y que son el objetivo de la expresión oral. Entre esos dos polos semánticos median el instrumento vibrante del cuerpo –el aparato fonador de la orofaringe– y la ondulación del aire nuestro. En una revisión muy original y convincente publicada por Diana Sidtis y Jody Kreiman (2012) de la Universidad de Nueva York concluyeron que la voz humana constituye *una encarnación del self o del yo en el espacio social* porque la voz contribuye a la expresión, la percepción y el tráfico de estados y procesos mentales y subjetivos entre personas.

Es muy verosímil que la voz, en estrecha relación con la adquisición del lenguaje durante la hominización, haya jugado un papel central en los orígenes de la música. Dado que la variación de la voz humana resulta del tipo de sentimiento experimentado, el canto constituye una intensificación de la sonoridad propia del lenguaje emocional y toda la música llegó a constituirse en algo más que en una expresión: en una auténtica encarnación de afectos, emociones y pasiones. El volumen, la altura, el timbre y los ritmos empleados en la música vocal fueron la manera idónea de expresar sonoramente las emociones en las culturas humanas. Manuel García, destacado maestro de cantantes de ópera a mediados del siglo XIX, presentó en la *Royal Society of Science* de Londres el primer laringoscopio de su invención y sus observaciones científicas sobre la emisión de la voz humana a la luz de este aparato pionero de la otorrinolaringología. El documento abarca las características y el funcionamiento de la voz humana, sus fundamentos físicos y biológicos en el aparato fonador, los apoyos corporales y conductuales necesarios para su óptima emisión, hasta llegar al mundo del drama y la pasión expresados en la voz y el canto, en particular en la ópera.

La contraparte aparente de la voz es el silencio, pero en la comunicación humana estos dos factores están íntimamente asociados y son complementarios (Kovadloff, 2021). El silencio adquiere significado y contenido en el contexto cotidiano de las interacciones cara a cara mediadas por el lenguaje. La semántica del silencio ocurre de muchas formas. Un tipo de silencio consiste en oír y callar, sea cuando el escucha pondera lo que el otro dice, cuando enmudece como señal de aceptación (“el que calla otorga”), o cuando se reserva por estar en desacuerdo o porque no desea externar su sentir. Otro tipo de mutismo fue estipulado por Cajal cuando alegó que, de todas las reacciones ante la injuria, el silencio es la más hábil y económica. Calderón de la Barca definió al silencio “retórica de amantes,” aunque convenría acotar que, en el acto del amor, la comunicación más abarrotada y exultante es táctil.

Si quedaran dudas del valor semántico del silencio, bastarán los siguientes ejemplos para disiparlas: hay silencios conmemorativos, como guardar un minuto de silencio, silencios políticos, como el de aquella sonada marcha estudiantil del 13 de septiembre de 1968, que mi memoria registra como una película épica y muda. Además, hay silencios

religiosos en procesiones, en ejercicios espirituales o de meditación; hay silencios cómplices cuando le aseguramos a quien nos confía un secreto que nuestros labios están sellados haciendo un ademán de cremallera sobre ellos. Están también los silencios heroicos de quienes no confiesan bajo tortura o los silencios mendaces y perversos de quienes niegan y ocultan la tortura. Y a veces sucede que, como lo afirmara Unamuno, el silencio es la peor mentira.

Colofón

Jorge Guillén (1893-1984), gran poeta de la Generación del 27, escribió esta cuarteta en “Más allá”:

*Soy, más, estoy. Respiro.
Lo profundo es el aire.
La realidad me inventa,
Soy su leyenda. ¡Salve!*

Ramón Xirau (1985, p. 60) elucida ese “soy, más, estoy. Respiro” como expresión depurada de la presencia. Octavio Paz (1990, p. 88) agrega: “la manera propia de ser es estar; estar es la consumación o realización del ser; estar es ser aquí y ahora.” Silvia Sauter (1993) encuentra que la epifanía expresada en el Cántico de Guillén es una absorción que consiste en estar presente dilapidando la noción de sí mismo. En efecto, en los versos iniciales del poema “Al margen de un cántico” (de donde tomo y resalto el título de este escrito) la voz poética de Jorge Guillén canta y discurre de forma segura y diáfana:

*¿Quién soy yo?
Me importa poco.
El mundo importa. Rodea,
vivo en él: un misterio
rebelde a la inteligencia
pero no al amor, al odio,
a náuseas y apatencias.*

REFERENCIAS

Ardila, R. (2003). Calidad de vida: una definición integradora. *Revista Latinoamericana de Psicología*, 35(2), 161-164.

Azam, G. (1986). *Ser y estar en la poesía pura*. En: AIH Actas IX (pp. 143-151). Centro Virtual Cervantes. Disponible en http://cvc.cervantes.es/literatura/aih/pdf/09/aih_09_2_016.pdf

Barker, R. G. (1968). *Ecological psychology: Concepts and methods for studying the environment of human behavior*. Stanford, CA: Stanford University Press.

Bartra, R. (2014). *Antropología del cerebro. Conciencia, cultura y libre albedrío*, Edición ampliada. México: Fondo de Cultura Económica.

Bateson, G. (1972). *Steps to an Ecology of Mind: Collected Essays in Anthropology, Psychiatry, Evolution and Epistemology*. Nueva York: Ballantine Books.

Bergson, H. (2006, Original 1896). *Materia y memoria: Ensayo sobre la relación del cuerpo con el espíritu*. Buenos Aires: Cactus.

Bermúdez, J. L. (1998). *The Paradox of Self-Consciousness*. Cambridge, Mass: MIT Press.

Berthoz, A., & Christen, Y. (2009) *Neurobiology of “Umwelt”. How living beings perceive the world*. Berlin: Springer-Verlag.

Beuchot, M. (2006). *Hermenéutica y filosofía del hombre. Replantear la cuestión del sujeto*. Sextas Jornadas de Hermenéutica (pp. 15-21). México, DF: UNAM.

Bufacchi, R. J., & Iannetti, G. D. (2018) An Action Field Theory of Peripersonal Space. *Trends in Cognitive Sciences*, 22(12), 1076-1090. doi: 10.1016/j.tics.2018.09.004

Carballera Cotillas, Y., & Sastre Ruano, M. A. (1993). *Usos de ser y estar. Revisión de la gramática y constatación de la realidad lingüística*. ASELE, Actas III. Centro Virtual Cervantes. Disponible en http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/asele/pdf/03/03_0297.pdf

Carrón de la Torre, A. (2010). *María Zambrano y San Agustín. Diafanidad de la persona y transparencia del corazón*. Tesis doctoral. Facultad de Filosofía, Universidad de Granada. Disponible en <https://hera.ugr.es/tesisugr/18806016.pdf>

Castañeda, C. (2013). *Tim Ingold Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología*. Tabula Rasa, Bogotá, Colombia, 18, 325-329.

Choi, K. W., Stein, M. B., Dunn, E. C., Koenen, K. C., & Smoller, J. W. (2019). Genomics and psychological resilience: A research agenda. *Molecular Psychiatry*, 24(12), 1770-1778. doi: 10.1038/s41380-019-0457-6

Clark, A. (2008). *Supersizing the Mind: Embodiment, Action, and Cognitive Extension*. Nueva York: Oxford University Press.

Cléry, J., Guipponi, O., Wardak, C., & Ben Hamed, S. (2015). Neuronal bases of peripersonal and extrapersonal spaces, their plasticity and their dynamics: knowns and unknowns. *Neuropsychologia*, 70, 313-326. <https://doi.org/10.1016/j.neuropsychologia.2014.10.022>

Couto, J. B., Sedeño, L., & Ibáñez, A. (2012). Interocepción y corteza insular: convergencia multimodal y surgimiento de la conciencia corporal. *Revista Chilena de Neuropsicología*, 7(1), 21-25. Disponible en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=179323099005>

Craig, A. D. (2002). How do you feel? Interoception: the sense of the physiological condition of the body. *Nature Reviews Neuroscience*, 3(8), 655-666. doi: 10.1038/nrn894

Crespo, L. (1946). Los verbos ser y estar explicados por un nativo. *Hispania*, 29, 45-49.

Criado Boado, F. (2013). *Arqueología del paisaje: las formas del espacio en la Galicia Antigua*. Pre-print. Disponible en <http://hdl.handle.net/10261/66142>

Csejtei, D. (1999). La filosofía del paisaje en los ensayos de Unamuno. *Boletín de la Institución Libre de Enseñanza*, 34-35, 153-180.

D’Alvia, R., compilador. (2005). *Calidad de vida. La relación bio-psico-social del sujeto*. Lugar Editorial.

Damasio, A. R. (2000). *Sentir lo que sucede. Cuerpo y emoción en la fábrica de la conciencia*. Santiago de Chile: Andrés Bello.

Davies, O. (2016). Niche construction, social cognition, and language: hypothesizing the human as the production of place. *Culture and Brain*, 4(2), 87-112. doi: 10.1007/s40167-016-0039-2

Daw, N. (2012). *How vision works. The physiological mechanisms behind what we see*. Oxford: Oxford University Press.

de Vignemont, F., & Iannetti, G. D. (2015). How many peripersonal spaces? *Neuropsychologia*, 70, 327-334. doi: 10.1016/j.neuropsychologia.2014.11.018

di Pellegrino, G., & Làdavas, E. (2015). Peripersonal space in the brain. *Neuropsychologia*, 66, 126-133.

Díaz, J. L. (1985). *Análisis estructural de la conducta*. México. Universidad Nacional Autónoma de México.

Díaz, J. L. (2007). *La conciencia viviente*. México: Fondo de Cultura Económica.

Díaz, J. L. (2013). A narrative method for consciousness research. *Frontiers in Human Neuroscience*, 7, 739. doi: 10.3389/fnhum.2013.00739

Díaz, J. L. (2015). Razón de estar. Cognición situada y cerebro partícipe. *Ludus Vitalis*, 23(44), 85-107.

Gibson, J. (1979). *The Ecological Approach to Visual Perception*. Boston: Houghton Mifflin.

Goldstein, J. (1987). *The Experience of Insight: A Simple and Direct Guide to Buddhist Meditation*. Shambhala Dragon Editions.

Guillén, J. (1977-1981). *Final*. Barcelona, Barral editores.

Gunaratana, H. (1991). *Mindfulness in Plain English*. Boston: Wisdom Publications.

Hägerstrand, T. (1976). Geography and the Study of Interaction Between Nature and Society. *Geoforum*, 7(5-6), 329-334.

- Hall, E. T. (1959). *The Hidden Dimension*. New York: Doubleday.
- Harding, D. (1961). *On having no head. Zen and the rediscovery of the obvious*. The Buddhist Society.
- Hellpach, W. (1940). *Geopsique. El alma humana bajo el influjo de tiempo y clima, suelo y paisaje*. Madrid: Biblioteca de ideas del siglo XX, Espasa-Calpe. Reeditado Madrid: Editorial Horus, 1992.
- Hodges, J. R. (1991). *Transient global amnesia*. London: W. B. Saunder.
- Hutchins, E. (1995). *Cognition in the wild*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Ingold, T. (2012). *Ambientes para la vida. Conversaciones sobre humanidad, conocimiento y antropología* (p. 88). Montevideo: Ediciones Trilce.
- Janet, P. (1874). Fichte y Maine de Biran. *Revista Europea*, 17, 537-538, 21 de junio de 1874. Disponible en <http://www.filosofia.org/rev/reu/1874/pdf/n017p535.pdf>
- Kovadloff, S. (2011). *El silencio primordal. Premio Internacional de Ensayo Pedro Henríquez Ureña*. México: Academia Mexicana de la Lengua.
- Lakoff, G., & Johnson, M. (1999). *Philosophy in the Flesh. The Embodied Mind and its Challenge to Western Thought*. New York: Basic Books.
- Laughlin, C. D., McManus, J., & D'Aquili, E. G. (1993). *Brain, Symbol and Experience: Towards a Neurophenomenology of Human Consciousness*. New York: Columbia University Press.
- Legrand, D. (2007). Pre-reflective self-as-subject from experiential and empirical perspectives. *Consciousness and Cognition*, 16(3), 583-599. doi: 10.1016/j.concog.2007.04.002
- Lewin, K. (1939). *Teoría del campo y experimentación en psicología social, Cuaderno 10*. Instituto de Sociología, Facultad de Filosofía, Universidad de Buenos Aires, 1958.
- Lieb, I. C. (1991). *Past, Present and Future*. Urbana y Chicago. University of Illinois Press.
- Macaluso, E., & Maravita, A. (2010). The representation of space near the body through touch and vision. *Neuropsychologia*, 48(3), 782-795. doi: 10.1016/j.neuropsychologia.2009.10.010
- Maderuelo, J. (1996). *Nuevas visiones de lo pintoresco. El paisaje como arte*. Madrid: Fundación César Manrique.
- Miller, M., Albarracín, M., Pitliya, R. J., Kiefer, A., Mago, J., Gorman, C., ... Ramstead, M. J. D. (2022). Resilience and active inference. *Frontiers in Psychology*, 13, 1059117. doi: 10.3389/fpsyg.2022.1059117
- Nagel, T. (1986). *The View from Nowhere*. New York: Oxford University Press.
- Nicol, E. (1941). *Psicología de las situaciones vitales*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Nussbaum, M., & Sen, A., eds. (1993). *The Quality of Life*. Oxford: Clarendon Press.
- O'Keefe, J., & Nadel, L. (1978). *The Hippocampus as a Cognitive Map*. Oxford: Clarendon.
- Ortega y Gasset, J. (1914). *Meditaciones del Quijote*. Obras completas, I (pp. 322). Madrid: Publicaciones de la Residencia de Estudiantes.
- Ostachuk, A. (2013). El Umwelt de Uexküll y Merleau-Ponty. *Ludus Vitalis*, 21(39), 45-65.
- Paz, O. (1990). *In/mediaciones*. Barcelona: Seix Barral.
- Piaget, J. (1984). *La representación del mundo en el niño*, Sexta edición, primera edición 1933. Madrid: Morata.
- Pinker, S. (2010). The cognitive niche: Coevolution of intelligence, sociality, and language. *Proceedings of the National Academy of Sciences*, 107(Sup. 2), 8893-8999. doi: 10.1073/pnas.0914630107
- Pol, E. (2006). Blueprints for a History of Environmental Psychology (I): From First Birth to American Transition. *Medio Ambiente y Comportamiento Humano*, 7(2), 95-113.
- Sambo, C. F., & Iannetti, J. D. (2013). Better safe than sorry? The safety margin surrounding the body is increased by anxiety. *Journal of Neuroscience*, 33(35), 14225-14230. doi: 10.1523/JNEUROSCI.0706-13.2013
- Sanaphre Villanueva, M. (2009) Un acercamiento cognoscitivo a los verbos ser y estar. *CIENCIA@UAQ*, 2(1), 32-52. Disponible en http://www.uaq.mx/investigacion/revista_ciencia@uaq/ArchivosPDF/v2-n1/Acercamiento.pdf
- Saussol, J. L. (1978). "Ser" y "estar". *Orígenes de sus funciones en el «Cantar de Mió Cid»*, Salamanca: Publicaciones de la Universidad de Sevilla.
- Sauter, S. (1993). Ser y estar en Cántico de Jorge Guillén. Una interpretación psicocritica. *Turia: Revista Cultural*, 23, 23-38.
- Shapiro, L., editor. (2014). *The Routledge Handbook of Embodied Cognition*. Routledge Handbooks of Philosophy.
- Sidtis, D., & Kreiman, J. (2012). In the beginning was the familiar voice: personally familiar voices in the evolutionary and contemporary biology of communication. *Integrative Psychological and Behavioral Science*, 46(2), 146-159. doi: 10.1007/s12124-011-9177-4
- Simmel, G. (2013). *Filosofía del paisaje*. Madrid: Casimiro Libros.
- Skinner, J., & Gormley, G. J. (2016). Point of view filming and the elicitation interview. *Perspectives on Medical Education*, 5(4), 235-239. doi: 10.1007/s40037-016-0278-0
- Smith, O. B. (2010). The Social Self of Whitehead's Organic Philosophy. *European Journal of Pragmatism and American Philosophy*. Disponible en <http://journals.openedition.org/ejppap/935>; doi: 10.4000/ejppap.935
- Thoreau, H. D. (1848). *Walden*. Edición de W.W. Norton & Co, 1961.
- Tillich, P. (1963). *The Eternal Now*. New York: Charles Scribner's Sons.
- Tolman, E. C. (1948) Cognitive maps in rats and men. *Psychological Review*, 55(4), 189-208. doi: 10.1037/h0061626
- Uexküll, J., von (1945). *Ideas para una concepción biológica del mundo*. Madrid, Biblioteca de ideas del siglo XX, Espasa-Calpe, S. A.
- Valdés, M. (2010). *Para Ramón Xirau en su 85 aniversario*. En: Celebración 85 años de Ramón Xirau (pp. 13-21). México, DF: Instituto de Investigaciones Filosóficas.
- Valente, J. A. (1980). *Punto Cero*. Barcelona: Seix Barral, Biblioteca Breve.
- Varela, F. J., Thompson, E., & Rosch, E. (1991). *The embodied mind: Cognitive science and human experience*. Cambridge, Massachusetts: MIT Press.
- Vázquez, C. (2018). *Como ya todo se ha contado, podemos contarlo todo*. México: Letras Libres. Disponible en <https://letraslibres.com/literatura/como-todo-se-ha-contado-podemos-contarlo-todo/>
- Vázquez Campos, M., & Gutiérrez, L. (2015). *Temporal Points of View. Subjective and Objective Aspects*. Nueva York / Londres: Springer.
- Wallraff, H. G. (1991). Conceptual approaches to avian navigation systems. *EXS*, 60, 128-165. doi: 10.1007/978-3-0348-7208-9_7
- Weil, A. (1973). *The Natural Mind*. Boston: Houghton Mifflin.
- Whitehead, A. N. (1929). *Process and Reality: An Essay in Cosmology*, Corrected Edition. Edited by David Ray Griffin and Donald W. Sherburne. The Free Press. A Division of Macmillan, 1978. Traducida al castellano: Proceso y Realidad. Buenos Aires: Losada (1956).
- Xirau, R. (1985). *Tiempo vivido. Acerca de "estar."* México, DF: Siglo XXI.
- Xirau, R. (1997). *Sentido de la presencia*. México: Fondo de Cultura Económica.

Literatura, locura y degeneración

Representaciones de la enfermedad mental en la novela *México Manicomio*

José Antonio Maya González

Universidad Autónoma Metropolitana, Unidad Xochimilco, correo electrónico: jomayago@gmail.com

El objetivo del presente trabajo es analizar las representaciones de la locura en la novela *México Manicomio* publicada en 1927 y escrita por el médico, periodista y literato Salvador Quevedo y Zubieta (1859-1935).¹ Mi intención es analizar algunos de los contenidos psiquiátricos utilizados para idear a los personajes y examinar las estrategias narrativas para significar al Manicomio General La Castañeda, institución inaugurada en 1910 y clausurada en 1968. Considero que dicha obra permite estudiar los referentes clínicos mediante los cuales se evaluaron los cuerpos y las mentes de los sujetos ahí confinados y del personal profesional durante las primeras dos décadas de funcionamiento institucional, y también vislumbrar los saberes de los expertos encargados de certificar la locura. *México Manicomio* representa una valiosa fuente para la historia cultural de la psiquiatría, una línea de investigación historiográfica que ha consolidado sus objetos en el estudio de las ideas, los valores y las percepciones culturales de la enfermedad mental, sus representaciones sociales y la producción de subjetividades a partir del abordaje de una diversidad de fuentes: cartas, poemas, diarios, autobiografías, cuentos y novelas (Bongers & Olbrich, 2006; Huertas, 2012; Villasante et al., 2018; Ordorika & Golcman, 2021).

México Manicomio puede entenderse como un dispositivo ficcional en el que se traman discursos, prácticas y representaciones. Esto no supone que los textos literarios “reflejen” la realidad; por el contrario, proponen una forma de realismo capaz de “evocar lo real, describir personas y lugares, poner en escena acciones, penetrar en el alma humana” (Jablonka, 2016, pp. 18-19).² Desde la perspectiva historiográfica, los textos literarios son instrumentos de investigación de los hombres y las épocas, porque permiten concebir “posibilidades históricas” de lo social (Chartier, 2006; Ginzburg, 2010, p. 439). Mi punto de partida es el siguiente: a lo largo del tiempo, las producciones artísti-

cas han sido capaces de establecer “diagnósticos estéticos” sobre los procesos de salud/enfermedad; mejor aún, considero que las prácticas literarias han logrado producir un “saber cultural” en torno a la locura. De esta manera, una de las tareas del historiador es dar cuenta de los intercambios conceptuales entre la ciencia y la cultura, con el fin de comprender los procesos de sentido y significación que se dan en el campo literario (Huertas, 1984; O’Byrne, 1996; Bongers & Olbrich, 2006, p. 15; Hidalgo, 2008). Nuestra novela de estudio aborda las tensiones institucionales y los escenarios de violencia durante el periodo revolucionario, en particular, visibiliza el espacio manicomial y las crisis a pocos años de su fundación; de igual modo, exhibe una serie de discursos y prácticas de clasificación de la época mediante las cuales pueden entrecruzarse los comportamientos de ciertos sujetos juzgados como locos. Este trabajo está dividido en tres secciones: en la primera, abordo algunos pasajes de la biografía intelectual del autor y la función de su escritura; en la segunda, analizo la representación del manicomio y, en la tercera, examino los recursos teóricos con los que clasificó a los personajes.

UN POSITIVISTA-ROMÁNTICO

Salvador Quevedo y Zubieta fue un escritor polifacético, político ocasional y médico positivista que colocó el saber científico al servicio del entendimiento del orden social durante la dictadura de Porfirio Díaz (1876-1910).³ Nuestro personaje representó al letrado “prototipo” nacido en la segunda mitad del siglo XIX, que incursionó en todos los géneros como la novela, el teatro, la poesía, el periodismo y la crónica, es decir, exploró diversas modalidades textuales

1 Para la realización de esta investigación utilicé la edición publicada en 1956.

2 De hecho, los relatos de ficción contienen un mundo representado que da cuenta de las condiciones de emergencia de los textos (Bobadilla Encinas, 2009, p. 22).

3 Podemos considerar a nuestro autor como un “letrado”, refiriéndonos a esos escritores, periodistas, médicos, empresarios y científicos que participaron en sucesos históricos y actividades políticas, ocupando puestos públicos en instituciones de gobierno. En cambio, los “intelectuales” serían aquellos personajes que lograron establecer cierta autonomía, relativa o ambivalente, con respecto a las funciones y relaciones con el Estado, ya sea desde el “campo literario” y/o científico (Schmidt-Welle, 2014, p. 17).

bajo el convencimiento –como muchos hombres de letras de su tiempo–, de que participaba del proyecto civilizatorio por medio de su tarea intelectual (Ruedas de la Serna, 1996, p. 9). El escritor jalisciense formó parte de una constelación de positivistas-románticos formados en la República Restaurada, mostró entusiasmo por los métodos de indagación científica propuestos por August Comte, sin descuidar, claro está, el gusto por la escritura de tono romántico y nacionalista (Matute, 2005, p. 429). Pero también fue un cosmopolita, estudió medicina en Francia y viajó por varios países europeos tratando de conocer las maneras, costumbres y tradiciones “de los pueblos”. Quevedo y Zubieta se consolidó como escritor junto a los esfuerzos de una “élite cultural” preocupada por engarzar “científicamente” a la sociedad, mejorar la educación y definir la “organización del país” mediante la aplicación de la ciencia al estudio de las leyes que regían la sociedad (Guerra, 1988, p. 84). El autor de *Recuerdos de un emigrado*, *El Estudiante*, *México Mari-macho*, entre otras obras, asumió su labor narrativa desde el campo médico, siempre dispuesto a diseccionar el “cuerpo social” de la nación mexicana.

A inicios del siglo XX, escribió algunos artículos para las revistas médicas *La Escuela de Medicina* y *Gaceta Médica de México* sobre higiene pública, cirugía, patología interna y trastornos mentales, temáticas que comenzaban a despertar el interés de los profesionales de la medicina porfiriana. En su novela articuló tanto sus intereses médicos como los artilugios literarios que fue desarrollando; dicho eclecticismo explicaría, en buena medida, por qué *México Manicomio* aborda la “psicología social” (subtítulo de la novela) a partir de la descripción de los “vicios”, “atavismos” y otros “males” de ciertos sectores sociales desde una postura clínica. Al hacerlo, Quevedo y Zubieta buscó registrar las transformaciones políticas, sociales y culturales de un país enfrascado entre la nostalgia por una época de relativa paz y modernización, como la porfiriana, y el desorden mental generalizado que, para él, suponía la revolución en marcha. La novela inicia con un preámbulo en el que se recrea una conversación entre un narrador-periodista y Porfirio Díaz:

¿Cómo se las arregla usted para poder regir por tantos años a esta República? Don Porfirio guardó silencio un momento, como para elaborar una verdad profunda, que al fin salió de sus labios en esta forma confidencial: Me he figurado que estoy gobernando un gran Manicomio (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 5).

Desde luego, Quevedo y Zubieta usó la figura del manicomio como una alegoría significativa por sus implicaciones médicas y políticas: por un lado, permite mostrar la visión que tenía el presidente hacia sus gobernados, a quienes consideraba ciudadanos susceptibles de tutela, incluso, menores de edad; y, por el otro, exhibe la centralidad del discurso de la locura en la cuestión pública. Ya en el exilio,

continúa el narrador-periodista, recordó una última suplica del mandatario: «*Diga usted en su diario que me he venido porque mis paisanos se están volviendo cada vez más locos*» (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 6).

Como muchos médicos, escritores y periodistas de su época, nuestro autor utilizó la literatura como un laboratorio epistemológico muy vinculado al alienismo francés,⁴ en específico, su narrativa estaba en sintonía con las teorías sobre el delirio y la degeneración.⁵ Desde esta perspectiva, podemos decir que su novela alude a un conjunto de saberes expertos y de prácticas médicas que se dieron en el marco de los inicios de la profesionalización de la psiquiatría mexicana durante las primeras dos décadas del siglo XX.⁶ Quevedo y Zubieta incorporó a su producción literaria la observación sistemática y el análisis riguroso; estas operaciones estéticas avalaban una forma de escritura con pretensiones de “objetividad”. Sus prácticas literarias tenían la encomienda de clasificar ciertos comportamientos de acuerdo con los principios de la profilaxis social muy en boga durante el porfirato. En un artículo publicado en 1899, casi tres décadas antes de la impresión de *México Manicomio*, nuestro autor celebró las relaciones entre la literatura naturalista y la psiquiatría positivista. Quevedo y Zubieta veía en dicha alianza la posibilidad de construir un instrumento para combatir, denunciar y frenar el supuesto incremento de patologías mentales en el país:

Hoy sentimos que ya es hora de abandonar aquella despreocupación y este desprecio, y tratamos de oponer a la creciente miseria y criminalidad diques más fuertes que los hasta el presente contruidos. El arte no podía permanecer extraño a esta preocupación general, y de aquí que los artistas se hayan convertido en clínicos (Quevedo, 1899, pp. 335-336).⁷

En su artículo, Quevedo y Zubieta hacía referencia a la reunión celebrada en Roma, en la cual se insistió en la importancia del naturalismo literario⁸ y las aportaciones de

4 Recordemos que, durante el siglo XIX, el alienado era concebido como un enfermo que había perdido la razón, por su parte, los alienistas eran aquellos facultativos que atendían la alienación mental. Estas ideas circularon de manera constante en los textos literarios de fin de siglo en la ciudad de México (Maya González, 2014; Zavala Díaz, 2018).

5 En términos generales, la teoría de la degeneración fue propuesta por el alienista francés August Morel en 1857, y estableció que todas las anomalías físicas y mentales del ser humano eran la expresión de herencias malsanas. La degeneración proponía que la herencia era el principal transmisor directo de las psicopatías, atavismos y malformaciones corporales y psíquicas del sujeto enfermo (Huertas, 1987).

6 Es bien sabido que al fundarse el Manicomio General La Castañeda en 1910, también inició un periodo de profesionalización de la disciplina. Dicho establecimiento no sólo respondía a un proyecto terapéutico, según el cual, el encierro era en sí mismo benéfico para el paciente, sino que permitió la consolidación de la enseñanza, la formación de psiquiatras y el desarrollo de la investigación a través de revistas especializadas y la práctica institucional (Sacristán, 2009; Ríos Molina, 2009).

7 “X.X.X” era uno de los varios seudónimos que solía utilizar el escritor jalisciense (Ruiz Castañeda & Márquez Acevedo, 2000, p. 664).

8 El naturalismo fue una corriente liderada por escritor francés Emile Zola, cuya propuesta estética tenía la pretensión de “objetividad” al utilizar el método científico como instrumento de producción literaria (Zola, 2002).

la “novela científica” al estudio de los delincuentes y degenerados.⁹ Nuestro autor se había sumado a otras voces de fin de siglo que sostenían que escritores como Víctor Hugo o Julio Verne usaron el espacio literario para instruir a los lectores y, sobre todo, para colocar los temas científicos “al alcance de todos” (Parra, 1891, p. 1). Así, uno de los argumentos de este trabajo consiste en mostrar que *México Manicomio* tenía una función social, la cual consistió en coadyuvar con el desarrollo biológico de la nación patologizando ciertos comportamientos transgresores, denunciado a sus “lacras” e imponiendo un conjunto de normas “saludables” fincadas en los ideales porfirianos: el libre albedrío, el autocontrol, y, por supuesto, el orden y el progreso. De esta manera, alienismo y naturalismo fundaron un proyecto político-narrativo que pretendía denunciar y defender a la sociedad de sus malportados.

México Manicomio buscó denunciar, mediante la ironía y el sarcasmo, el comportamiento transgresor de ciertos grupos sociales y la escasa formación del personal médico, como veremos más adelante. La novela de Quevedo y Zubieta ofrecía un retrato público de las patologías sociales que más preocuparon a las elites porfirianas: el alcoholismo, las enfermedades venéreas, las neurosis, el erotismo y las pasiones desbordadas, y lo hizo acudiendo a una estrategia narrativa: el caso clínico. Este ejercicio escritural no fue fortuito. Recordemos que nuestro autor conoció los protocolos de observación, registro, pronóstico y diagnóstico de su época, al formar parte del cuerpo médico del Manicomio General La Castañeda en dos periodos; el primero, entre 1917-1918, y el segundo, en 1927.¹⁰ Como facultativo, Salvador Quevedo y Zubieta buscó defender a la sociedad de los peligros que representaba la locura revolucionaria; como literato, narró ficciones psicopatológicas con un fuerte sesgo científicista. Narrar un caso requiere de un proceso de diferenciación y selección dentro de un conjunto de “casos posibles”. Se trata de una modalidad textual que organiza, a través de un relato, los rasgos patológicos individuales o sociales que apuntan a la normalización social. En dicha organización se puede identificar una “matriz narrativa”, según la cual, se establece una interpretación de lo patológico, lo anormal y la desviación (Salto, 1989, p. 261). *México Manicomio* organiza el relato en función de dos elementos: a) establece un paralelismo entre el afuera/revolucionario y el adentro/institucional; b) interpreta la locura en la necesidad del aislamiento y la herencia atávica.

9 Zola consideró que la llamada “novela científica”, podía erigirse en instrumento de denuncia social, ya que los personajes criminales y prostitutas, por ejemplo, solían coincidir con aquellos casos reales descritos por los psiquiatras y los criminalistas. En este sentido, el naturalismo tenía como objetivo someter el arte a las reglas de la ciencia para exponer los vicios de las llamadas “lacras de la sociedad” (Huertas y Peset, 1985; 1986).

10 Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo Manicomio General, Sección Expedientes Personales, Caja 45, expediente 6, en adelante AHSS, FMG, SEP, C, 45, exp. 6.

ENTRE LA “CIUDAD DESATORNILLADA” Y LA “LOCA MANSIÓN”

La novela narra la historia de Mauro Vallín, un joven médico que llega a la capital con el deseo de poder trabajar en el recién fundado Manicomio General “La Castañeda”. La trama se desarrolla en la ciudad de México entre 1915-1917, uno de los periodos más álgidos de la lucha revolucionaria bajo el gobierno constitucional de Venustiano Carranza y el interinato de Francisco Carbajal. En su travesía del estado de Coahuila a la ciudad de México, el protagonista queda aterrorizado por el semblante de aquellos hombres que encabezan la lucha armada, “cuyo programa único fuera la destrucción y el pillaje” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 11). Considera que la ciudad, convulsa y “desatornillada”, ha quedado subyugada “por los demonios de la locura”. Aun cuando Quevedo y Zubieta considera la Revolución como el signo de un desorden social, la revuelta no desató una violencia “irracional” entre grupos armados; por el contrario, se trató de una violencia racional, estratégica y pactada entre los distintos ejércitos que tenían mucha capacidad organizativa y equipamiento militar para controlar al país (Picatto, 2022, p. 27). Consciente y atemorizado, Mauro Vallín percibe en el “desorden generalizado” el escenario propicio para la arenga de conjuras paranoicas; cualquiera podía ser sospechoso de “connivencias con Carranza” o acusado de “espía peligroso”. Si consideramos que *México Manicomio* es “una historia de locos patológicos” bajo un contexto político “que le parece al narrador como caos y como cosa de manicomio” (Portal, 1985, p. 205), debemos admitir que la matriz narrativa que rige la novela es su perspectiva “contrarrevolucionaria”. En efecto, Quevedo y Zubieta formó parte de una constelación de liberales que interpretaban el desorden, el desenfreno y las convulsiones políticas como símbolo de retroceso con respecto al “progreso social” que defendían los porfiristas. No obstante, ¿por qué estableció un paralelismo entre el contexto revolucionario y el manicomio? Mejor aún, ¿qué función tiene la locura en la novela?

Una vez contratado como médico de la Castañeda, Mauro Vallín se enamora de Irene, una joven “histérica” que fue encerrada por su familia para quedarse con el dinero de una herencia. Al abordar una historia de amor, el lector logra conocer las vicisitudes y las problemáticas que enfrenta la institución manicomial y el personal encargado durante un periodo de crisis recurrentes. Un aspecto que destacar es la centralidad que adquiere la figura del administrador en la representación narrativa del desorden social y la perturbación mental; ejemplo de ello son los siguientes personajes: el administrador “chiflado” del hotel donde se alojó Vallín a su llegada a la capital; las incompetencias de los diferentes administradores que tuvo el manicomio en pocos años; o bien, la ausencia del gran “administrador” de la nación. Es claro que “el desorden generalizado” así como la anomia social presente durante la guerra de facciones, son el resultado de

la ausencia de un poder central, ese que regula y organiza la trama institucional. Por un lado, la revuelta social está representada como ese otro manicomio ciudadano en el que circulan vagos, harapientos, indios, pobres, hambrientos, caudillos y militares que buscan un cambio sociopolítico; aunado a otros progresistas y civiles que pugnan por hacer efectivo el lema: “orden y progreso”. Así, el personaje de Mauro Vallín exhibe la medida progresista de los viejos porfiristas. Por el otro, el manicomio está representado como una institución vetusta que encubre la corrupción política, y que desata las ambiciones del personal administrativo y médico; en una palabra, se trata de una Castañeda en donde reina “el desorden general del momento. La excitación pasaba de los agitados al personal loquero. Se oían gritos de locos y zurriagazos de guardias en un pabellón” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 76). Para nuestro autor, el desorden es la condición necesaria para entender la locura social, proceso que clausura (o difumina) las fronteras entre unos y otros.

El manicomio, como institución transversal, encarna las tensiones de un periodo convulso, de esta manera, Quevedo y Zubieta reproduce una de las funciones para las que fueron creadas: separar al loco del medio social. Al llegar a la ciudad de México, Mauro Vallín se asombra de la imagen fronteriza, limítrofe y colindante que impone el “palacio de la locura”:

Más allá de la cuesta ferroviaria se eleva de tal modo que sólo un profundo foso puede separar al mundo cuerdo del mundo loco. Ante la multitud viajera se destacó la masa del pabellón central, destinado a Servicios Generales; a uno y otro lado, en dos series paralelas, los pabellones de locos y locas; éstas poblaban los prados fronteros a la vía, a esa hora de paseo reglamentario. Unas tiradas sobre el zacate, entre pinos y truenos; otras sentadas en los bancos de los cenadores; una que otra vagaba a solas, encarada con su delirio. Gritos y señales se cambiaron del Manicomio al tren, del tren al Manicomio. Los del tumbaburros reían de las locas; las locas reían de los tumbaburros.” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 60).

Como es sabido, la inauguración del Manicomio General el 1 de septiembre de 1910, representó la culminación de una gestión porfiriana controvertida por su autoritarismo y longevidad en el poder. Mientras que el cisma de la Revolución mexicana despertaba la creencia de instaurar los cambios para revertir la situación de injusticia que vivían las mayorías, el manicomio capitalino enarbó sus propias expectativas sustentadas en el “progreso científico”. *México Manicomio* contiene la imaginaria patológica de su época, según la cual, aislar a los “locos” equivalía a resguardar la nación. Es de sobra conocido que a lo largo del siglo XIX e inicios del XX, se crearon instituciones manicomiales a nivel global destinadas a la atención, cuidado, resguardo, contención y profesionalización del saber psiquiátrico y, por su puesto,

México no fue la excepción (Scull, 2019; Ríos Molina & Ruperthuz, 2022). El proyecto para fundar una institución moderna ya estaba en la imaginación científica desde el último cuarto del siglo; por ejemplo, en 1897 el médico legista José Olvera demandó la creación de un hospital moderno con la finalidad de separar al loco de la sociedad y defenderse de los peligros que éste representaba; un espacio, donde además, el médico pudiera “dedicarse a la criminalidad en los cuerdos y en los locos y así pueda señalar el alma lo que sólo a ella le pertenece en los actos humanos y en la organización lo que a ella es debido” (Olvera, 1891, p. 166). Incluso, el Dr. Caballero recomendaba el aislamiento de los enfermos mentales a “sanatorios especializados”, ya que el encierro era en sí mismo “un remedio seguro y casi infalible contra la agitación de tales enfermos”. Y concluía, “la hospitalización de los locos es siempre conveniente” (Barcia Caballero, 1904, p. 112). No cabe duda de que, en nuestra novela de estudio, la representación literaria del manicomio articuló una serie de discursos, demandas, viejos anhelos y necesidades apremiantes.

Si el manicomio pretendía separar “al mundo cuerdo del mundo loco”, según la expresión de Quevedo y Zubieta, ¿quiénes podían habitar el palacio de la locura? En el reglamento fechado en 1912, se aseguraba que el manicomio atendería a “toda clase de personas de ambos sexos y de cualquier edad, nacionalidad y religión” aquejadas por “enfermedades mentales” (Reglamento, 1913, p. 1). Se trató de un proyecto fuertemente centralizado, con pretensiones democráticas y de inspiración caritativa, en el que confluyeran todas “las condiciones necesarias” para el buen “aislamiento” y “curación” de los locos (Gobierno Mexicano, 1898, pp. 893-894). Sin embargo, el manicomio comenzó a tambalear a pocos años de que abrió sus puertas. En su primer día como facultativo, Mauro Vallín descubre que no había director del nosocomio, tampoco administrador y mucho menos director de Beneficencia. Tampoco contaban con material de curación, ni quirúrgico, y lo más grave, también escaseaban los alimentos. De la mano del doctor Zaburra, el protagonista recorre los pabellones con la mirada atónita, descubre un espectáculo inquietante que oscila entre la miseria, la inmundicia y la decrepitud moral. En su recorrido, nuestro narrador es testigo de cómo la locura revolucionaria afecta la subjetividad de los confinados hasta enloquecerlos: “un maniaco excitado, apoderándose al paso de un palo de escoba, lo tremolaba en alto, portaestandarte de una tropa imaginaria” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 79). La asociación entre el afuera/revolucionario y el loco sujeto rebelde quedaba asentada.

Finalmente, a través de su protagonista Quevedo y Zubieta expone el desencanto que le despierta La Castañeda; erigida para dar tratamiento a los enfermos mentales, pronto se había convertido en un verdadero “Antro de Corrupción”. Mauro Vallín pasa las primeras noches de práctica laboral en el manicomio afectado por el desengaño y la frustración; desconcertado, el joven galeno reconoce haber llegado con la esperanza de “explorar un sitio de estudio, y la excursión

se volvía jolgorio” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 84). Pensativo, Mauro describe con ironía la situación:

¡Una tamalada! En eso paró la gira por las flores-tas del Manicomio. Hubo un tiempo en que la loca mansión estuvo exclusivamente destinada a esa clase de comilonas rústicas cuando no se conocía su arreste recinto sino por “la Castañeda”. Los pabellones de enajenados (cuya construcción fue oficialmente dirigida por el hijo de Porfirio Díaz, Porfirito, (...)) no han podido suprimir el espíritu local originario. El Manicomio ha luchado siempre por seguir siendo la juerguista “Castañeda”. (Quevedo y Zubieta, 1956, pp. 85-86).

El desasosiego que sacude al protagonista coincide con la situación analizada por los historiadores de la psiquiatría durante los años de la Revolución. Andrés Ríos Molina sostiene que durante estos años los médicos prácticamente no diagnosticaron enfermedades mentales y tampoco hicieron historias clínicas porque muchos de los pacientes que ingresaron en dicho periodo, fallecieron poco tiempo después de su ingreso. La falta de transporte y la toma del manicomio por las fuerzas zapatistas y carrancistas impidieron una mejor alimentación y atención terapéutica. En términos de la infraestructura, 1917-1920 fueron los años más críticos para la institución. Preocupado en recuperar el orden social, el proyecto de reconstrucción nacional encabezado por el gobierno constitucionalista contrastaba con la violencia, el miedo y la zozobra que se vivía en el manicomio (Ríos Molina, 2009, pp. 158-159). Incluso, Cristina Sacristán ha mostrado que, al finalizar la guerra, las autoridades del manicomio fueron muy cuestionadas desde la opinión pública debido a las constantes quejas sobre maltratos y hacinamiento de los internos (Sacristán, 2005, p. 204). *México Manicomio* retrata la decadencia de una incipiente práctica psiquiátrica; además, deja en claro que la locura funciona como una metáfora para explicar un país sin rumbo.

“ESTE VALLE DE DEGENERADOS”

Una lectura general permite considerar que los “locos” representados en *México Manicomio* no son personajes pasivos, indiferentes y atrapados en las redes de un poder psiquiátrico. Por el contrario, Quevedo y Zubieta buscó mostrar a los confinados como sujetos transgresores e insertos en dinámicas cotidianas que suceden de manera cronológica dentro del espacio manicomial. Un lugar destacado lo ocupan las mujeres, a través de sus comportamientos y actitudes es posible acercarnos a los valores de una época que se resistía al cambio cultural. Los personajes femeninos no se ajustan a los roles de género porfirianos: Eva Roncallos, “la megalómana”, era una mujer que no admitía contradicciones de ningún tipo y solía intercambiar telegramas

con el Rey Jorge y el Emperador Nicolás; Virginia Capla la “marimacha”, se vanagloriaba de haber combatido en las filas triunfalistas, siempre con su fusil en mano dispuesta para ir a la guerra; Elena Medrano era otra “militante a las órdenes de los del Norte” que había ingresado al manicomio sin motivo aparente. La condición del delirio y la obsesión revolucionaria fueron percibidos, por nuestro autor, como síntomas de una patología mental imprecisa, pero merecedora del encierro. Estas mujeres simbolizan, en los planos social y cultural, el poder subversivo de la revolución en marcha; mientras que Mauro Vallín y sus colegas facultativos, sólo se limitan a observar con recelo y franco encono, la decadencia moral de la llamada “familia revolucionaria”. Podemos decir que dichas confinadas son locas subalternas porque desafían la subjetividad patriarcal a la que estaban sujetos los médicos del manicomio, ya que en todo momento confrontan a los guardias y a otras figuras de autoridad dentro del nosocomio. Entre las páginas también desfilan poetas redentores que cantan su desconsuelo, lesbianas que operan todo tipo de negocios con el personal administrativo y, desde luego, cantantes afamados y músicos de orquesta. Así, la novela articula una serie de figuras, estampas y semblantes estereotipados propios de la locura finisecular.

Un elemento destacado en la representación literaria es la degeneración del personal médico. Sin miramientos, Salvador Quevedo Zubieta criticó la falta de profesionalismo de los facultativos: “A estos ilustres psiquiatras no los conoce el mundo por sus obras; pero sí por los deseos de ostentar la efigie ante los mil visitantes del Manicomio, para hacer clientela”. Quevedo se refería a la “degeneración del momento” para justificar la “inoperancia” del personal médico. Para esto, utiliza la teoría de la “degeneración” para representar la condición viciosa de los médicos, los administrativos e internos que no escaparon de sus funestos efectos atávicos. Cabe preguntarse, ¿por qué nuestro autor se apoyó en dicha teoría y con qué finalidad?

Conviene recordar que desde la segunda mitad del siglo XIX hasta las primeras décadas del XX, la teoría de la degeneración fue uno de los modelos “científicos” más relevantes para los médicos, alienistas y criminólogos en diversas partes del mundo, el cual buscaba explicar las causas de la locura, la criminalidad y de otras enfermedades psicosomáticas. Sus principales postulados estaban centrados fundamentalmente en los procesos hereditarios y las características físicas como signos de enfermedad, los cuales lograron extenderse en los círculos académicos y en la cultura científica de las principales ciudades del orbe, como Francia, Inglaterra, Estados Unidos y otros países de América Latina (Argentina, Brasil, Chile, Colombia y México).¹¹ El alienista francés Auguste Morel, buscó demos-

¹¹ El *Traité des dégénérescences physiques, intellectuelles et morales de l'espèce humaine et des causes qui produisent ces variétés maladives* escrito por el alienista francés August Morel en 1857, se convirtió en el instrumento de interpretación hegemónico que ofrecía una explicación etiológica de las enfermedades mentales a partir de la transmisión hereditaria.

trar que la degeneración de la especie humana era resultado de un proceso de desviación mórbida respecto al hombre “perfecto” semejante a Dios. Sustituyó la clasificación sintomática por otra de carácter etiológico, es decir, privilegió la identificación y conocimiento de sus causas (Bing, 2000, pp. 225-229). Morel consideraba que todas las anomalías del comportamiento humano eran la expresión de herencias malsanas; por ello, individuos que degeneraban estaban irremediablemente condenados a la esterilidad e incurabilidad.¹² La tarea de los médicos de la mente era rastrear en los antecedentes individuales los signos (rostros asimétricos, orejas malformadas, manos desproporcionadas) que pudieran develar una anomalía transmitida. La locura y la criminalidad se pensaban en términos de predisposición, razón por la cual “existía[n] antes de constituirse como enfermedad” (Foucault, 2008, p. 312). Si bien en su momento, la degeneración fue una teoría con pretensiones científicas, también se convirtió en una ideología global, en donde la locura se formuló en términos de patología física, “explicación proteica de todas las formas de locura, desde la más leve hasta las formas lúgubres, que encontraba su origen en cerebros defectuosos” (Scull, 2019, p. 248). Muchos comportamientos considerados anormales, transgresiones sociales (lesbianismo, onanismo, prostitución, alcoholismo, morfínismo) y otras manifestaciones culturales fueron entendidas en clave somática por sus más detractores médicos, alienistas y criminólogos.

La historiografía en México ha mostrado que los médicos interesados en las cuestiones mentales de finales del siglo XIX e inicios del XX, vincularon la degeneración con la condición de pobreza, la insalubridad y las prácticas viciosas de los sectores populares, así, los “degenerados” eran portadores de una constitución orgánica con taras hereditarias que atentaban contra el proyecto de modernización implementado por el presidente Porfirio Díaz (Ríos Molina, 2008). La teoría de la degeneración fue utilizada para explicar el comportamiento de los grupos populares y marginados en donde se creía reinaba el alcoholismo, la insalubridad y el crimen, prácticas malsanas que reproducían las anomalías físicas y mentales entre las redes familiares y su prole.¹³ Sin embargo, los bebedores no fueron los únicos sujetos vistos como “degenerados” en la modernidad porfiriana, la lista también incluía a otros personajes afeminados, con tendencias suicidas, comerciantes, peleadores, estafadores, vividores y todo tipo de “intelectuales

desequilibrados”, entre los que destacaban ciertos escritores (Maya, 2020). En este largo inventario de sujetos atávicos, algunos facultativos también formaron parte de la honrosa familia degenerada.

En la novela de Quevedo y Zubieta, resulta significativo que los primeros “degenerados” sean los que, en teoría, debían combatir ese mal. Los médicos son mostrados como “alcohólicos”, “morfínomanos”, “imbéciles” e “intoxicados” por todo tipo de sustancias y brebajes, además, sus labores cotidianas son realizadas bajo condiciones anti-higiénicas. Nuestro novelista apeló a la degeneración para mostrar los vicios y la incompetencia del personal médico al que calificó de “degenerados”, “corruptos” y “traficantes”. Construyó una imagen que, al compararla con los discursos del entonces director del manicomio Agustín Torres, muestra una tensión entre el discurso oficial que pretende dignificar la profesión médica y la crítica mordaz que establece el autor. En un artículo escrito para la *Revista Beneficencia Pública* de 1917, un autor desconocido pretendía vanagloriar las virtudes terapéuticas de la institución mostrando el ambiente de concordia y armonía que reinaba en el nosocomio. El documento describía el trajín cotidiano de la siguiente manera:

Es allí donde, a poco andar, y después de haberse sumido en la aparente calma del recinto, se advierten grupos de hombres que preparan la tierra de los “camellones” y que, llenos de gusto, con la sonrisa en los labios y lista la gorra en la mano para saludar al que llega, se muestran afanosos por el cumplimiento de la tarea impuesta; esos grupos son de enfermos pacíficos que, alejados del mundo de los cuerdos, no piensan en las miserias de éstos (E.C.C, 1917, p. 30).

Dicho informe resalta las inmejorables condiciones de la institución destinada a la curación de cuanto “infeliz” le subiera el temperamento o bajara la moral. Además, se detalla sobre la pulcritud de los pisos, el verdor en los pasillos y callejas. Finalmente, se celebra los casos de curación que, según informó el director, ascendían a “seiscientos setenta y nueve entre hombres y mujeres” totalmente rehabilitados y puestos a disposición laboral. Sin embargo, como es posible apreciar, la narrativa de Salvador Quevedo y Zubieta pretendía llegar a los bajos fondos de un mundo psiquiátrico en ciernes. Para el literato jalisciense, el manicomio representaba un “Antro de corrupción”; en cambio, para las autoridades y la prensa oficialista, era un lugar de civilidad y rehabilitación. El médico y funcionario Agustín Torres aparece representado en la novela bajo el nombre de “Austin Torrejas”, descrito como un hombre “degenerado” y “morfínomano” que no sabía administrar la institución.

12 Morel consideró que las principales causas de la degeneración eran el clima, el medio social, el consumo de alcohol, marihuana y opio, además, enfatizó que muchas prácticas sexuales consideradas “anormales” podrían engendrar hijos locos o epilépticos que terminarían con generaciones futuras (Huertas, 1987; Campos Marín et al., 2000; Sánchez, 2015).

13 Existía un evidente “pesimismo biológico” alrededor de las ideas sobre la degeneración, ya que los individuos afectados eran considerados como “incurables” por llevar marcas en el cuerpo, “estigmas”, que revelan las funestas consecuencias de la transmisión hereditaria. Por otra parte, también tenía un “trasfondo católico” al considerar que los degenerados eran “pecadores”, ello explicaría su desviación mórbida respecto al hombre ideal (Huertas, 1987, pp. 24-25).

CONSIDERACIONES FINALES

México Manicomio es una propuesta estética que tiene por objetivo denunciar la corrupción interna en el manicomio y la proclive degeneración del personal facultativo, dicha vocación, estuvo sostenida por el naturalismo literario. Como intelectual porfiriano y escritor experimental, Quevedo y Zubieta consideró lo inmoral, los vicios y las depravaciones de los internos y del personal galeno, como resultado de la desorganización del país, idea que, a final de cuentas, finca los males sociales y nacionales en la “falta de hombres sanos y ciudadanos dignos” (Begoña, 2007, p. 133). Nuestra novela apela a la “leyenda negra” en torno al Manicomio General La Castañeda, apoyado en un jacobinismo irrestricto, en el que la sociedad debe adecuarse a las leyes que regulan la trama social e institucional. Desde esta perspectiva, toda forma de transgresión es patologizada y justificada con base en una teoría que ponía énfasis en la transmisión hereditaria. El hacinamiento, los grupos de poder y las formas de corrupción dentro del manicomio son el pulso cotidiano. Para Quevedo y Zubieta, “el medio y el momento naturalizan las mayores incoherencias. En la atmósfera del Manicomio los cuerdos toman insensiblemente a locos algo de su percepción anormal...” (Quevedo y Zubieta, 1956, p. 123).

Como médico del Manicomio General, nuestro autor creyó en ciertas bondades “científicas” que representaba la institución para la medicina mental, pero como escritor naturalista, atribuyó a la anomía social (Revolución) de su tiempo el desorden interno de La Castañeda. En suma, el afuera-revolucionario determinó, en gran medida, la experiencia de la locura en el adentro-manicomial. *México Manicomio* es un ejemplo contundente de los usos estéticos del discurso médico finisecular, ya que da cuenta de las intrincadas relaciones entre literatura y psiquiatría en los albores del siglo XX. Considero que esta novela elabora un diagnóstico estético de interés para la historia cultural de la psiquiatría, en donde el descontrol, la anarquía y el caos generalizado durante los años revolucionarios, produjeron estados de locura social cuya causa primordial radicaba en la paulatina degeneración de la condición humana.

A través de su narrativa, Salvador Quevedo y Zubieta puso en circulación ideas, valores y conceptos propios de la psiquiatría imperante durante la primera década del siglo XX, entre ellos, se destacan el confinamiento manicomial como práctica de separación del mundo loco, y la degeneración, mediante las cuales buscaba explicar, con ojo clínico, los vicios y corruptelas morales. En definitiva, *México Manicomio* no representa una novela que abone a la legitimación de la medicina mental porfiriana, por el contrario, se trata de una obra crítica de la trama institucional y de sus profesionales. Sin embargo, la narrativa refuerza la idea de que la locura debía ser aislada del medio social que, a su vez, la generaba. La interpretación que subsiste en la narrativa zubietana es

claramente una respuesta estética a los claroscuros que dejó el periodo revolucionario.

REFERENCIAS

- Barcia Caballero, J. (1904). La hospitalización de los locos. *La Escuela de Medicina*, XIX, 110-115.
- Begoña, A. (2007). La novela como denuncia social. Heriberto Frias. *Temas y Variaciones de Literatura*, 28, 121-134.
- Bing, F. (2000). La teoría de la degenerescencia. En: Postel, J. y Quétel, P. (Coord.). *Nueva Historia de la Psiquiatría*, (pp. 225-229). México: Fondo de Cultura Económica.
- Bobadilla Encinas, G. (2009). *Estudios sobre literatura mexicana del siglo XIX*. Reflexiones críticas e historiográficas. Madrid: Editorial Pliegos.
- Bongers, W., & Olbrich, T. (2006). *Literatura, cultura y enfermedad*. Argentina: Paidós/Colección Espacios del Saber.
- Campos Marín, R., Martínez Pérez, J., & Huertas García-Alejo, R. (2000). *Los ilegales de la naturaleza. Medicina y degeneracionismo en la España de la Restauración, 1876-1923*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- Chartier, R. (2006). *Cultura escrita, literatura e historia*. 2a Reimpresión. México: Fondo de Cultura Económica.
- E.C.C. (1917). El Manicomio General. *Revista Enciclopédica Beneficencia Pública del Distrito Federal, I*. México: Departamento Tipográfico, Escuela Industrial de Huérfanos.
- Foucault, M. (2008). *El poder psiquiátrico*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Guerra, F. (1988). *Del Antiguo Régimen a la Revolución*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Ginzburg, C. (2010). *El hilo y las huellas. Lo verdadero, lo falso y lo ficticio*. Argentina: Fondo de Cultura Económica.
- Gobierno Mexicano. (1898). Exposición y proyecto para construir un Manicomio en el Distrito Federal, que presenta ante la junta nombrada por el C. Ministro de Gobernación, la comisión encargada de formarlo. En *Memorias del 2o Congreso Médico Pan-Americano verificado en la Ciudad de México, D.F.* Noviembre 16, 17, 18 y 19, 1896, Tomo II, (pp. 893-8949). México: Hoeck y Compañía Impresores y Editores.
- Hidalgo, L. (2008). Machado de Assis, Lima Barreto e a verdade da loucura. *Matraga*, 15(23), 140-154.
- Huertas, R. (1984). La novela experimental y la ciencia positiva. *Llull*, 7(13), 29-52.
- Huertas, R. (1987). *Locura y degeneración. Psiquiatría y sociedad en el positivismo francés*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Centro de Estudios Históricos.
- Huertas, R. (2012). *Historia cultural de la psiquiatría: (Re) Pensar la locura*. Madrid: Los Libros de la Catarata.
- Huertas, R., & Peset, J. L. (1985). Psiquiatría, crimen y literatura (I): El criminal nato en el naturalismo zoliano. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 5(13), 132-150. Recuperado de: <http://www.revistaen.es/index.php/aen/article/download/14803/14672>
- Huertas, R., & Peset, J. L. (1986). Psiquiatría, crimen y literatura (II): La mujer prostituta y la mujer criminal en la obra de E. Zola. *Revista de la Asociación Española de Neuropsiquiatría*, 6(18), 353-365. Recuperado de: <http://www.revistaen.es/index.php/aen/article/viewFile/14886/14754>
- Jablonka, I. (2016). La Historia es una Literatura Contemporánea: manifiesto por las Ciencias Sociales. Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, Argentina.
- Matute, A. (2005). Justo Sierra, el positivista romántico. En: Clark de Lara, B., & Speckman Guerra, E., (Comp). *La República de las letras. Asomos a la cultura escrita del México decimonónico*, Vol. III, (pp. 429-444). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Maya González, J. A. (2014). Ficciones psicopatológicas: locura y medicina mental en la novela Pacotillas de Porfirio Parra, 1900. *Revista Culturas Psi/Psy Cultures*, 2, 73-86. Recuperado de <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/culturaspsi/article/view/5193>
- Maya González, J. A. (2020). El país de los degenerados: los usos sociales de la teoría degeneracionista en la cultura escrita a finales del siglo XIX, ciudad de México. *Revista electrónica de Psicología Iztacala*, 23(4), 1817-1846. Recuperado de: <https://www.iztacala.unam.mx/carreras/psicologia/psiclin/>

- O'Byrne Curtis, M. (1996). *La razón de la sinrazón: La configuración de la locura en la narrativa de Benito Pérez Galdós*. Madrid: Ediciones del Cabildo Insular de Gran Canaria.
- Olvera, J. (1891). Asilo-prisión para “enajenados criminales” y reos presuntos de locura. Necesidad urgente de su creación. *Gaceta Médica de México. Periódico de la Academia Nacional de Medicina de México*, XXVI, 163-166.
- Ordorika, T., Goleman, A. (2021). *Locura en el archivo. Fuentes y metodologías para el estudio de las disciplinas psi*. Colección Debate y Reflexión. México: Centro de Investigaciones Interdisciplinarias en Ciencias y Humanidades, Universidad Nacional Autónoma de México.
- Parra, P. (1891). Las novelas científicas. Sus ventajas. *El Universal*, 1.
- Picatto, P. (2022). *La violencia en México*. México: El Colegio de México.
- Portal, M. (1985). Una desconocida novela mexicana de la Revolución y un prólogo mexicanista de Castelar. *Anales de la Literatura Hispanoamericana, España*, 10, 201-211.
- Quevedo y Zubieta, S. (1956). *México Manicomio. Novela histórica contemporánea, (Época de Venustiano Carranza) Psicología Social*. México: Editora Nacional S.A.
- Reglamento Interior del Establecimiento. (1913). *Archivo Histórico de la Secretaría de Salud, Fondo Beneficencia Pública*. SEH, Sección-Manicomio General, legajo. 3, expediente, 25, 1.
- Ríos Molina, A. (2008). Locura y encierro psiquiátrico en México: el caso del Manicomio La Castañeda, 1910. *Antípoda: Revista de Antropología y Arqueología*, 1(6), 73-90. doi: 10.7440/antipoda6.2008.04
- Ríos Molina, A. (2009). *La locura durante la Revolución mexicana. Los primeros años del Manicomio General La Castañeda, 1910-1920*. México: El Colegio de México.
- Ríos Molina, A., & Ruperthuz, M. (2022). *De Manicomios a Instituciones Psiquiátricas en Iberoamérica, siglos XIX y XX*. España/México: Sílex/ Universidad Nacional Autónoma de México.
- Ruedas de la Serna, J. (1996). *La misión del escritor. Ensayos mexicanos del siglo XIX*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Coordinación de Humanidades.
- Ruiz Castañeda, M. C., & Márquez Acevedo, S. (2000). *Diccionario de seudónimos, anagramas, iniciales y otros alias usados por escritores mexicanos y extranjeros que han publicado en México*. México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Sacristán, C. (2005). La locópolis de Mixcoac en una encrucijada política: Reforma psiquiátrica y opinión pública, 1929-1933. En: Sacristán, C. y Picatto, P. (Coords.). *Actores, espacio y debates en la historia de la esfera pública de la ciudad de México*, (pp. 199-232). México: Instituto Mora/Universidad Nacional Autónoma de México/Instituto de Investigaciones Históricas.
- Sacristán, C. (2009). La locura se topa con el Manicomio. Una historia por contar. *Cuicuilco*, 16(45), 163-189. Recuperado de http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0185-16592009000100008
- Salto, G. N. (1989). El caso clínico: narración, moral y enfermedad. *Filología*, 1-2, 258-274.
- Sánchez, M. (2015). La teoría de la degeneración en Chile (1892-1915). En: Leyton, C., Palacios, C., y Sánchez, M. (Editores). *El bulevar de los pobres. Racismo científico, higiene y eugenesia en Chile e Iberoamérica, siglo XIX y XX*, (pp. 35-61). Santiago de Chile: Ocho Libros/Museo Nacional de Odontología.
- Schmidt-Welle, F. (2014). Letrados e intelectuales en Argentina y México: algunas figuras emblemáticas. En: Schmidt-Welle (Coord.). *La historia intelectual como historia literaria*, (pp. 15-34). México: El Colegio de México.
- Scull, A. (2019). *Locura y civilización. Una historia cultural de la demencia, de la Biblia a Freud, de los manicomios a la medicina moderna*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Villasante, A., Candela, R., Conseglieri, A., Vázquez de la Torre, P., Tierno, R., & Huertas, R. (2018). *Cartas desde el manicomio. Experiencias de internamiento en la Casa de Santa Isabel de Leganés*. Madrid, España: Libros de la Catarata.
- [X.X.X]. (1899). Psiquiatría (La labor de Gabriel D'Annunzio ante la psiquiatría). *Revista Moderna. Arte y Ciencia*, 2(11), 335-336.
- Zavala Díaz, A. L. (2018). Saber y poder médico: un caso de histeria literaria en el México porfiriano. *Siglo Diecinueve*, 24, 209-234.
- Zola, E. (2002). *El naturalismo. Ensayos, manifiestos y artículos polémicos sobre la estética naturalista*. Barcelona: Ediciones Península.

Etnografía y psiquiatría: ¿Crítica o caricatura?

Jesús Ramírez-Bermúdez

Unidad de Neuropsiquiatría. Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía. Ciudad de México.

A lo largo de las últimas décadas, la psiquiatría y la crítica dirigida hacia esta disciplina han generado un tejido complejo de ideas en torno a los problemas clínicos caracterizados como problemas de salud mental. La autocomplacencia de grandes sectores de la medicina, y de la psiquiatría en particular, justifican la evaluación –a veces desfavorable– de la praxis médica que surge desde la antropología, la sociología, la ciencia política, la psicología, el psicoanálisis, la filosofía, los derechos humanos, y desde el territorio legítimo de los activistas que han sufrido abusos o errores médicos. Pero en ocasiones, la crítica se convierte en fábula o en caricatura. Los discursos antipsiquiátricos tienen grados variables de rigor, por lo cual se requiere también una apreciación crítica de la crítica: tal y como sucede cuando analizamos la práctica médica, los académicos que realizan auditorías periódicas a la psiquiatría también son susceptibles de caer en la autocomplacencia o en sesgos territoriales. Las múltiples facetas del tema fueron abordadas con lucidez por el doctor Héctor Pérez-Rincón en su *Defensa e ilustración de la psiquiatría* (Pérez-Rincón, 2011). Este ensayo dialoga de manera más específica con los textos de etnografía clínica que aparecieron en el libro *Interacciones y narrativas en la clínica: más allá del cerebro* (UNAM, 2002), y en el volumen 81 de la revista *Dimensión antropológica* (enero-abril, 2021). Estos volúmenes fueron coordinados por destacadas investigadoras: Liz Hamui Sutton, Josefina Ramírez Velázquez y María Alejandra Sánchez Guzmán, y reúnen el trabajo etnográfico de múltiples autores en torno a la práctica neurológica y psiquiátrica realizada por el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía, donde laboro desde hace 25 años.

El ambicioso proyecto de Hamui y colaboradores tiene como antecedente la publicación de un libro muy estimable, *Narrativas del padecer. Aproximaciones teórico-metodológicas* (Manual Moderno, 2019), que analiza el lugar de la narrativa como una herramienta para estudiar la experiencia, la intersubjetividad y la construcción del sentido en los territorios multiformes de la salud. *Interacciones y narrativas en la clínica* se interesa por la manera como los profesionales, en tanto “proveedores de atención médica, negocian con los pacientes ‘realidades’ médicas que se convierten en objeto de atención médica y terapéutica” (Sutton

et al., 2022). Los autores ponen entre comillas la palabra “realidades” ya que pretenden superar el realismo ingenuo que impera entre muchos profesionales de la salud; les interesa estudiar “la construcción cultural de la realidad clínica” (Sutton et al., 2022). Según los autores, el proceso dinámico salud-enfermedad está formado por “fenómenos antrópicos, siempre vinculados a sistemas simbólicos que les dotan de riqueza incommensurable en la producción de significados y sentidos al formar parte de la experiencia del sujeto y la colectividad” (Sutton et al., 2022). Los autores estudian la dimensión narrativa de interacciones cotidianas en un hospital neurológico. El desciframiento de este entramado narrativo, para usar el concepto de Paul Ricoeur (2007) en su *Tiempo y narración* requiere de procesos hermenéuticos: está abierto al arte y al método de la interpretación, que tiene un horizonte amplio de posibilidades.

El soporte central de esta etnografía clínica corresponde al trabajo de Ervin Goffman. *Frame Analysis: Los marcos de la experiencia*, es la referencia de los autores para conceptualizar, diseñar y explicar su abordaje metodológico. Los autores estudian “franja de experiencia”, en cuyo centro está “la situación”, donde suceden las interacciones y donde se ponen en escena los esquemas interpretativos de los agentes participantes. “Las interacciones están atravesadas por diversas modalidades de comunicación (lenguajes, rituales, turnos de habla) y de intersubjetividad (emociones, historias, memorias, experiencias, conocimientos). En dichas interacciones tiene lugar el intercambio de lógicas explicativas donde se pone en juego el yo cultural de los actores, por ejemplo, la relación médico-paciente en la consulta” (Sutton et al., 2022). Las franjas de actividad “están situadas en marcos de referencias sociales, externas, objetivas y múltiples, que se expresan en las interacciones y las narrativas, construyendo o posibilitando la acción. En palabras de Foucault, se trata de dispositivos institucionales, culturales, burocráticos y de otro tipo, que son introyectados por los sujetos, es decir, están dentro y fuera, son personales y compartidos, y pautan las interacciones sociales en tramas significativas” (Sutton et al., 2022). Los referentes, nos explican los autores, “actúan como representaciones sociales con más o menos estabilidad y se traducen en prácticas, creencias, valores que se manifiestan en las preferencias, en

los gustos, en las decisiones, en las estrategias de acción de los agentes. Estos marcos incorporados, semejantes al *habitus* de Bourdieu, también son impuestos desde fuera y el sujeto se adapta a las limitaciones” (Sutton et al., 2022). Así se articulan las propuestas de Goffman, Foucault y Bourdieu para configurar una etnografía clínica que estudia franjas de actividad, tramas y narrativas performativas.

Los autores no se proponen medir variables para generar un modelo teórico basado en herramientas lógicas y matemáticas, como se haría en el contexto de la investigación epidemiológica. Más bien diseñan un proceso de observación –en el cual interactúan con algunos profesionales, pacientes y familiares– y realizan una reconstrucción narrativa de los acontecimientos, así como una interpretación basada en su propia orientación teórica. Su cuerpo teórico está formado por autores con aportaciones valiosas para desarrollar una visión crítica de la medicina: Atkinson (en particular su libro *Clinical experience. The construction and reconstruction of the clinical reality*), Castoradis, Caudill, Kleinman (por ejemplo, los libros *Rethinking psychiatry: From cultural category to personal experience*, y *The Illness Narratives: Suffering, Healing, and the Human Condition*), Ricoeur, y Reissman (en especial el libro *Narrative methods for the human sciences*). La bibliografía es interesante y extensa; tan sólo mencioné algunos autores que deberían leerse entre los profesionales y los académicos de la salud mental. Como lo hizo Ervin Goffman en su libro *Internados. Ensayo sobre la Situación Social de los Enfermos Mentales*, Hamui y colaboradores se aproximan al espacio psiquiátrico con una actitud de sospecha. Estudian diversas franjas de experiencia en el Instituto Nacional de Neurología y Neurocirugía (por economía verbal le llamaré INNN): la consulta externa, la entrega de guardia de psiquiatría, los pases de visita hospitalarios, las andanzas del equipo de cuidados paliativos, alguna clase de psicoterapia. Es evidente que su interés por la neurología es secundario: les interesa en la medida en que justifica lo que conciben como la visión biomédica y cerebrocéntrica de la salud mental.

De acuerdo con Hamui y Ramírez, la “concepción biomédica de la salud mental se define a partir de dos características fundamentales: la reducción de lo mental a un proceso biológico y la ausencia de enfermedad como criterio de normalidad. Desde este enfoque, la salud mental está sustentada en un monismo biologicista, en el cual, la personalidad, el comportamiento, los afectos, las emociones y los pensamientos están determinados por causas físicas” (Sutton & Ramírez Velázquez, 2021). Las autoras atribuyen esta ideología “biomédica” a los psiquiatras del INNN. Pero si no realizaron un muestreo representativo para conocer las posturas metafísicas de los psiquiatras, ¿cómo saben que nuestra posición corresponde a un monismo biologicista? ¿En qué medida el juicio sintetiza un conocimiento etnográfico, y hasta qué punto se trata de un prejuicio? Preocupado por la cuestión, hice una pequeña encuesta entre psiquiatras

y residentes de psiquiatría (que trabajan en mi institución, o que egresaron de ella), y el monismo biologicista obtuvo solamente el 1% de los votos. El dualismo “de sustancias” (a la Descartes) obtuvo también el 1%, mientras que el “monismo de doble aspecto” que se remota a Spinoza obtuvo el 36% de los votos. La posición más frecuente fue el pluralismo, con un 61% de los votos. Esto me permite hacer una pregunta: ¿La concepción biomédica de la salud mental descrita por los etnógrafos es la perspectiva central de los psiquiatras, o se trata de una caricatura?

El invitado estelar en el libro *Interacciones* es la Biomedicina (escribo la palabra con B mayúscula porque funciona como un concepto casi mítico), que aparece como un villano formidable capaz de reducir la acción de los psiquiatras para convertirlos en agentes de una ideología cerebrocentrista que se habría gestado al final del siglo XX en el corazón del Imperio Estadounidense: “en 1990, gracias al Consejo de Asesores del Instituto Nacional de Salud Mental, el Congreso de los Estados Unidos declaró que sería la ‘década del cerebro’ (Goldstein, 1994). Se dibujaba en el horizonte la neuro-utopía, un futuro que prometía y promete que el estudio del cerebro es la panacea científica.” Por mi parte, celebro la crítica a la utopía del Hombre Neuronal que parece –como lo ha dicho el Dr. Pérez-Rincón– cada vez más ingenua (Pérez-Rincón, 2011). Sin embargo, la genealogía del INNN proviene de una tradición muy anterior a la década del cerebro: la medicina europea del siglo XIX. Hamui y colaboradores toman como referente a la “década del cerebro” ya que es un símbolo importante en el campo de las humanidades; eso les permite justificar la fórmula retórica que aparece en el subtítulo *Más allá del cerebro*. El péndulo de la historia nos muestra que la psiquiatría ha sido acusada de ser una disciplina “sin cerebro” cuando su paradigma era psicoanalítico, y después ha sido acusada de ser una psiquiatría “sin mente” cuando su orientación ha sido neurocientífica, y también se le ha acusado de ser una disciplina “sin cultura” por su énfasis en un modelo “biomédico”. Tales críticas tienen alguna utilidad, porque la psiquiatría siempre puede fundamentarse en mejores estudios neurobiológicos, en una ciencia psicológica más robusta, y en una amplia y profunda base histórica y sociocultural. Pero a la vez, esas críticas son enfrentamientos con un “hombre de paja”, ya que –desde sus inicios– la psiquiatría se ha caracterizado por un profundo interés en lo neurobiológico, lo psicológico y lo sociocultural (Jerotic & Aftab, 2021).

Hamui y colaboradores usan el concepto de la Biomedicina como una muletilla para conformar un retrato simplificado de la psiquiatría. La cruzada de los etnógrafos contra los postulados “positivistas” de las ciencias médicas camina sobre hielo frágil, porque un análisis metateórico encuentra que la investigación científica contemporánea no sigue los preceptos del positivismo clásico o del positivismo lógico. Los autores citan a Karl Popper como representante del po-

sitivismo, pero esto es un error histórico, ya que Popper fue un crítico incisivo del positivismo. Las ciencias de la salud podrían caracterizarse como postpositivistas porque reconocen que la construcción del conocimiento no es neutral en términos de los valores que inciden en su formación, y si bien persiguen la objetividad –que se define en la Enciclopedia de Filosofía de Stanford como la fidelidad con los hechos– las investigaciones médicas reconocen de manera explícita sus múltiples sesgos: de muestreo, medición y análisis, pero también los sesgos políticos, ideológicos y económicos. Un estudio científico contemporáneo debe reconocer sus conflictos de interés y sus limitaciones, así como los posibles efectos de estas limitaciones sobre la validez o la reproducibilidad del estudio. Esto, por cierto, es una carencia en el libro *Interacciones* no incluye una reflexión autocrítica y no contradice en ningún momento alguna idea concebida por sus ancestros teóricos. Ricoeur explicó la necesidad de la *phronesis* –la deliberación prudente– al estudiar concepciones del mundo confrontadas por el “conflicto de las interpretaciones”, pero Hamui y colaboradores se decantan de manera sistemática por una hermenéutica de la sospecha frente a la psiquiatría (Ricoeur, 1970).

Desde mi perspectiva, el reproche que hacen los etnógrafos a la psiquiatría y a la neurología por no dar suficiente apoyo práctico al aspecto psicosocial de la salud está justificado. Es un reclamo justo. La medicina –en general– debería ampliar y profundizar el trabajo en todos los aspectos psicológicos y sociales relevantes. La psiquiatría debería realizar más actividades psicosociales terapéuticas, de prevención y de rehabilitación. Esta deficiencia está bien diagnosticada en la etnografía clínica de Hamui y colaboradores. Pero su explicación del problema es insuficiente –aunque tiene elementos valiosos– porque se concentra meramente en la esfera cultural y en la pugna entre una ideología biomédica reduccionista y una orientación “social y humana.” En la página 58 del libro –cuando se analiza el programa de cuidados paliativos para pacientes con enfermedades terminales– se dice que, si bien los médicos del INNN tienen la posibilidad “de prestar mayor atención a los pacientes paliativos, porque cuentan con el programa y los recursos humanos que cubren el perfil para la función, el enfoque institucional lo hace incompatible al mantener su rigor biomédico, que antagoniza con las disciplinas del ámbito social y humano.” En mi opinión, la falta de desarrollo de la cultura paliativista, las relaciones de poder al interior del INNN, así como la carencia de recursos humanos, de infraestructura y de recursos económicos, conducen efectivamente a una atención paliativa insuficiente, a pesar de los mejores esfuerzos del equipo encargado de ese programa. Pero la deficiencia no se debe a un antagonismo entre la Biomedicina y las disciplinas sociales y humanas: la medicina paliativa usa procedimientos, técnicas y principios científicos que se encuentran en una relación coherente y de continuidad con respecto a la neurología, la neurocirugía,

la oncología o la geriatría. No hay alguna brecha científica relevante, o una diferencia cualitativa significativa en torno a los valores éticos o sociales. Afirmar que la neurología es Biomedicina y que –al contrario– la medicina paliativa pertenece a las disciplinas sociales y humanas es una falacia. De hecho, en la etnografía la palabra “biomedicina” no surge del vocabulario de los profesionales de la salud, sino de los propios etnólogos. Los médicos no decimos que practicamos o estudiamos “biomedicina”. Estudiamos y practicamos una forma de medicina que tiene raíces profundas en la biología y en la química, pero también en la lógica, la matemática, la psicología y las ciencias sociales. La entrevista clínica, la psicopatología descriptiva y la fenomenología psiquiátrica, la psicoterapia, la deontología y la ética médica no provienen de las ciencias biológicas, pero son parte integral del modelo médico de la salud mental. La salud pública articula estos principios, conocimientos y valores dentro de modelos conceptuales que son científicos y humanísticos a la vez; y que son biológicos, psicológicos y sociales (Engel, 1977). Pero la consolidación de este modelo requiere recursos humanos y económicos efectivos, y apoyo político, lo cual se decide afuera del microcosmos de nuestro hospital neurológico.

En su libro *Culture* (2016) el crítico literario –y socialista– Terry Eagleton plantea que los pensadores culturalistas rechazan la existencia de fundamentos universales para entender las interacciones humanas. Dios, el espíritu, la materia, la naturaleza humana, las leyes de la naturaleza: todas esas explicaciones y las demás son rechazadas en tanto principios universales para entender la conducta, la experiencia y la convivencia humana. El riesgo, sin embargo, es convertir a la cultura en la explicación universal y ponerla en el lugar ocupado previamente por Dios, la naturaleza, etc. Pero hay algo que subyace a la cultura, escribe Terry Eagleton: “las condiciones materiales que la hacen posible y necesaria” (Eagleton, 2016). En el libro *Interacciones*, la explicación cultural se convierte en la piedra filosofal capaz de explicar las deficiencias asistenciales. No hay lugar para un análisis de las condiciones materiales que influyen en la práctica asistencial. Me refiero a los malos salarios del personal de enfermería, los recortes presupuestales de los gobiernos neoliberales y “postneoliberales”, la deficiencia de recursos humanos dedicados a la psicoterapia, el trabajo social, la rehabilitación, el trabajo artístico, la terapia ocupacional, la insuficiencia de instalaciones y espacios físicos, todo lo cual se relaciona con decisiones políticas y económicas externas al INNN, que reflejan una profunda falta de apoyo a los servicios de salud mental en México y en la mayoría de los países en vías de desarrollo. Tampoco hay lugar para analizar la materialidad de las enfermedades –y de los comportamientos problemáticos– que lleva a los pacientes hasta el hospital. De acuerdo con una de las autoras, los médicos nos entrenamos en forma jerárquica para “construir personas enfermas y convertirlas en pacientes

psiquiátricos, percibidos, analizados y presentados como apropiados para el tratamiento médico” (Espínola-Nadurille et al., 2014). Según esta retórica, las personas no enferman o sufren y luego son atendidas por profesionales que usan sistemas de ideas, tecnología y prácticas construidas culturalmente: de una vez por todas, los médicos “construyen personas enfermas”.

En el texto *Aprendiendo a ser psiquiatra: entre la docilidad y la aspiración*, Alejandra Sánchez y Liz Hamui se plantean el problema de la formación profesional del psiquiatra y para esto asisten a una sesión académica. Aunque los residentes participan en unas 400 clases al año, y en más de 1500 clases a lo largo de su formación –sin contar los espacios de trabajo clínico tutorial– las investigadoras elaboran juicios generales a partir de una sola clase, sin reconocer la insuficiencia de sus observaciones, que implica un riesgo de errores en la teorización. El tema de la clase es la psicoterapia dialéctico conductual para personas con trastorno límite de la personalidad (un término funesto que sigue siendo parte de la taxonomía psiquiátrica, por desgracia). Es bien sabido que la terapia dialéctico-conductual desarrollada por Marsha Linehan se gestó a partir del rechazo a las prácticas convencionales de la medicina psiquiátrica (Linehan, 2020). En la clase se discuten temas como las técnicas de introspección, meditación y diálogo, y la relación problemática entre las experiencias, los comportamientos y las etiquetas psicopatológicas. Sánchez y Hamui concluyen que “la forma en que se estudia la psicoterapia en el contexto de la institución, respecto a la duración –un único curso de doce semanas– y la aplicación del trabajo teórico y práctico simultáneo y sin supervisión durante la terapia, nos habla del poco interés en este paradigma de asistencia sanitaria” (Sutton et al., 2022). En este punto debo expresar una réplica. Las autoras afirman que los residentes de psiquiatría del INNN tan solo reciben un curso de doce semanas a lo largo de su formación, y así juzgan que hay “poco interés en este paradigma de asistencia sanitaria.” Sin embargo, hay una distorsión de los hechos, porque los residentes participan en dos seminarios semanales que se realizan de manera continua a lo largo de los cuatro años de su residencia. Uno de estos seminarios se dedica a la psicoterapia psicoanalítica, y el otro a las terapias cognitivas y conductuales. De tal manera, un residente de psiquiatría está expuesto a más de cuatrocientas sesiones académicas dedicadas a la psicoterapia –y a prácticas clínicas– en lugar de las doce semanas consignadas en la etnografía.

A juicio de las autoras, el desinterés de la psiquiatría por la psicoterapia “se inserta en prácticas de la disciplina que ha tendido a dejar a un lado los aspectos fenomenológicos de la enfermedad mental, es decir, las experiencias subjetivas del paciente, por la apuesta al paradigma neurobiológico” (Sutton et al., 2022). Esto también parte de una distorsión en los hechos. Los residentes de psiquiatría del INNN reciben un seminario semanal, a lo largo de cuatro años –doscientas

sesiones académicas– el cual está centrado en la entrevista clínica, el examen del estado mental, la psicopatología descriptiva y el estudio fenomenológico de la experiencia subjetiva. Según los etnógrafos, la necesidad de que la psiquiatría “se asentara en la práctica científica de las ramas ‘duras’ como la Neurología o la Genética ha estado en tensión histórica con los requerimientos de la práctica clínica que presta atención a las experiencias subjetivas de los pacientes, es decir, los aspectos fenomenológicos” (Sutton et al., 2022). Esto es una falsa dicotomía: el estudio neurobiológico no es mutuamente excluyente con respecto a la fenomenología; son perspectivas complementarias. La psiquiatría –en términos generales– se reconoce como una disciplina multiparadigmática. En el INNN se imparten seminarios que abordan las terapias cognitivas y conductuales, las de orientación psicoanalítica, la tradición fenomenológica, y la perspectiva de la salud mental pública, que analiza las determinantes sociales de la salud. La psiquiatría requiere un reconocimiento cabal de la experiencia subjetiva y de la corporalidad como dimensiones fundamentales de nuestra interacción ecológica con el entorno. Los psiquiatras reconocemos el peso del aprendizaje, de los contextos familiares, históricos y socio-culturales, y en particular, de los procesos de desprotección social y afectiva que confieren mayor vulnerabilidad a ciertos individuos frente a las experiencias traumáticas (Sheridan & McLaughlin, 2014; Ramírez-Bermúdez, 2020). Pero esto no sucede más allá de nuestra dimensión corporal, sino incluyéndola. Si un padecimiento se origina en una historia de interacciones psicológicas y sociales, hay repercusiones corporales que son mediadas por el sistema nervioso autónomo, el sistema endócrino, el sistema inmunológico, y por la regulación metabólica global (McEwen, 1998; Schulkin & Sterling, 2019).

A veces los patrones psicopatológicos emergen de enfermedades cerebrales (por ejemplo, delirios y alucinaciones que resultan de inflamación cerebral mediada por anticuerpos antineuronales). La neuropsiquiatría clínica estudia y atiende los problemas situados en la convergencia entre la neurología y la psiquiatría, pero no es una perspectiva reduccionista que busque una explicación física para todo problema mental –como lo plantean Hamui y colaboradores– sino una disciplina dedicada a los aspectos prácticos de la intersección entre especialidades. Hamui y Sánchez dicen que la “naturaleza compleja de los padecimientos atendidos en el tercer nivel de atención (epilepsia, trastornos bipolares, esquizofrenia, Parkinson, Alzheimer...) modula los conocimientos, las prácticas y las orientaciones disciplinares. En este contexto, el uso de costosos aparatos tecnológicos médicos avanzados son recursos ampliamente utilizados a fin de avanzar en la investigación que explique los desórdenes neurológicos y psiquiátricos. Estas prácticas científicas requieren gran cantidad de recursos económicos, lo que resulta paradójico en un país con tanta pobreza” (Sutton et al., 2022). Descartar enfermedades cerebrales en casos bien

seleccionados es indispensable porque algunas condiciones físicas, si no se tratan, conducen a la discapacidad o la muerte. Esto no es una perspectiva reduccionista ni es una preferencia ideológica. El reproche económico de Sánchez y Hamui es decepcionante ya que nuestro país, como la mayor parte de América Latina, destina porcentajes mínimos a la salud mental y a la investigación científica; en vez de apoyar las iniciativas profesionales para aumentar los recursos con el fin de garantizar un acceso universal a la salud, las autoras reprochan a los psiquiatras del INNN el uso de recursos tecnológicos indispensables para atender a una población de bajos recursos que no puede acceder al medio privado.

En palabras de Sánchez y Hamui, los residentes de psiquiatría del INNN “no están entrenados para atender problemas de salud mental comunes en la población —como depresión y adicciones—; más bien, se moldean según los paradigmas de la Neuropsiquiatría.” El desdén de los etnógrafos hacia la investigación cuantitativa los lleva a elaborar un mal diagnóstico del tipo de problemas psiquiátricos que se atienden en el INNN. El análisis epidemiológico nos muestra que la depresión es el problema de salud mental más atendido en nuestro Instituto. Anualmente se hospitalizan más de 100 personas por presentar casos graves de depresión mayor, y en las áreas de consulta externa se atienden aproximadamente mil casos al año con este problema. Los problemas relacionados con el uso de sustancias también son frecuentes (más del 10% de las hospitalizaciones psiquiátricas). Los autores de las *Interacciones* juzgan que en el INNN “se practica una clínica predominantemente orientada a la neuropsiquiatría” (Sutton et al., 2022). aunque la epidemiología de la Subdirección de Psiquiatría muestra que los problemas neuropsiquiátricos (trastornos psiquiátricos debidos a una patología neurológica) constituyen menos de la tercera parte de los casos. Motivados por la ambición de contradecir el neurocentrismo —para ir “más allá del cerebro”— los autores convierten a la neuropsiquiatría en un tiro al blanco, aunque en realidad el equipo de neuropsiquiatría del INNN carece de recursos humanos, no cuenta con un área física, y atiende a una minoría de los pacientes neurológicos y psiquiátricos, mediante un enfoque multiparadigmático que incluye a la neurología cognitiva, la neuroimagen y la neuropsicología, pero también a la fenomenología, la psicoterapia y las prácticas narrativas.

Los problemas de la depresión y del diagnóstico diferencial se ponen en juego en el texto *Trayectorias de atención y trayectorias de aflicción*, de Josefina Ramírez. Aquí se narra la historia de Antonia, una mujer de 52 años internada en el hospital Fray Bernardino y enviada al INNN con el diagnóstico de Demencia Frontotemporal. En su biografía hay una historia de eventos traumáticos, desprotección y pérdidas, y un padecimiento afectivo caracterizado por episodios de manía y de depresión, para lo cual ha recibido tratamiento farmacológico sin éxito; hay evidencia de efectos

adversos significativos. La evolución ha sido tan mala que en los últimos meses la paciente se encuentra discapacitada, con graves problemas cognitivos que le impiden trabajar o realizar actividades de la vida diaria como cocinar o arreglar su casa, por lo cual ha intentado suicidarse. De acuerdo con Josefina Ramírez, la historia de Antonia muestra que durante “los trayectos de atención a la salud mental la persona transita hacia la identidad de paciente y en el proceso de internamiento se convierte en caso. Acción que, si bien permite el desarrollo de la investigación y enseñanza en un hospital de tercer nivel, también contribuye a desdibujar la trayectoria de vida y aflicción que dan sentido a las trayectorias de atención y al sufrimiento de la persona.” Dicho con la terminología de Wilhelm Wildenband, para la autora hay una tensión entre las perspectivas nomotéticas (que ubican a un caso particular dentro de un mapa científico de coordenadas, y que funciona como un sistema impersonal de categorías diagnósticas) y las perspectivas idiográficas (que analizan la trayectoria personal dentro de un entorno durante una historia de interacciones y aprendizajes) (Windelband, 1998). Mi perspectiva sería que el abordaje psiquiátrico debe reconocer esta tensión entre las perspectivas nomotéticas y las idiográficas, para reconciliarlas integrando el ejercicio científico con el estudio personal, biográfico y relacional, que se basa, a su vez, en el diálogo terapéutico, y la reconstrucción narrativa del sentido vital, mediante el reencuentro con los valores. En el caso de Antonia, la categoría diagnóstica usada por Josefina Ramírez (la aflicción) es útil para una aproximación empática, pero resulta insuficiente para capturar el dilema terapéutico: si la paciente padece la enfermedad neurológica conocida como demencia frontotemporal, entonces no hay posibilidades terapéuticas para ayudarla, porque esta enfermedad conduce a la pérdida irreversible de las funciones mentales y a la muerte. En tal caso, el uso de tratamientos biológicos como la terapia electroconvulsiva podría empeorar a la paciente. Si ella padece, por el contrario, un trastorno afectivo severo (una forma grave de depresión bipolar que condiciona un deterioro cognitivo reversible), podría mejorar significativamente con la terapia electroconvulsiva, que tiene la más alta tasa de respuesta terapéutica en casos graves a pesar de la mala fama de este tratamiento en la cultura popular (Gergel, 2022; Geddes et al., 2003; Semkowska & McLoughlin, 2010). Mediante un proceso diagnóstico que incluye múltiples entrevistas, una revisión extensa de la biografía y del curso clínico, una evaluación psicopatológica y neuropsicológica, y el recurso de la neuroimagen para visualizar la actividad metabólica cerebral, el equipo de psiquiatría determina que no hay razones para el diagnóstico de una demencia frontotemporal o de alguna otra enfermedad neurológica. La hipótesis más probable corresponde a una depresión bipolar severa que condiciona un estado de deterioro cognitivo, y que es consistente con los antecedentes psicosociales de la paciente (Hogg et al., 2023). Ante el fracaso de otros tratamientos, se

aplica la terapia electroconvulsiva bajo condiciones de sedación, relajación, y vigilancia neuroanestésica (con el consentimiento informado de la paciente y de su esposo). En los días posteriores al tratamiento, la paciente alcanza un estado de remisión, con una mejoría significativa de la memoria y de las funciones cognitivas en general, y su sufrimiento se reduce drásticamente. Ignoro las razones por las cuales Josefina Ramírez hace una narración superficial del desenlace, con un seguimiento demasiado corto y carente de todos los detalles relevantes. Se limita a relatar que Antonia y su esposo le comentaron “las cosas positivas de su atención en la institución”. Debo informar que Antonia recuperó su capacidad para las actividades en casa (sus autocuidados, cocinar, etc.) y durante tres años de seguimiento no ha tenido recaídas, no ha tenido nuevas hospitalizaciones, usa menos medicamentos (mejor seleccionados), y se ha mantenido libre de estados maniacos o depresivos (aunque a veces experimenta periodos de ansiedad). Ha recuperado su capacidad para trabajar como vendedora, a pesar de su pasado lleno de experiencias traumáticas y de las dificultades sociales y económicas del presente, relacionadas con la pandemia por coronavirus.

Quiero terminar este ensayo con un reconocimiento a la etnografía clínica de Hamui y colaboradores por la cuidadosa atención que dan a todos los conceptos y a cada palabra. La medicina psiquiátrica tiene mucho que aprender de la antropología, y en general, de las humanidades y las ciencias sociales. Se trata de un texto digno de ser leído con gran atención, que enfatiza la importancia de analizar los procesos culturales, la función ritual y la dimensión narrativa y hermenéutica del gran entramado clínico de la psiquiatría. La necesidad de realizar investigación científica multidisciplinaria es evidente para quienes dan atención clínica y reflexionan acerca de los retos y los desenlaces. A veces los patrones clínicos son fácilmente reconocibles y tratables, pero hay muchos casos para los cuales no tenemos una respuesta científica o clínica eficiente. Esto se plantea en el texto titulado *La incertidumbre en las sesiones académicas de los residentes de psiquiatría. El caso de Luis, un hombre con 36 años de tristeza*, de Alejandra Sánchez-Guzmán (2021), el cual aborda un caso clínico atípico, clasificado por el equipo de psiquiatría como un caso de depresión mayor grave, con síntomas psicóticos y catatónicos. Alejandra Sánchez califica a Luis simplemente como un hombre triste, y sintetiza el problema como “36 años de tristeza”, pero en realidad ella comenta que cuando lo conoció, el paciente estaba mutista, por lo cual no pudo realizar una adecuada exploración fenomenológica de sus sentimientos. El paciente no comentó en algún momento que su problema era la tristeza. Y la tristeza es un sentimiento cotidiano que no explica la completa discapacidad del paciente a lo largo de varias décadas. Alejandra Sánchez comenta que el estudio realizado por Trabajo Social no causó interés entre los psiquiatras durante el análisis del caso, pero ella misma no

registró o investigó algún dato relevante planteado por el equipo de Trabajo Social o por la propia etnografía clínica. A diferencia de otros pacientes con antecedentes de abuso, violencia, pérdidas o abandono, en la historia de Luis no se identificó un problema psicosocial relevante durante la crianza o los periodos críticos del desarrollo, y la familia ha dado todo el apoyo al paciente a lo largo de su padecimiento. A decir verdad, nadie sabe por qué el paciente desarrolló estados de inmovilidad prolongados con posturas incómodas que le provocaron lesiones en la piel, por qué ha dejado de hablar durante largas temporadas (meses enteros), por qué abandonó cualquier actividad productiva o de esparcimiento, y por qué, en sus breves momentos de comunicación a lo largo de los años, ha dicho a veces que ya estaba muerto, o que ha sufrido con terror la aparición de impulsos y pensamientos acerca de matar o de violar a sus familiares. La etnografía no habla acerca de esto, pero el estudio clínico del caso ha mostrado que estos pensamientos homicidas condujeron al paciente hacia intentos de suicidio. En el caso de Luis, la psiquiatría no ha tenido una respuesta eficaz. El caso señala los límites epistémicos de la medicina en general y de la psiquiatría en particular. Los médicos tratantes –no me encuentro entre ellos, pero he sido testigo de la interacción clínica a lo largo de los años– se limitan a acompañar al paciente y a sus familiares, a darles consuelo, por lo cual la familia mantiene y expresa profundos lazos de gratitud. Este enlace profesional y afectivo no se relata en la etnografía, pero responde a los preceptos más antiguos de la medicina: “curar a veces, aliviar el dolor siempre que es posible, y consolar siempre.” Las hospitalizaciones repetidas suceden cuando los comportamientos de Luis conducen a crisis que sobrepasan la capacidad de afrontamiento de los cuidadores. Y en este caso, la etnografía clínica no agrega algún conocimiento relevante para entender el problema o para aliviar al paciente; al contrario, el grave problema del paciente y de su familia se trivializa al conceptualizarlo como *36 años de tristeza*. Las categorías clínicas como la depresión mayor, la catatonía o la psicosis especifican de manera más precisa los comportamientos y las experiencias de un paciente como Luis, y en general las psicosis afectivas –a diferencia de la tristeza– se asocian de manera significativa a la muerte prematura, a las enfermedades físicas, y a la discapacidad. Las psicosis afectivas no son equiparables a la tristeza, sino que indican un nivel de sufrimiento más profundo, prolongado, que no mejora con los remedios cotidianos y que puede conducir a una lapidación de las capacidades intelectuales y de las habilidades requeridas para la supervivencia (comer, asearse, protegerse del peligro). Con respecto a la población general, el riesgo de suicidio es 30 veces más alto en las personas con estos trastornos (Brådvik, 2018). La tristeza cotidiana no tiene esas implicaciones. Sin duda se requiere una discusión crítica y científica de las categorías psiquiátricas, pero una regresión trivial a las nociones de la psicología popular no es útil en

algún sentido relevante para el paciente o para su familia. Alejandra Sánchez especula en su ensayo sobre la posibilidad de que la incapacidad clínica para entender y explicar el caso se deba “a una práctica psiquiátrica que debe responder a un enfoque neurológico preponderante en la institución.” Por desgracia, quienes han estudiado este problema con enfoques históricos y comparativos han constatado que en el campo de la psiquiatría –en cualquier parte del mundo– hay formas graves y extremas de sufrimiento que no son explicadas ni resueltas aún por la medicina psiquiátrica, pero tampoco por la neurología, la psicología, el psicoanálisis, las ciencias sociales, las humanidades, la antropología, la filosofía, las artes, la religión o la magia. La frontera del conocimiento podría resolverse –quizá– con más y mejor investigación multidisciplinaria dedicada a estos problemas reales y dolorosos. El tejido humano que ha sido abarcado por la psiquiatría en los últimos dos siglos está lleno de narrativas dolientes, como diría Cristina Rivera Garza, que nos revelan los entrecruzamientos del cuerpo, la cultura y las relaciones humanas en un mundo problemático..

REFERENCIAS

- Brådvik, L. (2018). Suicide risk and mental disorders. *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 15(9), 2028. doi: 10.3390/ijerph15092028
- Eagleton T. (2016). *Culture*. Yale University Press.
- Engel, G. L. (1977). The need for a new medical model: A challenge for biomedicine. *Science*, 196(4286), 129-136. doi: 10.1126/science.847460
- Espínola-Nadurille, M., Sánchez-Barroso, J. A., Páez-Moreno, R., Sánchez-Guzmán, M. A., & Ramírez-Bermúdez, J. (2014). Falta de sentido de vida y suicidio: ¿en qué circunstancias el paternalismo médico puede estar justificado? / Lack of Sense of Life and Suicide: In Which Circumstances Medical Paternalism May Be Justified? *Acta Bioethica*, 20(1), 41-50. Recuperado de <https://actabioethica.uchile.cl/index.php/AB/article/view/31516>
- Geddes, J., Carney, S., Cowen, P., Goodwin, G., Rogers, R., Dearnness, K., ... Allan Scott. (2003). Efficacy and safety of electroconvulsive therapy in depressive disorders: A systematic review and meta-analysis. *Lancet*, 361(9360):799-808. doi: 10.1016/S0140-6736(03)12705-5
- Gergel, T. (2022). “Shock tactics”, ethics and fear: An academic and personal perspective on the case against electroconvulsive therapy. *British Journal of Psychiatry*, 220(3):109-112. doi: 10.1192/bjp.2021.116
- Goldstein, M. (1994). Decade of the brain - An agenda for the nineties. *Western Journal of Medicine*, 161(3), 239-241.
- Hamui Sutton, L., & Ramírez Velázquez, J. (2021). Introducción. Etnografía clínica y narrativas. *Dimens Antropológica*, 81, 7-30.
- Hamui Sutton, L., Sánchez Guzmán, M. A., Paulo Maya, A., Ramírez Velázquez, J., Lemus Alcántara, S., Loza Taylor, T., & Suárez Rienda V. (2022). *Interacciones y Narrativas en la Clínica: Más Allá del Cerebro*. (Hamui Sutton, L, Ed.). México: Facultad de Medicina, UNAM.
- Hogg, B., Gardoki-Souto, I., Valiente-Gómez, A., Ribeiro Rosa, A., Fortea, L., Radua, J., ... Moreno-Alcázar, A. (2023). Psychological trauma as a transdiagnostic risk factor for mental disorder: an umbrella meta-analysis. *European Archives of Psychiatry and Clinical Neuroscience*, 273(2), 397-410 doi: 10.1007/s00406-022-01495-5
- Jerotic, S., & Aftab, A. (2021). Scientific pluralism is the only way forward for psychiatry. *Acta Psychiatrica Scandinavica*, 143(6), 537-538. doi: 10.1111/acps.13298
- Linehan, M. M. (2020). *Building a Life Worth Living: A Memoir*. Random House.
- McEwen, B. S. (1998). Stress, adaptation, and disease. Allostasis and allostatic load. *Annals of the New York Academy of Sciences*, 840(1), 33-44. doi: 10.1111/j.1749-6632.1998.tb09546.x
- Pérez-Rincón, H. (2011). Defensa e ilustración de la psiquiatría. *Salud Mental*, 34(6), 473-480.
- Ricoeur, P. (1970). *Freud: Una Interpretación de la Cultura*. México: Siglo XXI Editores.
- Ricoeur, P. (2007). *Tiempo y Narración*. México: Siglo XXI Editores.
- Ramírez-Bermúdez, J. (2020). *Depresión: La Noche Más Oscura*. Penguin-Random House.
- Sánchez-Guzmán, M. A. (2021). La incertidumbre en las sesiones académicas de los residentes de psiquiatría. El caso de Luis, un hombre con 36 años de tristeza. *Dimensión Antropológica*, 81, 41-67.
- Schulkin, J., & Sterling, P. (2019). Allostasis: A Brain-Centered, Predictive Mode of Physiological Regulation. *Trends in Neurosciences*, 42(10), 740-752. doi: 10.1016/j.tins.2019.07.010
- Semkovska, M., & McLoughlin, D. M. (2010). Objective cognitive performance associated with electroconvulsive therapy for depression: A systematic review and meta-analysis. *Biological Psychiatry*, 68(6), 568-577. doi: 10.1016/j.biopsych.2010.06.009
- Sheridan, M. A., & McLaughlin, K. A. (2014). Dimensions of early experience and neural development: deprivation and threat. *Trends in Cognitive Sciences*, 18(11), 580-585. doi: 10.1016/j.tics.2014.09.001
- Windelband, W. (1998). History and Natural Science. *Theory & Psychology*, 8(1), 5-22. doi: 10.1177/0959354398081001

La fotografía de difuntos del siglo XIX como reflejo psicosocial e intelectual de una época

Francisco Pérez-Fernández,¹ Francisco López-Muñoz²

¹ Profesor de Psicología Criminal, Psicología de la Personalidad e Historia de la Psicología, Universidad Camilo José Cela, España (fperez@ucjc.edu).

² Profesor Titular de Farmacología y Vicerrector de Investigación y Ciencia, Universidad Camilo José Cela, España (flopez@ucjc.edu).

Correspondencia: Prof. Francisco López-Muñoz, Vicerrectorado de Investigación, Ciencia y Doctorado, Universidad Camilo José Cela, C/ Castillo de Alarcón, 49, Urb. Villafranca del Castillo, 28692 Villanueva de la Cañada, Madrid, España. Correo electrónico: flopez@ucjc.edu

RESUMEN

La fotografía de difuntos, especialmente las realizadas durante sus años de esplendor público, se convirtió en un producto hartamente demandado, no solo por su valor emotivo como recordatorio del finado, o como ayuda al tránsito psicológico del duelo para allegados a familiares, sino también por su valor intrínseco como artificio sociocultural. Es cierto que la fotografía *post mortem* ha sido objeto de profusos estudios sociológicos, antropológicos, artísticos e incluso semiológicos, en tanto que manifestación simbólica, pero ahí no se agotan ni su valor, ni su significado. Tampoco, por cierto, fueron los muertos familiares los únicos en ser inmortalizados fotográficamente, si bien son los que más han despertado el interés y la imaginación del presente. Tras las imágenes de cadáveres decimonónicas, aunque su auge aún se extendió hasta la década de 1920, pervive la larga y controvertida relación que el ser humano ha mantenido tradicionalmente con la muerte y el "más allá". No es sorprendente, en tal sentido, que el momento estelar de esta práctica fotográfica fuera coetánea al nacimiento del espiritismo. Tampoco que coincidiera en el tiempo con la mentalidad y estética del Romanticismo, momento cultural que sostuvo una peculiar conexión a todos los efectos con la muerte, los muertos, los nuevos conceptos sociopolíticos a la hora de gestionar las exequias fúnebres, o el nacimiento de la tanatología contemporánea. El siglo XIX, especialmente en su segunda mitad, fue un cruce de caminos intelectual y cultural en el que muchas ideas y planteamientos del pasado con relación a la muerte hubieron de fusionarse con el auge del positivismo científico y una concepción enteramente nueva de la naturaleza humana. En este trabajo se trata de explorar, a través de la fotografía de difuntos, este cruce histórico de caminos.

Palabras clave: Fotografía de difuntos, romanticismo, psicología social, ciencia, cultura.

ABSTRACT

The photography of the deceased, especially those taken during their years of public splendor, became a highly demanded product, not only for its emotional value as a reminder of the deceased, or as an aid to the psychological transition of mourning for close relatives, but also for its value as a sociocultural artifice. The *post-mortem* photography has been subject of profuse sociological, anthropological, artistic and even semiological studies, as a symbolic manifestation, but neither its value nor its meaning end there. Neither, by the way, were the familiar dead the only ones to be immortalized photographically, although they are the ones that have aroused the most interest and imagination in the present. After the nineteenth-century images of corpses, although their heyday continued until the 1920s, the long and controversial relationship that human beings have traditionally maintained with death and the "afterlife" survives. It is not surprising, in this sense, that the stellar moment of this photographic practice coincided temporarily with the birth of spiritualism. Nor that it crossed in time with the mentality and aesthetics of Romanticism, a cultural moment that maintained a peculiar connection to all intents and purposes with death, the dead, the new sociopolitical concepts when managing funeral practices, or the birth of the contemporary Thanatology. The 19th century, especially its second half, was an intellectual and cultural crossroads in which many ideas and approaches to death coming from the past had to merge with the rise of scientific positivism and an entirely new conception of human nature. This work tries to explore, through the photography of the deceased, this historical changes.

Keywords: Photography of the deceased, romanticism, social psychology, science, culture.

INTRODUCCIÓN

El estudio de la fotografía *post mortem* o de difuntos decimonónica como manifestación sociocultural ha sido tradicionalmente conducido desde enfoques antropológicos, sociológicos, artísticos y semiológicos, pero en escasas ocasiones se ha abordado desde un interés más vinculado al desarrollo histórico del pensamiento psicomédico y psicosocial. Tal perspectiva, sin embargo, es completamente pertinente, en la medida que la relación del ser humano con la muerte, especialmente a partir del Renacimiento, vino prefigurada por la evolución de la comprensión médica del fenómeno, que vertió en la mitad del siglo XIX, momento en el que la fotografía hace su aparición, una confluencia de ideas y puntos de vista científicos y pseudocientíficos que iba a contribuir de manera harto notable a lo que sería la visión popular de la fenomenología mortuoria –ritual, exequias, sentimientos, espiritualismo–, en el contexto de los planteamientos propios del Romanticismo.

Hacer fotografías de los familiares muertos en diferentes contextos iba más allá del mero deseo de recuerdo, del mantenimiento de la presencia del ausente, para adentrarse en la percepción de la muerte misma como evento vital que interpela de suerte íntima al deudo del finado (Morcate, 2012; Osorio Cossio, 2016). Ha de recordarse que la imagen del fallecido no tenía como objeto y destino al difunto mismo, como es lógico, sino que operaba como cauce para la expresión sentimental de sus allegados. En este sentido, se ha tornado en argumento clásico y lugar común recordar las apreciaciones de Susan Sontag (1933-2004) en torno al valor de la fotografía como registro de la mutabilidad de las personas y memoria de su mortalidad (Sontag, 1977). En otros términos, la imagen fotográfica se asumió como una reedición tecnológica del *memento mori* y el *ars moriendi*, o la teoría y práctica cristiana medieval en torno a la reflexión sobre la mortalidad como medio para comprender la vanidad y la finitud de la vida terrenal del que habla el *Cantar de los cantares*. Una expresión de la naturaleza transitoria de todos los bienes inherentes a la vida propiamente humana (mortal). No obstante, y más allá de la inocencia medieval, la expresión de la muerte durante el Romanticismo hubo de filtrarse por el tamiz del positivismo científico-técnico emergente para encontrar el adecuado cauce de transmisión simbólica.

El *memento mori* –o “recuerda que morirás”– fue muy importante en el contexto de las disciplinas ascéticas como un medio para el perfeccionamiento del carácter por la vía del desapego a lo material, dirigiendo la atención hacia la inmortalidad del alma y hacia el más allá. Se trata de un canal expresivo que trasciende del arte, pues esta representación no

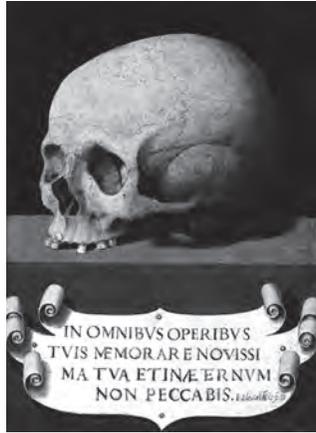


Figura 1. Calavera (o *Memento mori*), obra del artista valenciano Juan de Juanes (1505-1579). La leyenda se podría traducir como: “En todas tus acciones acuérdate del final y no pecarás jamás” (Museu Belles Arts, València, España).

solo se tornó habitual en la imaginería pictórica (figura 1), sino también en lápidas y crucifijos, así como en la costumbre popular de portar un relicario en el que se conservaban posesiones, cabellos e incluso dientes de los fallecidos (Chaparro Contreras, 2017). Los *memento mori* eran recordatorios artísticos o simbólicos de la mortalidad y de la salvación en la otra vida si se ponían los remedios oportunos en la presente. Pero no solo, también –y sobre todo– se erigían en un mensaje para los vivos destinado a incidir en la idea de la finitud de la vida, de la igualación social en la muerte, y del reencuentro ulterior (Calero Ruiz, 2005). Sea como fuere, simbologías y tradiciones aparte, más allá de las exhibiciones públicas que propiciaban los fallecimientos en el entorno de las clases altas, las exequias fúnebres de los menos favorecidos por la fortuna económica y social –la inmensa mayoría de la población– no siempre tuvieron la formalidad, pompa y boato que comenzaron a adquirir, muy lentamente, ya mediado el siglo XIX. Más bien al contrario. Comenzando por el hecho de que hasta comienzos del siglo XX no menudearon empresas destinadas al servicio funerario que contribuyeran con sus actividades, de alguna manera, a la democratización de los procedimientos por el cauce de la mercantilización masiva del servicio. Este problema, por supuesto

y en el caso que nos ocupa, afectó también a la fotografía de difuntos tanto como a la fotografía misma, en tanto que los primeros daguerrotipos¹ –presentados al público en 1839– resultaron ser un artificio muy caro, al alcance de pocos (Chaparro Contreras, 2017) (figura 2). Sólo a partir de 1850, con la aparición del calotipo, los costes comenzaron a abarataarse, permitiendo el acceso a



Figura 2. Louis-Jacques Mandé Daguerre en retrato al daguerrotipo realizado por Jean-Baptiste Sabatier-Blot (1801-1881), en 1844 (George Eastman Museum, Rochester, Nueva York, EE.UU.).

¹ Louis-Jacques-Mandé Daguerre (1787-1851) (figura 2) presentó el primer procedimiento fotográfico, sobre placas metálicas de cobre-plata reveladas con vapor de mercurio, en 1839. El resultado final, por cierto, requería de un cuidado muy meticuloso para garantizar su preservación.



Figura 3. William Henry Fox Talbot en un calotipo realizado por el escocés John Moffat (1819-1894), en mayo de 1864.

la tecnología fotográfica de un espectro social más amplio (figura 3).²

Lo cierto es que los ataúdes, así como otros agasajos funerarios, eran material oneroso. La inmensa mayoría de la gente no podía permitirse financiar una caja mortuoria decente para el destino último de sus seres queridos, salvo, en el mejor de los casos, poco más que un triste cajón de madera barata. En algunos lugares, como Austria, incluso se diseñaron modelos reutilizables, como es el caso de los llamados ataúdes josefinianos o “económicos” (figura 4).³ Por lo general, más allá de refinamientos, los cadáveres solían trasladarse sobre angarillas, envueltos en un sudario, para ser depositados en pudrideros destinados a tal fin en criptas de capillas e iglesias, terrenos comunales, reposar bajo el suelo de los templos (figura 5), o bien terminar en tumbas poco profundas, no necesariamente excavadas intramuros de un terreno destinado específicamente a cementerio. Los enterramientos en granjas y jardines, claustros monásticos, fincas particulares e incluso dentro de las propias poblaciones, fueron cosa habitual durante siglos. Muchas de estas tumbas, dada la proliferación constante de enfermedades infecciosas, eran fosas comunes (Classen, 2016).

Una de las consecuencias inmediatas de estos hechos fue que el concepto de “salud pública” asociado al ritual fune-



Figura 4. Ataúd josefiniano (Bestattungsmuseum, Viena, Austria). El artificio, toda vez que concluían las exequias, como puede apreciarse, contaba con un fondo que se abría al accionar el mecanismo. De tal modo, el cuerpo caía a la tumba y el ataúd se retiraba para emplearse en otro servicio funerario.

riario, que durante siglos no devino en preocupación, empezó a percibirse como un problema a finales del siglo XVIII (Carrero Santamaría, 2006; Fischer, 2019). Es más, fue solo con la creencia de que la descomposición de los cadáveres, infectados por la plaga de turno o no, podía desprender infinidad de “vapores mefíticos” y “miasmas”, que comenzó a



Figura 5. Suelo de la Concatedral de San Juan en Malta, con 400 enterramientos de caballeros y oficiales de la Orden de San Juan de Jerusalén, cuyas lápidas cubren absolutamente todo el piso del templo. La primera tumba data del 1606 y los cuerpos continuaron siendo enterrados en la catedral hasta el siglo XIX.

2 Ideado por William Henry Fox Talbot (1800-1877) (figura 3), es el antecedente directo de la fotografía moderna, pues se realizaba sobre papel y permitía generar negativos de las imágenes para tirar cuantas copias de ellas fuera preciso.

3 Que deben su nombre a José II (1741-1790), emperador del Sacro Imperio, ilustrado y gran reformista, que introdujo sustanciales cambios en el proceso de los enterramientos, comenzando por plazas para el velatorio y el entierro, a fin de garantizar que éste se desarrollaba de acuerdo con unos estándares básicos de higiene.

exigirse por imperativo legal que los cementerios estuvieran lo más alejados posible de las poblaciones, que no hubiera enterramientos recientes en los lugares destinados al culto, y que se inhumara los cuerpos de los fallecidos en agujeros o fosas de, al menos, un metro de profundidad. Una exigencia que, por lo demás, tardó tiempo en implantarse y lo hizo de modo desigual. Así es que los muertos se convirtieron no solo en un motivo para alimentar toda suerte de relatos terribles, sino también en un verdadero problema higiénico, e incluso en una acuciante cuestión social (Bertrán Abadía, 2015).

LOS MUERTOS QUE YA NUNCA MUEREN

La verdad es que el tema de la muerte, teológicamente controvertido y sometido desde la Antigüedad a toda suerte de filosofemas, tardó mucho en legislarse adecuadamente y en todas partes. El Vaticano, sin ir más lejos, no dejó de considerar oficialmente la práctica de la cremación como contraria a la fe sino hasta 1963.⁴ Y el asunto iba mucho más allá de lo meramente religioso para enraizar en el ámbito del conocimiento. Piénsese que la medicina del siglo XVII era dudosamente científica. De hecho, ni tan siquiera el concepto de “ciencia” se interpretaba como hoy en día. La mayor parte de cuanto se sabía con algo de certeza procedía de registros observacionales limitados. Así, el saber médico estaba trufado de mitos antiquísimos, leyendas y supersticiones con relación a la comprensión del fenómeno de la muerte. Desde la Antigüedad, el cuerpo de la persona muerta siempre fue considerado como algo intrínsecamente sospechoso y ante lo que había que prevenirse, por cuanto el fin de la existencia terrenal implicaba la marcha del alma del difunto que dejaba tras de sí un cadáver –su cuerpo mortal–, hacia el que inevitablemente habría desarrollado una querencia, un apego, una atracción difícil de resistir.

Con ello, el muerto era algo –o alguien– al mismo tiempo respetado y temido por los vivos (Marín Fernández, 2011). Ciertamente, una persona estaba viva o muerta, sin término medio en la ecuación, pero la comprensión del significado biológico de la muerte, en tanto que proceso, era algo completamente desconocido. Dadas ciertas circunstancias, hasta no presentarse los síntomas inequívocos de la putrefacción del cadáver, era técnicamente imposible establecer un criterio firme que permitiera certificar, sin lugar a la duda, que la vida de un sujeto hubiera acabado (Bondeson, 2001). Ello motivaba, hecho heredado de tradiciones antiquísimas, que los rituales que rodeaban a la muerte no solo tuvieran sentido para ayudar a los vivos a aceptar la pérdida, sino que también operasen como una suerte de medida apotropáica: un medio para “aplacar” al difunto y

sus posibles “necesidades”. En tal sentido, la fotografía *post mortem*, al igual que anteriormente la pintura de difuntos, el uso de relicarios o la conservación de sus posesiones, jugaba un importante papel psicológico dual: como herramienta canalizadora del duelo familiar, pero también como elemento mediador entre la necesidad emocional de sostener la memoria de quien se había ido, y el interés por recordarlo con adecuación y reverencia para no despertar su potencial enojo, o bien impedir su adecuado tránsito al más allá.

No es casual, pues, que con la caída del Antiguo Régimen, la progresiva decadencia de la Razón Ilustrada y el consiguiente advenimiento del ideario individualista, emotivista e irracionalista del Romanticismo, comenzara a cobrar gran importancia la representación de la identidad del fallecido, así como la constatación de su condición social y humana mediante toda suerte de artificios: pinturas, catafalcos, complejos rituales, esquelas y recordatorios, abigarradas tumbas y mausoleos, e incluso cementerios pomposos que trataban de ser extensiones urbanísticas de las ciudades, en los que se podía pasear con –y entre– los muertos, no perderlos de vista, e incluso insertarlos en las rutinas vitales laicas (Ariés, 2000) (figura 6). Posiblemente, uno de los primeros en advertir –y oponerse– a esta deriva de lo racional hacia el misticismo prerromántico fuera el propio Immanuel Kant (1724-1804), quien ya durante la construcción y redacción de su *Crítica de la Razón Pura* observara con desagrado el renovado auge intelectual de unas posturas irracionistas que, en el fondo, nunca habían dejado de tener vigencia pese a los esfuerzos ilustrados:

“La necesidad de encontrar los límites de lo que se podía conocer [...] brotaba de experiencias relacionadas con la debilidad del carácter, que nos



Figura 6. El parisino Cimetière du Père Lachaise, establecido en 1804, hoy en día es una referencia turística obligada. Se concibió como una estructura urbana funcional que combinaba el concepto del jardín inglés y el de centro de recogimiento, a la par que invitaba al “paseo”. La imagen muestra el llamado Chemin Errazu (fotografía de Peter Poradisich).

⁴ Por la instrucción denominada *Piam et Constantem*, emitida por el Papa Pablo VI –Giovanni Battista Enrico Antonio Maria Montini (1897-1978)– el 5 de julio de ese año.

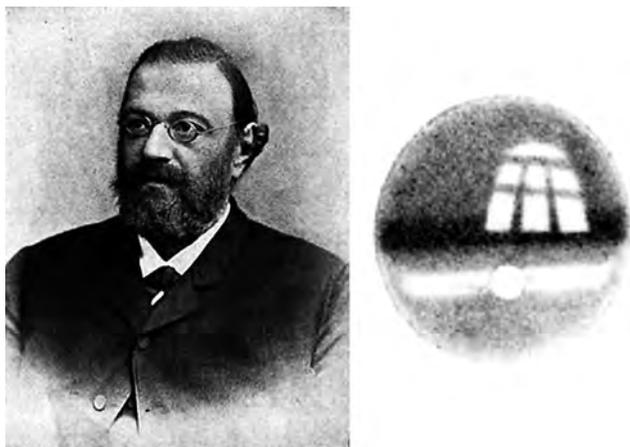


Figura 7. Wilhelm Friedrich Kühne, considerado uno de los padres de la optografía y supuesto optograma tomado por él en la retina de un conejo, en 1878.

lleva a creer en cosas para las que no tenemos adecuadas razones, aunque tenemos profundos deseos. Kant pensaba que la crítica tenía una naturaleza moral y estaba destinada a fortalecer el carácter, de tal manera que cuando concluyó que el mundo de los espíritus no le interesaba, lo que en el fondo quería decir era que había aprendido a no ceder ante las debilidades del deseo, con sus pulsiones, saliendo al paso con la reflexión de la inteligencia” (Villacañas, 2017, p. XXIX).

El hecho es que con la eclosión romántica de ideales como los propugnados por celebrados y exitosos partidarios del misticismo espiritualista, como Emanuel Swedenborg (1688-1772)⁵, el fallecido quedaba reintegrado entre los vivos, pues, parafraseando el poema de Lord Byron (1788-1824), simplemente despertaba del sueño de la vida. Tiene, por lo tanto, pleno sentido que sea precisamente en este momento en el que se contemple cada vez con mayor naturalidad la imagen de la vida como sueño, del muerto como durmiente y que todo ello convierta en lógico el advenimiento de la fenomenología espiritista en tanto que paso natural y coherente de la mera contemplación y agasajo de los finados, a la comunicación directa con ellos. En tal contexto, la fotografía de difuntos, que no va a ser la única forma en la que la técnica fotográfica y la muerte conexiones⁶ (figura 7), va a operar

⁵ Físico, matemático, inventor y teólogo, el sueco Emanuel Swedenborg es especialmente conocido por la obra que le dio fama internacional: *De caelo et ejus mirabilibus et de inferno, ex auditis et visis* (1758). Popularmente conocida como *Del cielo y del Infierno*, concebido tras una epifanía devenida de diversos episodios de visiones místicas que afectaron a Swedenborg entre 1741 y 1744, el texto pretende ofrecer una descripción detallada de la vida después de la muerte corpórea. El libro alcanzó enorme éxito y prestigio, siendo reeditado en varios idiomas y gozando de una gran difusión (Sigstedt, 1952).

⁶ Baste recordar, a título de ejemplo, la investigación en el campo de los optogramas (Figura 7), basada en la creencia de que en la retina del muerto quedaba grabado lo último que habían contemplado en vida. Investigadores como Wilhelm Friedrich Kühne (1837-1900) (Figura 7) o Franz Boll (1849-1879), entre otros, publicaron tratados sobre *optografía*, o fotografía de la retina de cadáveres, que despertaron gran interés hasta que la teo-

como un elemento catalizador, objetivo y objetual, de la mentalidad de una época que se debate entre viejas tradiciones y creencias, pero que, al mismo tiempo, reafirma el valor personal del individuo y sus perspectivas, entretanto contempla los avances del progreso tecnológico con optimismo.

Mediado el siglo XIX, la muerte aún estaba rodeada de un halo de misterio que, incluso, y

en muchos casos, desbordaba a la decisiva desaparición o embalsamamiento del cuerpo físico. La teoría y la práctica espiritistas (figura 8) no se tenían por simple diletancia, no siendo pocos los intelectuales de prestigio que se vieron atraídos por los asuntos de lo paranormal, e incluso los médicos, como el controvertido Duncan MacDougall (1866-1920), que creyeron coherente la idea de diseñar un experimento para calcular el “peso del alma” (López-Muñoz & Pérez-Fernández, 2020). Al fin y al cabo, no estaba claro que el muerto se redujera a los restos que se custodiaban o se destruían. Antes, al contrario, todavía formaba parte del sentir general la idea de que, simplemente, se había “ido a otra parte” o bien estaba en trance de hacerlo. En tal contexto, retratar a los cadáveres, realizar mascarillas mortuorias o, luego, fotografiarlos, se convirtió, como se viene señalando, en una forma convincente de atesorar y sostener su presencia “espiritual” en la ausencia “física” (Altuna, 2010).

MUERTOS ROMÁNTICOS

El tema de la muerte aparente y los enterramientos en vida, posiblemente, y aunado al de los “espíritus inquietos”, gozó de especial influencia en los entornos intelectuales y populares franceses y germánicos. Sobre todo a partir de su introducción firme en el debate ilustrado con la publicación, en 1742, del trabajo conjunto de Jacob —o Jacques— Bénigne Winslow (1669-1760) y Jean-Jacques Bruhier d’Ablancourt (1685-1756): *Dissertation sur l’incertitude des signes de la mort et de l’abus des enterrements et enbauments précipités* (Bondeson, 2001) (figura 9). El texto, muy conocido, gene-

ría fuera desacreditada ya entrado el siglo XX (López-Muñoz & Pérez-Fernández, 2017).



Figura 8. De izquierda a derecha, Leah, Kate y Margaret Fox, las célebres hermanas estadounidenses cuyo relato, que reconocerían como falso en 1888, desató la fiebre del espiritismo en medio mundo (fuente desconocida).

ró una verdadera ola de pánico que alimentaría la edición constante de artículos, panfletos, opúsculos y exagerados anecdóticos en absoluto tranquilizadores sobre el tema, especialmente en Francia y Alemania.



Figura 9. El anatomista Jacques-Benigne Winslow, en un grabado realizado por Ambrose Tardieu (1788-1841) (Bibliothèque Interuniversitaire de Santé, París, Francia) y frontispicio del tomo primero de la edición parisina de 1749 del texto de Jean-Jacques Bruhier, *Dissertation sur l'incertitude des signes de la mort et l'abus des enterrements, et embaumens précipités* (Chez De Bure l'Ainé).

Resulta obvio, por consiguiente, que el advenimiento de los ideales del Romanticismo, que coincidió con la explosión psicomédica de este debate, provocaría en el imaginario popular un giro radical con respecto a la tradicional percepción ilustrada del problema de la muerte, sus efectos, sus manifestaciones y su diagnóstico, de suerte que la cuestión, como se viene indicando, se adentró paulatinamente en un contexto sesgado por un marcado espíritu irracionalista y místico que parecía colisionar con las necesidades impuestas por las políticas de salud pública, los avances incipientes en materia forense —especialmente a partir de 1840— y el nuevo sentir decimonónico positivista en materia psiquiátrica y psicológica. El caldo de cultivo popular e intelectual eran, por lo tanto, propicios a una refundación del culto a los muertos a partir de los parámetros

emotivistas —dolor, soledad, fatalidad, ritual— y personalistas —subjetivismo, individualismo— que pergeñaban el estilo del nuevo siglo. La aparición de las primeras técnicas fotográficas, pues, generaría un canal de expresión artístico y mercantil adecuado a la nueva perspectiva sociocultural e intelectual del asunto (Chaparro Contreras, 2017). Nada tiene de sorprendente, como puede observarse, que la literatura gótica flirteara permanentemente con fantasmas, espíritus, espectros, aparecidos y etcétera: el sentir médico tradicional en torno a la muerte, el ideario romántico, la evocación religiosa, la superstición y las altas tasas de mortalidad —especialmente infantil—, generaron un terreno fértil que indujo a la eclosión en los contextos populares de un concepto psicológico de la muerte que hacía de ella algo al mismo tiempo sentimental, misterioso, sugerente, familiar, dotado de una interesante estética y, por todo ello, susceptible de un peculiar culto y una singular iconografía que, con matices, aún permanece vigente (Morcate, 2012), pues el barniz de “lo romántico” nunca ha terminado de esfumarse por completo de infinidad de prácticas sociales. Así las cosas, tiene pleno sentido que el modelo de belleza femenina de la época fuera precisamente el de la mujer aquejada de tuberculosis: lánguida, pálida, esquelética, con aspecto agónico, moribunda (Macías, 2023). También que el suicidio adquiriese el viso de acto “elevado”, conducido por “nobles sentimientos” (figura 10), e incluso potencialmente “virtuoso” que adquirió entre las nuevas generaciones, sobre todo a partir de la publicación de la muy popular obra de Johann Wolfgang von Goethe (1749-1832), *Die Leiden des jungen Werthers* —*Las penas del Joven Werther*— en 1774.



Figura 10. *Sátira del suicidio romántico* (1839), óleo sobre lienzo de Leonardo Alenza y Nieto (1807-1945), una de las obras simbólicas más señeras del Romanticismo en el arte español y adquirida por Enrique Aguilera y Gamboa (1845-1922), marqués de Cerralbo (Museo del Romanticismo, Madrid, España).

El advenimiento de la tecnología fotográfica en realidad vino a establecer un canal muy conveniente para fijar en el tiempo justamente aquello que era una actitud muy de su época. Por esto, la fotografía *post mortem*, toda vez que el invento ganó popularidad como reemplazo asumible de las manifestaciones figurativas precedentes, solo accesibles a personalidades de alto rango o especial fama, como la pintura de difuntos o las máscaras mortuorias, permitió ir más allá del tradicional camafeo, o del mechón de cabello



Figura 11. Ejemplo de las denominadas “joyas de luto”: colgante de ágata y diamantes con fotografía y mechones de cabello encargado por el príncipe consorte Alberto de Sajonia-Coburgo y Gotha (1819-1961) para su esposa, la reina Victoria del Reino Unido (1819-1901), para recordar la muerte de su madre, Victoria María Luisa de Sajonia-Coburgo-Saalfeld (1786-1861), duquesa viuda de Kent, fallecida en 1861. Propiedad de Patricia Knatchbull (1924-2017), segunda condesa Mountbatten.

—incluso diente o trozo de hueso— albergado en un relicario de mayor o menor lustre, para conservar una pertenencia o imagen física, detenida en el tiempo, del finado que, acaso, fuera el único recuerdo existente de la persona fallecida (figura 11). Esto resultaba especialmente cierto en el caso de los niños, colectivo con el que las altas tasas de mortalidad se cebaban de manera especialmente significativa. No obstante, esta última idea debe ser adecuadamente puntualizada.

Se ha de asumir que la fotografía continuó siendo una técnica costosa y técnicamente compleja durante sus primeros cuarenta años de historia, lo cual motivó que sólo tuvieran un acceso franco a ella las clases altas o en ascenso social, hecho que comenzó a corregirse hacia el último tercio del siglo XIX (Henaó Albarracín, 2013). Además, teniendo en cuenta que las primeras técnicas fotográficas precisaban de largos tiempos de exposición e implicaban un alto coste, no era precisamente la infancia el modelo ideal para un trabajo profesional. Hacerse una fotografía requería tiempo, paciencia y dinero, y el concepto de la niñez como época importante de la vida que tuviera su propia identidad y mereciera atención específica aún estaba desarrollándose a diferentes velocidades en diversos lugares. Por esto, la fotografía *post mortem* de niños no se convirtió en una práctica

habitual en todas partes sino hasta la década de 1880 (Gueerra, 2010), pues solo entonces comenzó a considerarse que el niño fuera una “persona” en sentido completo y que, por consiguiente, hiciera falta recordarlo de una manera tan especial en el contexto de la vida familiar como al adulto. Es más, contra la lógica inherente al duelo, la muerte del niño era considerada en muchos lugares motivo apto para el gozo y la celebración, pues era según el sentir popular un “angelito” reclamado —elegido— por el cielo (figura 12). En efecto, las exequias infantiles mostraban importantes diferencias con las de los adultos en la tradición eclesiástica ya desde el siglo XVII. En el *Rituale Romanum* de Pablo V —Camillo Borghese— (1552-1621), promulgado en 1614, se establecía que los niños menores de siete años eran inocentes a todos los efectos —párvulos—, entretanto las exequias de los mayores de esa edad debían ser las propias del adulto, salvo que pudiera demostrarse que eran realmente “inocentes” y carentes por ello de pecado. Todo esto implicaba que la simbología propia del luto fuera disimulada en el caso de la infancia y que, en muchos lugares, tales exequias tuvieran incluso cierto toque festivo, con convite incluido para los asistentes (Chaparro Contreras, 2017).



Figura 12. Detalle de una postal-recordatorio de “angelitos”, realizada en fecha indeterminada entre 1890 y 1920 (Lichet, 2021).

TÉCNICA, ARTE Y LENGUAJE

Sea como fuere, la fotografía no era un equivalente de la pintura, pero tampoco un mero producto basado en la mimesis de lo real, tal y como pretendió publicitarse en sus comienzos. De hecho, y en un sentido estricto, el daguerrotipo nunca podría ser igual al motivo original en tanto que reflejo especular —simétrico— y bidimensional de lo fotografiado. Ciertamente, el objetivo reinterpreta lo real, pero no se limita a reproducirlo. Esto, harto conocido y estudiado en el presente, contraviene el principio elemental sobre el que los promotores originarios de la técnica fotográfica quisieron cimentar su publicidad. Sucede que el retrato pictórico es obra manual de un artista que genera

algo diferente, independiente del objeto representado en la obra, pero la fotografía, en lo que tiene de aparato tecnológico, trataría idealmente de adherirse al objeto, de ser fiel a él. Es más: el pintor, toda vez que ha tomado sus bocetos, no necesita que el objeto que pinta esté delante suyo, pero para el fotógrafo esto es imprescindible (Barthes, 2003). Sin em-

bargo, pese a que la fotografía se presentó a sí misma como imagen “objetiva”, “mecánica”, “sin trampa ni cartón”, muy pronto se advirtió que esto se alejaba bastante de los hechos. Lo cierto es que su antecedente tecnológico inmediato, la cámara oscura, ya generó no pocas disputas teóricas a este mismo respecto:

“El ojo, de forma análoga a la cámara oscura, proyecta sobre la pared de la retina una imagen bidimensional e invertida [...]. [Ello motiva que la pintura] pasa de ser un procedimiento tecnológico, a convertirse en una actividad conceptual. Ya no es mera copia facilitada por el aparato, sino otra cosa, teoría que provocó severas disputas intelectuales entre los artistas de la época: la idea es que el ojo, al igual que la cámara, no se limita a reflejar el mundo real, sino que establece, por su propia mecánica, un proceso de alteraciones y restituciones que determinan lo que se ve o, por mejor decir, cómo se ve lo que se ve. Ontológicamente, el mundo reflejado por el ojo, como el reflejado por la cámara oscura, no es el mismo mundo de ahí fuera, sino un mundo reconstruido por el artista-observador” (Pérez-Fernández & López-Muñoz, 2021, pp. 54-55).

En suma, y en tanto que forma de expresión en sí misma, la fotografía establece códigos simbólicos que han de desve-

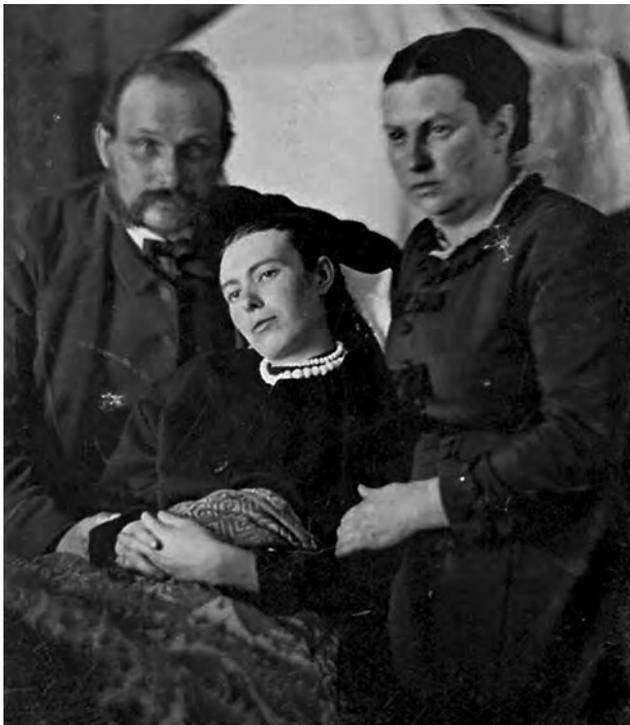


Figura 13. Fotografía familiar británica en la que los padres posan junto con su hija fallecida. Obsérvese que el rostro de la difunta, al no moverse durante la exposición, aparece mucho más definido. La fecha y procedencia de la imagen se encuentra en discusión.

larse para alcanzar la comprensión última de lo fotografiado (Vázquez Casillas, 2014). Y lo cierto es que los fotógrafos, conocedores, bien fuera de suerte intuitiva, de este juego cambiante de perspectivas que se establecen entre la fotografía –lo que se ve– y lo fotografiado –lo visto–, no tardaron en desarrollar una técnica especial y bien definida, de afanes claramente artísticos, que comenzaron a imprimir a sus productos, no solo para ajustarse al gusto de los tiempos y de los clientes potenciales, sino también para manifestar en el acabado final toda suerte de convenciones y simbologías psicosociales, así como su propio sello personal. Es decir, la fotografía, pese a no ser del gusto refinado de buena parte de la burguesía decimonónica, que en muchos casos la contempló como arte menor –o “servil”–, produjo más pronto que tarde su propio lenguaje creativo (Guerra, 2010). En el caso de la fotografía de difuntos es posible encontrar, pues, tres manifestaciones o tipologías bien definidas que alcanzarían con el discurrir de los años infinidad de variantes, pero que evolucionaron respetando ciertas convenciones o estándares que, posiblemente, estén en relación directa con las pretensiones que la clientela de turno albergara con relación al objeto solicitado (Ruby, 1995):

1. Representar al difunto como realmente vivo, posando con los ojos abiertos. Podía mostrarse solo, tendido sobre una cama, sentado en un diván, o bien acompañado de otros componentes de la familia (figura 13).
2. Representar al difunto como durmiente, invitando al silencio contemplativo del espectador (figura 14).
3. Representar al difunto como ya muerto, bien rodeado de la parafernalia fúnebre típica en cada momento, bien posando con el resto de la familia mediante trípodes, banquetas y todo tipo de artilugios. En este tipo de formato se fue tornando común la composición escénica del velatorio, imitando incluso abigarradas representaciones pictóricas (figura 15).



Figura 14. Fotografía de niña muerta posando “como dormida” realizada por el fotógrafo colombiano Luis Melitón Rodríguez Márquez (1875-1942), en 1908. Manejando la toma con gran habilidad estética, el fotógrafo invita al espectador a mantenerse en un respetuoso silencio (Osorio Cossio, 2016).

En el contexto de la fotografía decimonónica estadounidense parece haber una distribución en fechas más o menos clara para cada uno de los formatos –en el sentido de más común en cada periodo–, siendo más habitual el primer formato durante la época de la daguerrotipia –de 1840 a 1860–, y estando más extendido el último a partir de la década de 1880. No obstante, tal convención no es ne-

cesariamente cerrada y tampoco se respetó en todos los lugares a medida que la fotografía se fue tornando una práctica más habitual y accesible (Osorio Cossio, 2016; Chaparro Contreras, 2017). Así, por ejemplo, y por obvios motivos culturales, en los Estados Unidos de América no se cultivó la tradición de los “angelitos” con relación a la fotografía de niños difuntos (Vázquez Casillas, 2014). Cabe imaginar que los manuales de técnica y estilo, a medida que se difundieron entre los profesionales de la imagen fotográfica, motivaron la posibilidad de una oferta más variopinta para unos clientes potenciales que, simplemente, seleccionaban una modalidad u otra en función del propósito último del objeto, así como de las propias capacidades materiales y técnicas del profesional de turno. No en vano, la fotografía de difuntos acabó formando parte del repertorio fotográfico habitual de cualquier especialista serio, en tanto que producto que terminó resultando muy demandado comercialmente, pese a no ser siempre realizado, por obvias razones, con especial agrado por parte del fotógrafo (Debroise, 2005).

Por principio, la fotografía *post mortem* contaba con un modelo ideal –en tanto que perfectamente quieto– para fijar tiempos de exposición, ángulos de enfoque e iluminaciones, de suerte que permitió a muchos especialistas desplegar sus dotes técnicas e incluso mejorar sus aptitudes de cara al retrato de personas vivas. El fotógrafo, idealmente, trataba de favorecer al difunto minimizando el efecto de los fenómenos cadavéricos, lo cual no siempre resultaba una tarea sencilla o agradable (Henoa Albarracín, 2013). No solo porque a menudo se debían contener situaciones biológicas complejas, tales como presencia de fluidos, livideces, giros de los globos oculares o daños corporales severos, sino también porque se trataba de un profesional que ejercía su trabajo en un momento harto complejo para los familiares, siempre presentes, lógicamente preocupados por el tratamiento que se daba al cuerpo del finado, así como por la honorabilidad



Figura 15. Abigarrada composición de grupo *cuasi* pictórica, en la que el cuerpo de la niña finada, en el centro y abajo, domina la escena, estableciendo el motivo de la fotografía. Tras él, incorporados al recuerdo y como velando su sueño, posan con sus mejores galas los deudos principales de la fallecida, ofreciendo la impresión general de una nutrida reunión familiar (Clara Barton Missing Soldiers Office Museum, Washington D.C., EE. UU.).

y eficiencia del resultado final, ya realizase la toma en el estudio, ya se hubiera desplazado con el equipo a la casa del fallecido (Osorio Cossio, 2016). El célebre fotógrafo francés Gaspard-Felix Tournachon –Nadar– (1820-1910) (figura 16), en su célebre libro *Quand j'étais photographe* (Tournachon, 1900), describió con profusión de detalles y excelente pulso literario una de estas escenas comunes de

trabajo fotográfico en mitad del compungido duelo familiar. Préstese, por otro lado, atención a los siguientes comentarios extraídos de un manual de la época:

“Habiendo colocado el modelo, procederemos a la iluminación que, con mucho cuidado, puede resultar muy hermosa. Arreglo las cortinas para utilizar la parte superior de las ventanas, permitiendo que entre la luz con más intensidad, pero incluso algo más suave por un lado que por el otro para aclarar la sombra correctamente, girando el rostro ligeramente hacia la luz más fuerte pudiendo producir un efecto de sombra delicado si es deseable. Coloque su cámara fotográfica frente al cuerpo a los pies del sofá, tenga su placa lista, y, viene la parte más importante de la operación: abrir los ojos, que se puede conseguir usando el mango de una cuchari-lla, manteniendo las tapas superiores hacia abajo, girando el globo ocular hasta el lugar apropiado, obteniendo así una cara tan natural como en la vida. El retoque apropiado disipará la inexpresividad y la mirada fija de los ojos” (fotógrafo desconocido, cit. en Marcos, 2020, p. 53).

En efecto, el ángulo ideal era el de una perspectiva lineal, horizontal con respecto al cuerpo, que facilitaba una imagen nítida y bien iluminada, manteniendo al sujeto centrado y frontal en la composición escénica. A medida que la clientela fue sofisticando sus preferencias y ganando en exigencia, también las escenografías se tornaron más suntuosas y barrocas. Se buscaban las composiciones abigarradas, de mayor calado artístico, muy del agrado de la época, con telones de cielos, selvas o jardines y todo un sinnúmero de artificios funerarios: candelabros, representaciones de Santos, Vírgenes, Ángeles y etcétera. Por lo demás, estos componentes ayudaban al fotógrafo a generar perspectivas ilusorias, juegos de



Figura 16. Autorretrato de estudio, de fecha desconocida, del maestro de la fotografía del siglo XIX, Nadar, simulando viajar en la cesta de un globo aerostático.

luces y sombras, destinados a inducir en el espectador la idea de que el difunto “posaba” en función de la convención del momento. Se eludía de este modo la idea de que el muerto estaba definitivamente muerto, alimentando consoladoramente la negación del doliente y suscitando la idea de la permanencia, del “estar” (Henao Albarracín, 2013).

La fotografía de difuntos, incluso en sus procedimientos más tópicos y banales, se encontraba al servicio de toda una simbología cultural construida en torno al tránsito, la trascendencia, el duelo y la memoria, que buscaba tanto la inmortalización “física” del fallecido como la tranquilidad de los vivos, y que, acaso, encontró un singular regodeo en lo que originalmente pudo considerarse como una de sus grandes taras, intrínseca al progreso de la técnica en sí misma. Hablamos de lo que el filósofo Walter Benjamin (1892-1940) denominó fenómeno de “aura”, según el cual, la autenticidad ontológica de la obra de arte emanaría de suerte fundamental de su unicidad (Benjamin, 2003). Algo que, lógicamente, se perdería con la reproductibilidad facilitada por la aparición del negativo fotográfico, cuestionando el valor del objeto “copia” como una genuina producción artística. Una percepción a la que los fotógrafos no fueron ajenos, y que trataron de romper mediante elaboradas técnicas de retoque manual destinadas a individualizar el producto final para así mantener viva tal “ilusión aurática” entre la clientela (Guerra, 2010) (figura 17). Sin duda, ello contribuyó a alimentar la tesis publicitaria del objeto fotográfico como producto “de lustre” asociado a un cierto estatus.



Figura 17. Retrato *post mortem* con matiz de aura de una niña, realizado en 1915 por Julio Cordero Castillo (1879-1961), uno de los últimos fotógrafos de difuntos boliviano, en La Paz (Archivo Julio Cordero, La Paz, Bolivia).

la fotografía comercial, sujeta a las convenciones socioculturales de la clientela, hubo de desprenderse a fin de prosperar. Resulta relativamente sencillo encontrar entre las iconografías reporteriles decimonónicas fotografías de campos de batalla sembrados de muertos, así como tomas patibularias, de linchamientos, asesinatos (figura 18), ejecuciones y víctimas de la violencia de todo tipo (figura 19). También ficheros policiales repletos de imágenes de convictos según las convenciones antropométricas de la época.⁷ Del mismo modo, son habituales las fotografías de morgues y/o depósitos de cadáveres, e incluso de sujetos sometidos a diferentes procesos de disección y/o exploración tanatológica –todavía no “autopsias”–, muchas ellas realizadas con propósitos identificativos o al menos incipientemente médicos (figura 20).

La diferencia de estos muertos fotografiados con respecto a los otros es la pretendida, al menos en teoría, carencia de interés escenográfico en una pretensión manifiesta de “enseñar lo que el ojo ve”. No hay una sistemática simbólica –o bien solo existe de manera muy excepcional– en la medida de que no se trataría, en principio y con matices, de fotografías diseñadas para la memoria, sino de meros datos adheridos al documento, de una simple y llana certificación de “los hechos” que se relatan (Campbell, 2004; Vázquez Casillas, 2014). Son cuerpos muertos, o que mueren. Se-

⁷ Se ha dicho con reiteración –de hecho es prácticamente una convención en Internet– que el “primero” en utilizar la fotografía con fines de identificación forense, quizá en 1866 o en 1868, fue el célebre detective estadounidense de origen escocés Allan Pinkerton (1819-1884), pero el dato no es concluyente y ha de tomarse con las debidas cautelas. Otros se remontan a la década de 1840, momento en el que la tecnología fotográfica emergente ya habría sido utilizada en el sistema penitenciario belga (Jones, 2018).



Figura 18. Conocida fotografía, de autor desconocido, del cadáver del líder revolucionario Emiliano Zapata (1879-1919), exhibido en Cuautla, Morelos (México), 10 de abril de 1919 (Archivo Casasola, Hidalgo, México).

res despersonalizados que, con total independencia del horror o evento que explican e ilustran, no han sido “inmortalizados” en sí mismos con una finalidad recordatoria. No obstante, esta clase de imágenes, a medida que fueron adhiriéndose a las técnicas publicitarias y propagandísticas de la sociedad de masas emergente, también terminaron por desarrollar su propia semiótica cargada de connotaciones, ya latentes, ya manifiestas (Brisset Martín, 2005).

REFLEXIONES FINALES

El final de la fotografía de difuntos, en tanto que práctica profesional convencional, es tema controvertido. Existe un acuerdo generalizado en la literatura acerca de las razones por las que dejó de ser un producto demandado *per se*, pero no tanto con relación a qué, entre todo ello, pudo tener mayor o menor importancia. De hecho, hay incluso quien defiende que la actividad en sí nunca ha desaparecido como elemento canalizador del duelo, sino que, en todo caso, simplemente ha dejado de ser un negocio —que se consideraría de “mal gusto” e incluso rayando en lo obscuro o “pornográfico”— para adentrarse en el territorio de la más estricta intimidad familiar (Morcate, 2012). Sea como fuere, el auge comercial de la fotografía *post mortem* decayó drásticamente al final de la década de 1910, momento en el que la cantidad de imágenes que es posible encontrar en los archivos disminuye de suerte radical (Guerra, 2010). Los motivos de ello, como se indica, son variados, pero analizados en su conjunto



Figura 19. Fotografía de autoría anónima en la que se exhiben los cadáveres del célebre bandolero Francisco Ríos González, “Perinales” (1879-1907), a la derecha y marcado con el número 1, y Antonio Jiménez Rodríguez, “El Niño del Arahall” (1881-1907). La imagen fue encargada por la Guardia Civil después de que ambos fueran abatidos a tiros en Villaverde de Guadalimar (Albacete), a fin de documentar y publicitar el final del que fuera uno de los criminales “más buscados” de la España de la época.

generan un interesante complejo de vasos comunicantes que terminaron convirtiendo el procedimiento en algo innecesario (Vargas, 2018).

No se trata sólo de que se produjeran cambios generacionales que motivaron alteraciones en las costumbres, ocurre también que los idearios del Romanticismo que facilitaron el interés por estas prácticas también eran observados ya como asunto decadente, cuestionable e incluso pueril en los entornos más urbanos y progresistas. Al mismo tiempo, los Estados, atentos a los progresos en materia biomédica y de salud pública, se habían ido introduciendo de manera más o menos abierta en el marco de la gestión de exequias y difuntos, regulando condiciones en el trato de los cadáveres que limitaban la posibilidad de poner en práctica muchas de las actividades que antes las familias, reclusas en la intimidad del duelo hogareño, podían gestionar a su antojo. Incluso la reflexión en materia teológico-religiosa fue perdiendo, paulatinamente, sus acostumbrados espacios de control socio-cultural, con lo que muchas de las ideas tradicionales que justificaban prácticas, como la fotografía de difuntos, fueron desprestigiándose. La muerte, superadas las extravagancias del ardor romántico, comenzó a observarse desde una óptica científica que deshizo buena parte del velo de emotividad del que siempre estuvo rodeada. Así, aparecieron en el panorama intelectual conceptos relativos al estudio científico de



Figura 20. Fotografía del cadáver de Catherine Eddowes (1842-1888), víctima canónica de Jack el Destripador en la morgue, tras el examen médico del cuerpo. Como puede verse, en este caso el interés estético ha desaparecido por completo, siendo la finalidad de la toma meramente informativo (Royal London Hospital Archives and Museum, Londres, Reino Unido).

la muerte y el presunto alargamiento de la vida, como el de “tanatología”, ideado por uno de los grandes padres de la investigación inmunológica moderna, el ruso Iliá Ilich Méchnikov (1845-1916), quien fuera Premio Nobel de Fisiología y Medicina en 1908 por sus estudios sobre la fagocitosis y el funcionamiento del mecanismo inmunológico. Prueba de este declive cultural de la ideología construida en torno a la muerte que facilitó el asunto de la fotografía de difuntos es el súbito desprestigio en el que cayó la literatura gótica clásica, basada de suerte fundamental en relatos de fantasmas y aparecidos. Con el advenimiento de la obra de Darwin –y otros avances científicos del momento–, los intereses socio-culturales se apartaron de ese risible mundo de los espectros dieciochescos que ya no asustaban a nadie, para adentrarse en esas oscuras aguas en las que confluyen y chocan lo anhelos humanos contra las demandas de lo biológico y que implican una reformulación de los miedos más atávicos de la Humanidad. A ello quería referirse Howard Phillips Lovecraft (1890-1937), en su conocido ensayo, cuando se refirió al relato de horror gótico convencional, anterior al nuevo pulso del siglo XX, como historia “acartonada” y desprovista de autenticidad (Lovecraft, 2002, p. 21).

Por lo demás, el abaratamiento y la democratización progresiva de la fotografía, así como la aparición de las funerarias y la consiguiente mercantilización de las exequias, motivaron que retratar difuntos se convirtiera en una práctica excesivamente costosa –tanto en tiempo como en recursos–, como para resultar rentable a los estudios fotográficos o asequible a los usuarios. Un evento que coincidió con el progresivo desagrado y repugnancia de los profesionales a la hora de abordar esta clase de encargos que implicaban una lucha contra infinidad de complejos imponderables técnicos, biológicos, e incluso no pocas veces acaloradas discusiones con los propios familiares del difunto (Guerra, 2010; Henaó Albarracín, 2013). Así las cosas, la presentación pública de la primera cámara compacta de uso doméstico en 1925 –la célebre *Leica I* de 35 mm– en Leipzig, que supuso un éxito rotundo y convertiría ya la práctica de la fotografía en una actividad más de la vida diaria a todos los efectos, supondría, finalmente el cese de esta vertiente del negocio fotográfico (Fundación Telefónica, 2017).⁸

REFERENCIAS

Altuna, B. (2010). *Una historia moral del rostro*. Valencia: Pre-Textos.
 Ariés, P. (2000). *Morir en Occidente. Desde la Edad Media hasta la actualidad*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo Editora.
 Barthes, R. (2003). *La cámara lúcida. Nota sobre la fotografía*. Buenos Aires: Paidós.
 Benjamin, W. (2003). *La obra de arte en la época de su reproductibilidad técnica*. México D.F.: Editorial Itaca.
 Bertrán Abadía, R. (2015). *La ciudad y los muertos. La formación del cementerio de Torrero*. Zaragoza: Ayuntamiento de Zaragoza.
 Bondeson, J. (2001). *Enterrado vivo*. Barcelona: Ediciones B.

Brisset Martín, D.E. (2005). Fotografía, muerte y símbolo. Aproximación desde la antropología visual. *Gazeta de Antropología*, 21. Disponible en: <https://digibug.ugr.es/handle/10481/7175>.
 Calero Ruiz, C. (2005). La imagen de la muerte en la plástica moderna occidental. En: VV.AA. (pp. 229-246). *La imagen de la muerte. Estudios sobre arte, arqueología y religión*. Adeje (Tenerife): Servicio de Publicaciones de la Universidad de la Laguna y Excmo. Ayuntamiento de Adeje.
 Campbell, D. (2004). Horrific Blindness: Images of Death in Contemporary Media. *Journal for Cultural Research*, 8(1), 55-74. doi: 10.1080/1479758042000196971
 Carrero Santamaría, E. (2006). El claustro funerario en el Medievo o los requisitos de una arquitectura de uso cementerial. Liño. *Revista de Historia del Arte*, 12, 31-43.
 Chaparro Contreras, C. (2017). Angelitos al cielo. Muerte, ritual funerario y fotografía en La Mancha (1870-1931). En: J.A. Hernández Latas, ed. (pp. 276-283). *I Jornadas sobre Investigación en Historia de la Fotografía. 1839-1939: Un Siglo de Fotografía*. Zaragoza: Institución Fernando el Católico y Exema. Diputación de Zaragoza.
 Classen, A. (ed.) (2016). *Death in the Middle Ages and Early Modern Times. The Material and Spiritual Conditions of the Culture of Death*. Berlin: Walter de Gruyter.
 Debroise, O. (2005). *Fuga Mexicana: Un recorrido por la fotografía en México*. Barcelona: Gustavo Gili.
 Fischer, N. (2019). La cultura europea de los cementerios: Pasado y presente. *Revista Murciana de Antropología*, 26, 17-32. doi: <https://doi.org/10.6018/rmu/389911>
 Fundación Telefónica (2017). *Con los ojos bien abiertos. Cien años de fotografía Leica*. Guía Didáctica. Madrid: Espacio Fundación Telefónica.
 Guerra, D.F. (2010). Con la muerte en el álbum. La fotografía de difuntos en Buenos Aires durante la segunda mitad del siglo XIX. *TRACE. Travaux et Recherches dans les Amériques du Centre*, 58, 103-112.
 Henaó Albarracín, A.M. (2013). Usos y significados sociales de la fotografía post-mortem en Colombia. *Universitas Humanística*, 75, 329-355.
 Jones, E. (2018). The Grainy and Grisly History of Crime Photography. *OUPBlog*. Disponible en: <https://blog.oup.com/2018/08/grainy-grisly-history-crime-photography/>.
 Lichet, V.C. (2021). *Post Mortem*. Collectio Carlos Areces. Madrid: Titilante Ediciones.
 López-Muñoz, F. & Pérez-Fernández, F. (2017). *El vuelo de Clavileño. Brujas, locos, pócimas, fármacos, médicos e inquisidores a través de la literatura cervantina*. Madrid: Delta Publicaciones.
 López-Muñoz, F. & Pérez-Fernández, F. (2020). *La barca de Caronte. El largo viaje histórico del alma humana a través del pensamiento, la ciencia y la medicina*. Madrid: Delta Publicaciones.
 Lovecraft, H.P. (2002). *El horror en la literatura*. Madrid: Alianza.
 Macías, C. (2023). Cuando morir era la moda: Así construyó la tuberculosis el estándar de belleza femenina. *El Confidencial* (edición del 5 marzo). Disponible en: https://www.elconfidencial.com/alma-corazon-vida/2023-03-05/cuando-tuberculosis-se-puso-de-moda-siglo-xix_3584896/
 Marín Fernández, E. (2011). Aspectos antropológicos del dolor y la muerte. En: R. Germán Zurriarain, coord. (pp. 19-42). *Cuidar cuando no es posible curar. Los cuidados paliativos: morir dignamente en un contexto humanizado*. Logroño: Universidad de La Rioja.
 Morcate, M. (2012). Duelo y fotografía post-mortem. Contradicciones de una práctica vigente en el siglo XXI. *Revista Sans Soleil. Estudios de la imagen*, 4, 168-181.
 Osorio Cossio, H. (2016). Un velo para la muerte. Las fotografías post-mortem de niños en Medellín. *Trashumante. Revista Americana de Historia Social*, 8, 324-337. doi: 10.17533/udea.trahs.n8a15
 Pérez-Fernández, F. & López-Muñoz, F. (2021). El dualismo cartesiano y la glándula pineal: de la fisiología al arte. *Mente y Cultura*, 2(2), 49-56. doi: <https://doi.org/10.17711/MyC.2021.008>
 Pazzini, A. (1947). *Storia della medicina*. Milano: Società Editrice Libreria.
 Ruby, J. (1995). *Secure the Shadow: Death and Photography in America*. Cambridge: The MIT Press.
 Sigstedt, C.O. (1952). *The Swedenborg Epic. The Life and Works of Emanuel Swedenborg*. New York: Bookman Associates.
 Sontag, S. (1977). *On Photography*. New York: Farrar, Straus and Giroux.
 Tournachon, G.F. (1900). *Quand j'étais photographe*. Paris: Flammarion.
 Vargas, M. (2018). La fotografía y la muerte. Políticas de la imagen e imágenes políticas. *NOiMAGEN. Revista del Centro de Estudios Visuales*, 1, 74-90.
 Vázquez Casillas, J.F. (2014). La fotografía como documento sociocultural a finales del siglo XIX: Nadar y el retrato post mortem. *Revista de Dialectología y Tradiciones Populares*, LXIX(2), 467-486. doi: 10.3989/rtp.2014.02.010
 Villacañas, J.L. (2017). Immanuel Kant, las posibilidades de la razón. En: Kant, I. (pp. XI-CXXVII). *Crítica de la Razón Pura*. Madrid: Gredos.

⁸ El primer prototipo, diseñado y construido por el ingeniero Oskar Barnack (1879-1936), ya estaba listo durante el bienio 1913-14, pero el estallido de la I Guerra Mundial retrasó su presentación y comercialización.

Panegírico a Salud Mental

Francisco Gómez-Mont Ávalos

La revista *Salud Mental* en sus primeros años ha sido un crisol de teorías de sistemas, psiquiatría de hospital general, información sobre centros comunitarios de salud mental, epidemiología, neurociencias, endocrinología y humanidades. Líneas editoriales eran la ética médica, la psiconeuroendocrinología, la psicoterapia, la dialéctica de diálogos cerebrales interhemisféricos, la superioridad de las clasificaciones geométrico-dimensionales sobre las de categorías rígidas y arbitrarias como el DSM, la historia de la psiquiatría y algunos antecedentes de la neuroética, de la neuroestética y del neuroderecho.

Su fundador, el maestro Ramón de la Fuente rondaba los sesenta años; Héctor Pérez-Rincón, José Luis Díaz, Adrián Ramírez Moreno, Gerhard Heinze y Carlos Pucheu los 35; Juan Ramón de la Fuente y yo los 30; Guillermina Natera y María Elena Medina-Mora, más jóvenes; Verónica y Nora Volkow, los 20. López Portillo entraba de presidente. La agenda científica de la psiquiatría moderna en nuestro país cristalizaba en instituciones estatales, universitarias y de la sociedad civil. El equipo “doctor de la Fuente y doctor Pérez-Rincón” operó un equipo ganador: el de la revista *Salud Mental*.

Ésta fue concebida por el maestro de la Fuente durante el año 1977. En el primer número editado por Héctor Pérez-Rincón, marzo de 1978, el maestro inicia diciendo: *nuestro punto de vista es que la psiquiatría es el puente natural entre la biología y las ciencias del hombre y el instrumento apropiado para alcanzar su equilibrio (...), salud y enfermedad son mejor entendidas a la luz de una concepción del hombre que haga justicia a su totalidad y complejidad.*

La visión del maestro de la Fuente para su futuro instituto quedó plasmada a partir del segundo número de la Revista *Salud Mental*, el primero de muchos editado por Héctor Pérez-Rincón.

Los primeros artículos del Dr. Pérez-Rincón en la revista son sobre María Sabina y sobre el estructuralismo. Menciona: *Lacan, el gran excomulgado de la asociación psicoanalítica internacional (...)* *El fundador de la escuela freudiana de París, el autor a quien su adhesión al movimiento estructuralista lo convirtió junto con Foucault, Levi-Strauss y Barthes en uno de los maestros del pensamiento de una moda que ha tenido gran auge.*

Para el número de junio de 1978, desaparece el Centro Mexicano de Estudios en Farmacodependencia (CEMEF)

y nace una nueva institución: el Centro Mexicano de Estudios en Salud Mental (CEMESAM). Se incorporan al equipo Miguel Krassoievitch, Nora Volkow y yo. En este número el maestro de la Fuente nos dice: *La psiquiatría es la más humanista de las especialidades médicas y la ética es una dimensión de la conducta humana.* Dionisio Nieto escribe sobre la teoría dopaminérgica en esquizofrenia y Juan Ramón de la Fuente un artículo sobre los ecosistemas como perspectivas en la salud mental.

Comienza a tomar forma la sección *Lecturas de salud mental* donde se intenta actualizar en notas breves y en castellano las investigaciones en el área de la psiquiatría, de la endocrinología, de la salud mental, de la psicoterapia y de las humanidades. En cuanto a la ética, la estética y la historia de las ideas, el Dr. Pérez-Rincón y su enorme cultura humanística permitió al Dr. de la Fuente profundizar y canalizar sus inquietudes históricas y filosóficas en las humanidades. Citando a Pérez-Rincón: *La psiquiatría sin humanidades no es psiquiatría, es neurología.* Hay artículos sobre *Los orígenes neurobiológicos de la teoría psicoanalítica de la ensoñación*, múltiples artículos de neuropsiquiatría.

Surge una nueva sección *Informaciones y acontecimientos*, escrita por Volkow y Gómez-Mont, dos alumnos de Don Julián Villarreal, pionero del estudio bioquímico de las adicciones en México. El primer congreso que se cubrió fue *Los mecanismos del Dolor y de los Compuestos Analgésicos*. Universidad de Johns Hopkins, junio 1978. Los participantes acababan de descubrir las encefalinas y endorfinas y Julián Villarreal soñaba con descubrir nuevos analgésicos.

En septiembre de 1978 Augusto Fernández-Guardiola publica un artículo sobre la *neurofisiología del sueño* y Juan Ramón de la Fuente uno sobre *neuroendocrinología*.

En marzo de 1979, Gómez-Mont publica un artículo sobre la importancia de lo digital y lo analógico en el pensamiento sistémico. María Elena Medina Mora y Carlos Campillo publican un artículo sobre la epidemiología de drogas en México. Este primer artículo sienta las bases del principal núcleo de la revista en décadas venideras: una epidemiología psiquiátrica informada con pruebas psicométricas y análisis estadístico multivariado. El maestro discute el tema de ambiente y salud mental. Juan Ramón incluye un texto sobre medicina psicosomática.

Para junio de 1979, el Maestro presenta el tema de la voluntad. Dionisio Nieto y Héctor Pérez-Rincón abordan el

tema del suicidio colectivo. Juan Ramón con el tema de niveles plasmáticos de psicofármacos y la psiquiatría molecular.

En septiembre de 1979, Pérez-Rincón firma un editorial con el tema de la comunicación masiva y la Salud Mental. Nos dice: *La cultura de lo audiovisual, cuya importancia es de sobra conocida, ha incluso suplantado a otras formas de comunicación humana y de información tradicional... Es a través de este medio privilegiado que se podrían dar los primeros pasos para crear una conciencia colectiva que considere a la Salud Mental como una prioridad urgente, del mismo modo que la pureza del ambiente. Alcanzar Salud Mental en la población es una forma de contribuir a la pureza del medio ambiente...*

Juan Ramón de la Fuente, en ese entonces profesor de psiquiatría de la Universidad de Minnesota y jefe de residentes de la clínica Mayo, actualiza el tema de la psiquiatría de Hospital General y disecciona la desvinculación de los psiquiatras con sus colegas médicos durante la primera mitad del siglo XX. Volkow escribe sobre el universo psicológico del prisionero y sobre el pensamiento creativo de Einstein y la teoría de la relatividad. Hay un extenso reporte sobre la psicofarmacología.

En diciembre de 1979, el editor Pérez-Rincón escribe: *En la solidaridad que se genere en todos los grupos sociales, en el acceso a las obras que siguen transmitiendo al hombre de todos los tiempos un mensaje de valor y de fraternidad, en la difusión de la realidad que la ciencia penetra y modifica, se encuentra un poderoso motor de creatividad hacia la conquista de la conciencia y de su función crítica frente a las tradiciones del odio, la intolerancia o el vasallaje bajo todas sus formas.*

Pierre Pichot, presidente de la Asociación Mundial de Psiquiatría, escribe un artículo sobre la psiquiatría antigua enfocándose en Hipócrates, Aristóteles y Galeno. Hay un artículo sobre los fundamentos de la psiquiatría cultural.

Una preocupación constante de la Revista *Salud Mental* en sus primeros años fue discutir los problemas de las clasificaciones psiquiátricas y proponer soluciones. En esta línea, Juan Ramón publica un artículo sobre los criterios diagnósticos para la investigación en psiquiatría, tema que hoy en día es de gran actualidad. Hay un artículo sobre la epidemiología de la depresión de Campillo y Carabeo.

Hay reseñas sobre la moralidad médica y la ética hipocrática, sobre la encrucijada de los valores y otra, polémica: *En una investigación encuentran mayor razonamiento moral en los psicópatas.*

Para la primavera de 1980, ya bajo el amparo de una nueva institución, el Instituto Mexicano de Psiquiatría, comienza a impregnarse la revista del tema que era marco de orientación y devoción del maestro: la *Teoría General de Sistemas*. Se discute sobre los trabajos de Gregory Bateson y la unidad necesaria que debe existir entre la mente humana y la naturaleza; se plantea: ¿Qué tanto el pensamiento como la evolución de las especies son procesos estocásticos? Co-

mienza a relacionarse la teoría de sistemas con la naciente psicología evolutiva.

En el número de verano de 1980, el editorial del maestro de la Fuente está dedicado al tema de la psicoterapia y la farmacoterapia: *El tratamiento de un enfermo esquizofrénico o de un enfermo que sufre depresión melancólica es más eficaz si el caso se aborda en dos niveles: el nivel biológico y el nivel de las experiencias personales y de las circunstancias familiares circundantes (...)* Sólo el desconocimiento de uno u otro campo explica el hecho de que criterios unilaterales puedan ser objeto de adhesiones apasionadas (...) *El manejo psicoterapéutico de los aspectos familiares o sociales es útil en todos los casos.*

La Academia Nacional de Medicina le dedicó una sesión solemne al psicoanalista Erich Fromm. Ahí el maestro nos invita a ver las obras del Intelectual recién fallecido *...como la continuación de la obra magna de Freud, con base en una revisión sistemática de sus teorías y de su método terapéutico a partir de un marco de referencia histórico y humanista (...)* Fromm aborda como tarea principal el análisis del impacto de la estructura de la sociedad, la estructura de clase y la estructura económica en el desarrollo del individuo y en la práctica de su vida. *El problema central que Fromm enfoca es el conflicto que se genera entre los intereses de las sociedades, que tienden a la perpetuación de sus propios sistemas y el del hombre que tiende al desarrollo de sus propias potencialidades (...)* Hay que deshacer el autoengaño para que el conocimiento de la verdad acerca de sí mismo y de la sociedad hagan libre al hombre. Fromm opina que hay que desechar la peculiar concepción patriarcal de la psicología de la mujer presente en Freud: *La Salud Mental debe ser entendida como una relación entre las potencialidades del individuo y el ambiente social (...)* *La Salud Mental implica para el individuo un sentido de identidad definido, ligas afectivas genuinas con otros, compromiso con valores y habilidad para actuar de forma congruente con los propios deseos, necesidades y creencias.*

Fromm concibió el proceso del análisis individual como un camino para alcanzar el desarrollo de las capacidades humanas obstaculizadas por la irracionalidad de la sociedad a través del descubrimiento de la verdad acerca de uno mismo y de la sociedad (...) en nuestros sueños, dice Fromm, *no solamente somos menos razonables y decentes, sino que también somos más inteligentes, más cuerdos y capaces de mejores juicios. Nuestros sueños expresan a veces deseos irracionales, pero otras veces expresan percepciones profundas (...)* *El hombre en la sociedad industrial occidental, orientada hacia la posesión de bienes y el consumo, se ha enajenado de sí mismo. Ha sustituido el consumo y la idolatría por el amor; la libertad y la felicidad (...)* *El amor es la única respuesta efectiva de la existencia humana.*

Volkow, Gómez-Mont y Pérez-Rincón actualizan el tema de ciclos y ritmos en la naturaleza, asunto de gran actualidad. Se han postulado las disritmias cronobiológicas, es-

pecialmente la circadiana y la lunar como un factor común de muchos cuadros psicopatológicos. Volkow publica sobre terapias de arte para el autodescubrimiento heurístico.

Para el número de otoño de 1980, el maestro de la Fuente me pidió que actualizará la información sobre las raíces y los frutos del pensamiento sistémico en la psiquiatría y la sección de *Revisión de la Literatura Internacional*. Comenzó a manejar los temas del neuroerotismo y de la neurosacralidad. Se presenta la clasificación de las psicosis endógenas de Karl Leonhard, como ejemplo de un esfuerzo que fue constante en la Revista *Salud Mental*: elogiar las detalladas clasificaciones psiquiátricas europeas por encima de las clasificaciones con fines estadísticos de la Asociación Psiquiátrica Americana, en alianza con la industria farmacéutica, el sector hospitalario y las agencias de seguros médicos.

La sección de *Información y acontecimientos* trae la crónica de la reunión de 1980 de la Asociación Psiquiátrica Norteamericana cuyo tema fue *Amar y trabajar: valores humanos en psiquiatría*. Ahí escribe Volkow sobre los usos políticos de la psiquiatría en la Unión Soviética, valores en la psicoterapia; ética y psiquiatría.

En el número de invierno de 1980 El Maestro nos dice: *Las condiciones sociales y culturales que son inadecuadas a las necesidades humanas son fuentes de angustia y determinantes de sus contenidos (...) Calmar la angustia sigue siendo una de las principales funciones del médico.*

Hay un artículo del Dr. López Elizondo sobre la psicoterapia de las disfunciones sexuales y un artículo sobre los efectos adversos de los derivados de la planta cannabis. Juan Ramón de la Fuente, entonces investigador del Instituto Nacional de Nutrición y Ciencias Médicas, escribe sobre la identificación de los receptores adrenérgicos en el sistema nervioso autónomo y sus bloqueos como uno de los avances más importantes en neurofarmacología.

Se describe como Anthony Wilden relaciona los trabajos de Claude Lévi-Strauss, Jean Piaget, Jacques Lacan y Sigmund Freud con ideas modernas del pensamiento sistémico derivadas de Gregory Bateson, de Ludwig Von Bertalanffy y de Donald McKay. Presenta una interpretación sistémica y comunicacional de los principales estructuralistas europeos. *...un intento de integrar críticamente un conjunto de conceptos derivados de la cibernética, de los fundamentos lógicos de la matemática elemental, de la lingüística, de la teoría de la información y de la comunicación, de la teoría general de los sistemas, de la biología y del pensamiento dialéctico.*

Verónica Volkow escribe sobre viajes metafóricos y el uso de la terapia artística en la exploración simbólica. Comienza a participar Simón Brailowsky sobre las funciones corticales lateralizadas asimétricamente en los hemisferios cerebrales. Hay también un artículo del pionero de las ciencias de la comunicación: Marshall McLuhan. Nos pregunta: ¿Es que acaso la interiorización de medios de comunicación como las letras de la imprenta, altera la relación proporcional entre nuestros sentidos y cambia los procesos mentales?

Hay un extenso artículo sobre los orígenes de la cultura en canibales y reyes. Afirma Michel Foucault: *El análisis psiquiátrico del crimen nace en el siglo XIX*. Este artículo viene del primer número de la revista *International Journal of Law and Psychiatry* y es un antecedente importante de lo que hoy se llama neuroderecho y neurojurisprudencia.

Para primavera de 1981 la Revista *Salud Mental* aún no incluye anuncios de la industria farmacéutica. Nora Volkow escribe sobre neuroendocrinología, creatividad y enfermedad psiquiátrica y fisiología de la agresividad social. El Dr. Pucheu nos recuerda que *El deber del psiquiatra hacia su paciente representa solo un aspecto de la psiquiatría. Otro aspecto importante lo constituyen los conocimientos, prácticas y puntos de vista que concierne al bienestar de la comunidad en conjunto y al porvenir de la humanidad.*

Héctor organiza un simposio en la memoria de Jean Piaget (1896-1980).

Para el verano de 1981 el Dr. Mario Souza se atreve a tocar el tema de la pornografía. Otra reseña de Volkow: la disforia histeroide. Peter Ryan aborda el tema del tratamiento moral en psiquiatría.

Se reseña la décima reunión anual de la Sociedad de Neurociencias. Se afirma: *Esta nueva disciplina (la ciencia cognitiva) cuyas raíces son las neurociencias, la psicología, la computación, la lingüística y la filosofía, promete ser una síntesis conceptual importante. Quizá sea esta la ciencia básica de la psiquiatría del futuro.*

Pérez-Rincón hace un brillante análisis de las ideas sobre la inhibición de la acción de Henry Laborit: *cuando se ocupa del deseo, Laborit se alinea dentro de la idea de Lacan al considerar que el inconsciente está estructurado como un lenguaje. El deseo, creación imaginaria nacida del instinto pulsional transformado por la cultura y los lenguajes, se expresa en la ensoñación solamente cuando no es realizado en la acción y constituye el motor de la creatividad, resultante del trabajo asociativo de la imaginación.*

Nora Volkow escribe un artículo que posteriormente inspirará quizá sus investigaciones sobre la relación entre la obesidad, la glucosa, la insulina y los receptores a la dopamina: *Niveles plasmáticos de insulina durante la ingestión imaginaria de alimentos bajo hipnosis*. Escribe otro sobre estrategias neuroendocrinas en la investigación psiquiátrica. Quisiera resaltar la importancia que tuvo el tema de la interfase entre la psiquiatría y la endocrinología en los primeros años de la Revista *Salud Mental*.

En el número de otoño de 1981, aún sin publicidad farmacéutica, Carlos Pucheu estudia más de mil pacientes (enfermos crónicos hospitalizados de la *Secretaría de Salubridad de Asistencia*) con la escala cuantitativa breve de apreciación psiquiátrica B.P.R.S.

Pérez-Rincón analiza el tema de los regicidas: *La etología y la neuropsicofisiología de la agresión, la psicología de las motivaciones profundas, la clasificación de los cuadros, la antropología criminal y la bio-médico-criminogénesis,*

pueden ser todas ellas instrumentos del proceso de hominización, gracias al cual el Homo sapiens que surgirá tal vez dentro del camino de la evolución, considere que la muerte violenta de cada hombre es un magnicidio. El seminario de casos clínicos, escrito por Pérez-Rincón, Volkow y Juan Ramón, analiza a una paciente del punto de vista artístico comparando sus producciones en fase maniaca con las del pintor Chagall.

Para primavera de 1981, tanto Volkow como yo nos habíamos incorporado en las áreas de investigación de la Universidad de Nueva York sobre neurometría y tomografía de positrones. Esto le permitió a Salud Mental ser de las primeras revistas médicas que reportaron sobre las pioneras imágenes cerebrales funcionales en el ser humano. Continúa una crítica a los sistemas norteamericanos de clasificación. En el artículo *¿Hacia el fin de la era kraepeliniana?, se dice: La teoría de la comunicación, la cibernética y la teoría general de los sistemas han evidenciado la posibilidad de visualizar los desórdenes mentales como disfunción de los sistemas.*

Volkow escribe: *Un profundo estudio de las crisis de Dostoievsky modificó la idea pesimista que se tenía sobre la evolución de la epilepsia, pues ayudó a demostrar que la epilepsia primaria generalizada no conducía al deterioro mental y que genio y epilepsia eran compatibles como entidades independientes, tal como ocurre en la vida de Dostoievsky, quien dos meses antes de su muerte termina su novela Los hermanos Karamazov y se despidió de sus familiares citando a San Pablo: "No os aferréis a mi ahora, pues ésta es la forma como debe ejercerse la justicia".* También escribe Volkow sobre el capítulo de parapsicología y sobre el capítulo de psiquiatría en el libro de texto psiquiátrico de Kaplan, Freedman y Sadock: *Nadie puede negar la lógica de la unión entre la psicología y la historia. La persona psicológica vive en un contexto histórico que lo rebasa más allá de sí mismo, y la historia está ligada a los conflictos y a las luchas internas de los individuos.*

Héctor revisa un libro sobre psicología del arte y de la estética: *La Expresión y la creatividad, artística o no, realizadas a partir del libre ejercicio de la libertad, o facilitadas e impulsadas por la patología, constituyen para las disciplinas de la psique, un océano de interés que apenas se visualiza y que tendrá en el futuro un gran desarrollo.* Hace también Pérez Rincón otra reseña de una reunión sobre plantas sagradas.

El número de invierno de 1981 dedica su atención a la neurofisiología soviética. Se discuten las aportaciones de Lurria; los estudios sobre la organización espacial de los procesos cerebrales de Livanov. Vienen múltiples artículos sobre la naciente tomografía por emisión de positrones. Volkow invita a los lectores a estudiar fenómenos como el de la lateralización de la norepinefrina en el tálamo humano.

Se presenta una visión holística y evolutiva de los procesos neurales y psicológicos: integración neurobiológica-psicoanalítico. Shapiro estudia la dialéctica de los procesos de autonomía versus el carácter rígido. Juan Ramón publica un

artículo sobre la representación de la depresión en el arte precolombino. Hay un artículo sobre los hemisferios cerebrales y la cultura, así como siete reseñas sobre la salud mental en los chicanos, tema también hoy de gran actualidad y pertinencia. El Dr. Fernández-Guardiola escribe un artículo sobre la neurobiología de la conciencia.

En el número de primavera de 1982, El Maestro escribe sobre lo sociocultural y la clínica. Desde Harvard nos llega un artículo del Dr. Edward Messner sobre autoconocimiento y clínica. Helen Castro documenta las características psicométricas de 3 escalas psicosociales.

Para el número de verano de 1982 el Dr. Barragán escribe, hace 35 años, un tema de gran actualidad: *Cerebelo y psiquiatría.*

En otoño de 1982, Carlos Valverde escribe sobre neuroendocrinología del ciclo sueño-vigilia. El Dr. Jean Bernard nos invita a meditar sobre la relación entre creación poética y creación científica.

En invierno de 1982, el editorial del Maestro es sobre ética y psiquiatría. Guillermina Natera publica un artículo sobre alcoholismo. José Luis Díaz inicia su participación en la revista con el artículo *Estructura del comportamiento y dinámica social.* Este es el primero de 24 artículos en los que el decano de la neurociencia cognitiva y de la neurofilosofía en México escribe en nuestra revista. En estas décadas llegaron artículos con gran variedad de temas que describen la trayectoria intelectual del neurofilósofo Díaz Gómez, una de las mentes científicas y humanísticas más notables y evolucionadas de nuestro medio: *Análisis del discurso en primera persona como estrategia para estudiar la conciencia, Naturaleza de la lengua, El cerebro compasivo, Cronofenomenología, Respuesta emocional a la música, Ordenación piramidal del cerebro y el enjambre de la consciencia.*

En el número de primavera de 1983, nos dice el Dr. de la Fuente: *La sabiduría psicoterapéutica está basada en experiencias personales directas, sus verdades son accesibles solamente a quienes tienen experiencias similares y poseen sensibilidad y capacidad para percibir las (...) en la psicoterapia hay elementos que son objetivos, pero los datos que tienen mayor relevancia son subjetivos.*

Pérez-Rincón escribe sobre el suicidio de los hombres de letras, trabajo que presentó en Múnich en el Congreso de la Sociedad Internacional de Psicopatología de la Expresión. La riqueza asociativa de Pérez-Rincón la ilustramos con algunas citas del artículo. Dice Sylvia Plath: *Morir es un arte, como todo lo demás yo lo realizo excepcionalmente bien; No lo compadezcáis, dijo la madre de Mishima después de su horrible suicidio. Por primera vez en su vida hizo lo que quería hacer;* escribe Rilke: *Las obras de arte son el resultado de haber estado en peligro, del hecho de haber ido hasta el extremo de una experiencia que ningún hombre puede sobrepasar.*

Oscar Prospero revisa el tema de la bromocriptina en el tratamiento del síndrome de abstinencia al alcohol. Con-

tinua el interés en varios artículos sobre las asimetrías cerebrales y sobre la sexualidad humana (hombres y mujeres anorgásmicos).

Para verano de 1983, y ante la perspectiva de comenzar a incluir publicidad de la industria farmacéutica, Gómez-Mont pierde la inspiración para escribir ahí y deja de ser editor adjunto. La revista continúa con sus intereses sobre la ética profesional, los valores sociales y los aspectos morales de la práctica psiquiátrica. Prospero publica una reseña sobre la glucografía cerebral y la tomografía de positrones en pacientes psiquiátricos. Se revisan los estudios sobre la prueba de supresión con dexametasona en los desórdenes afectivos. Pérez-Rincón y don Alejandro Díaz Martínez publican un artículo sobre el sueño y el electroencefalograma en jóvenes estudiantes normales. Rafael Salín escribe sobre el electroencefalograma en pacientes deprimidos.

Para el número de invierno de 1983 el cambio más notable y triste en la revista es que por primera vez se incluye pu-

blicidad de la industria farmacéutica: un producto de Upjohn, Triazolam (Halcion), medicamento hipnótico. De entonces a hoy, ¡Las ventas de psicofármacos en farmacias han aumentado 80 veces! Esta decisión, producto de la crisis económica hacia el final del sexenio de López Portillo, desequilibró la revista, en sus inicios una revista cultural, eliminando poco a poco a las humanidades y poco a poco precipitándola en las redes temáticas y publicitarias de las revistas internacionales de medicina. En su nuevo rol, es una de las mejores revistas de medicina de Latinoamérica. Debemos cuidar mejor su enorme tradición humanística.

Héctor merece nuestro reconocimiento por haber mantenido vivos durante cuarenta años los valores eternos de verdad, bondad, justicia, libertad y belleza. Gracias, Héctor, por no haberte quedado en París y venir, con tu ejemplo de estoicismo, a enriquecernos a todos los de esta comunidad, durante tantos años.

Complejidad, salud mental y neurodanza

Francisco Gómez-Mont Ávalos

Segundo Coloquio Iberoamericano “Imaginación Transdisciplinaria, Neurociencias y Artes Escénicas 2022”

XVIII Coloquio de Neurohumanidades 2022.

Neurodanza y salud mental IV – 29 al 31 de marzo

Conectoma y complejidad-VII – 29 al 31 de agosto

El XVIII Coloquio de Neurohumanidades, con 125 conferencias, tuvo lugar de febrero a noviembre del 2022. Esta crónica hace referencia a las primeras 44 conferencias llevadas a cabo entre febrero y marzo del 2022 en el Instituto Nacional de Psiquiatría y la Universidad Autónoma de Chiapas.

Anima la ilusión en nuestra red en Neurodanza de poder aprovechar la avalancha de conocimientos de la biología molecular y de tecnologías de neuroimágenes para promover la utilización de la danzaterapia en la promoción de la salud mental.

Nos motiva no solo la teoría, sino que, del punto de vista práctico, es un proceso en apoyo al anteproyecto de Cristina Medellín de una maestría en Arteterapia en el Departamento de Danza de la Universidad Autónoma de Querétaro.

Los avances neurobiológicos en el área de la interocepción han permitido mapear la representación del sistema simpático y parasimpático en los dos metros cuadrados de corteza cerebral. El libro de Manos Tsakiris “*The Interoceptive mind*” ha consolidado un grupo que incluye neuropsicoanalistas, expertos en estética experimental; y a Mariana von Mohr del Royal Holloway University en Londres. Ella es nodo fundamental y fundacional de la Neurodanza en México. Ella desde sus inicios en el 2018 participa en los coloquios de Neurohumanidades. Hoy estudia lo que los anglosajones llaman “*social touch*” y nosotros iberoamericanos llamamos “*caricias fraternales*”. El sentir tus visceras y tus cambios metabólicos y aprovechar esas señales de tu cuerpo para cuidarte mejor son ingredientes de la salud mental.

Estas inquietudes transdisciplinarias se desarrollan en el contexto de un momento histórico de liberación femenina de muchas arbitrariedades patriarcales y la generación de un clima de libertad de expresión que enriquece mucho y permite a las mujeres hablar con claridad sobre temas antes tabú como orgasmo, menstruación, aborto, próstata femenina, clítoris, las fragancias vaginales o la belleza del glande y, sobre todo, de la legitimidad, intensidad y belleza del amor entre dos mujeres.

En danza hay mucho talento introspectivo. Las bailarinas tienen mayores capacidades interoceptivas y propioceptivas incluso que los músicos. Además, su ciclicidad lunar, el ciclo ovulación/menstruación, mediada por estrógenos y progesterona da a las damas una mayor complejidad metabólica y variedad de señales del estado interno de sus vísceras.

Laura Eufemia Corral, doula ecuatoriana, nos propone el autoconocimiento a través de la escucha interoceptiva personal y la ciclicidad ovulatoria. Añade que el parto puede no ser doloroso e incluso tanto ella como Ana Zarak hablan del “*parto orgiástico*”.

Se presentó el primer mapa detallado del conectoma del Sistema Nervioso Autónomo.

Por fin, después de siete coloquios de Neurodanza en México, alguien con mirada cinematográfica y musical se animó a hablar, indirectamente, de brujería, de masonería, de magia y de hechicería y su relación con la danza. Lo hizo a través de un análisis cinematográfico de las dos versiones de “*Suspiria*” (Dario Argento, 1977).

Al invocar “*La Consagración de la Primavera*” de Stravinsky con el apoteósico final de “*Suspiria*” por Luca Guadagnino (2018), el profesor de composición del CENART nos ayuda a ver y sentir la enorme dimensión ritual, mítica y sagrada que trasciende los límites del cine de terror y nos eleva al cáliz del espíritu absoluto rebosando infinitud.

Otro tema que el músico Andrés Franco nos puso en la agenda fue el de la figura del psiquiatra en el cine. En *Suspiria-II*, se representa a un psiquiatra estudioso de la brujería quien corre por las calles de Berlín para oír una conferencia de Lacan. Recordemos que la psiquiatría ha estado involucrada en temas de brujería desde el “*Malleus Maleficarum*” (1487).

Durante siglos, la identidad de la emergente profesión de “alienista” se forjó, en discusiones entre teólogos y médicos, el sistema taxonómico en la psiquiatría hoy, el DSM-5 (2013), “*Diagnostic and Statistical Manual of Mental Disorders*”, tiene en sus orígenes este antiguo sistema para diagnosticar “brujería”. El “*martillo de las brujas*” oficializó la persecución de las parteras y preparó el terreno para ser

sustituida por la ginecología y obstetricia hospitalaria actual, con muchos cirujanos fanáticos del bisturí y la anestesia.

Se nos recomienda a los psiquiatras analizar otros temas, como el de la demencia senil. Claro, uno piensa en filmaciones del Macbeth de Shakespeare o del punto de vista del enfermo en la película “*The father*” con Anthony Hopkins.

Esta importancia del arquetipo de la bruja fue afirmada por Jessica Jiménez y Aura Frola, quienes coinciden en señalar que el periodo de sangrado menstrual se relaciona con las ideas de las brujas.

Un reciente y sorprendente hallazgo de la neuroimagen se relaciona con los profundos cambios en la estructura y en la conectividad cerebral, durante los fenómenos de excitabilidad en la fase estrogénica y de turbulenta inhibición en la fase progestacional del ciclo ovulación/menstruación, ciclo de “*expresión/recogimiento*”. Para Laura Eufemia “*se puede tener consciencia de la ovulación. El útero es el segundo corazón*”.

Históricamente, la producción de las píldoras anticonceptivas con esteroides estrogénicos y progestágenos fue labor de cientos de miles de campesinos que extraían el barbasco del sureste mexicano para que un privilegiado grupo de bioquímicos de esteroides (en la empresa farmacéutica Syntex) inventara el cómo, a partir de la diosgenina de la planta, se podían producir hormonas sexuales humanas.

Este es el evento de impacto mundial más importante en la historia científica del México del siglo XX, la píldora anticonceptiva, ligada en la medicina mexicana a los laboratorios Syntex, al Instituto de Química de la UNAM, al laboratorio de hormonas esteroides del Instituto Nacional de Ciencias Médicas y Nutrición Salvador Zubirán, al laboratorio de hormonas esteroides del ingeniero Esteban Volkow Bronstein, al laboratorio de bioquímica de esteroides del Centro Médico del IMSS de Oscar Domínguez Vargas y al laboratorio de bioquímica de esteroides en el principal consultorio privado de endocrinología en nuestro país en los años setenta.

Las investigaciones de la red de Neurodanza nos han motivado a tomarnos mucho más en serio la complejidad metabólica de los músculos y la refinada sensibilidad de las multinucleadas fibras musculares de la laringe, del de los movimientos oculares, del corazón, del útero, de las arteriolas, del sistema gastrointestinal, del psoas y el bíceps. Los movimientos mediados por los precisos músculos del ojo nos son de sumo interés. Su control cerebral es notable, ya que cada movimiento se basa en una predicción de donde en el campo visual hay algo de valor antes de enfocarlo en el centro de la retina donde existe una alta densidad de receptores al color. El monitoreo de los finos músculos oculares es una interfase fundamental de la realidad virtual, de la realidad aumentada y eventualmente del futuro “*metaverso*”.

Quisiéramos entender que debemos pensar de aseveraciones frecuentes en la ecología de las artes escénicas como “*memoria corporal*”, o “*el cuerpo piensa*”. Nos interesan mucho las observaciones de Wilhelm Reich (armadura corporal), Ida Rolf (rolfing), Arthur Janov (primal scream) y Moshe Feldenkrais (movimiento con énfasis en las propiedades de plasticidad cerebral de sus prácticas).

Los efectos positivos sobre la salud metabólica, mental, social y espiritual de la música, del ejercicio, de la interacción social y los estados meditativos que produce están muy bien documentados. Cada semana se publican varios estudios que apoyan el valor de las arteterapias. La danza agrupa estos cuatro ingredientes en sus experiencias con algo más: la espiritualidad, el contacto con lo sagrado, los estados expandidos de consciencia, la disolución del ego y el éxtasis. La danza logra sinestesia funcional en el espectador entre áreas cerebrales musicales, motoras y visuales. La danza es integrativa.

Los intereses de los cien miembros de la red de Neurodanza y del Centro de Investigación en Neurohumanidades han convergido alrededor de ciertos temas: energías, frecuencias, vibraciones, reverberaciones, sincronizaciones, actividades neuronales intrínsecas, espontaneidades, consciencias expandidas. Entre los participantes de la red de Neurodanza destacan: la filosofía ecoteológica de la danza de Ángel Méndez, el ciclo menstrual como mapa de Laura Eufemia Corral, las vinculaciones de la experiencia BUTOH de Eli Elan con las teorías sintérgicas de Jacobo Grinberg. Ella experimenta en carne propia las teorías holográficas de la mente y el contacto con el latice espacial como una forma sublime de conciencia expandida con riqueza sanadora. Las Dakinis y la energía del tantrismo como rescate de la sabiduría femenina de Caligo Choréfrica. Insiste que el tantrismo ha sido trivializado dándole un enfoque predominantemente sexual cuando en realidad se trata de una vida de liberación espiritual muy amplia, profunda y de las más elevadas; la relación entre el canto y la vibración laríngea de Carolina Bevacqua; la relación que plantea Joseline Vega entre el imaginario diurno (solar, ascendente, heroica), mediada por los músculos antigravitatorios, y apolíneo (con los dos tipos de imaginarios nocturnos: el de descenso al inframundo relacionado con los músculos digestivos y el régimen cíclico copulativo relacionado con las contracciones en el acto amoroso).

En este contexto, el foco de interés del cuarto Coloquio de Neurodanza y Salud Mental es el tema de la “*imaginación transdisciplinaria*”; el descubrimiento de la red neuronal basal (*default mode network*) ha esbozado a las ciencias del imaginario un substrato experimentalmente accesible de acción cerebral, un sistema orgánico, siempre activo menos cuando está enfocado a algún asunto mundano el cerebro ejecutivo de la atención enfocada y la comunicación instrumental. Según Joseline Vega, el imaginario diurno y el imaginario nocturno están basados o en la musculatura an-

tigravitatoria o en la musculatura digestiva y la musculatura rítmica copulatoria.

El tema de lo sagrado rebasa a la medicina “basada en evidencia”. Sin embargo, el modelo médico con el que el maestro de la Fuente inaugura su Instituto era profundamente humanista. El modelo médico en años posteriores se orientó más a lo farmacológico; esto opacó los múltiples modelos de atención médica que nos enseñaban los maestros Ramón de la Fuente Muñiz y Carlos Pucheu Regis en los setenta y ochenta. Antropólogos como Luis Berruecos y Scott Robinson dejaron de circular en nuestros pasillos. José Luis Díaz dio un giro a la filosofía analítica y a la ciencia cognitiva y dejó de hablar de etnopsicofarmacología, disciplina de la que fue fundador en México en los años setenta, cuando practicaba meditación vipassana.

El doctor Michael Winkelman presentó por primera vez en su larga vida académica.

Muchas de las ponencias de “*Neurodanza y Salud Mental IV*” son de corte antropológico con fuerte vinculación a lo sagrado y a temas de chamanismo (técnicas arcaicas del éx-

tasis). La presencia de sustancias como psilocibina, mezcalina, nicotina es hoy de gran interés terapéutico, razón que vuelve obligatorio el volver a poner (después de treinta años de penetración medicamentosa) en la agenda de los horizontes epistemológicos del Instituto Nacional de Psiquiatría el tema de lo sagrado. La bancarrota espiritual de la modernidad merece nuestra atención. Las personas que “creen en algo más” son más longevas.

Desde su consolidación en los años ochenta del siglo XX, El Instituto Nacional de Psiquiatría Ramón de la Fuente Muñiz ha cuidado el área de la arteterapia. Esther Murrow comenzó estudios de danzaterapia aquí hace 40 años, continuados después en musicoterapia en alianza con la facultad de música de la UNAM por José Luis Díaz y Enrique Flores Gutiérrez.

Todos estos temas se presentaron y discutieron en el cuarto Coloquio Iberoamericano “*Neurodanza y Salud Mental IV*” en el Instituto Nacional de Psiquiatría los días 29, 30 y 31 de marzo del 2022.

Las grabaciones pudieron ser escuchadas en el sitio electrónico oficial del Instituto, en línea y en momentos posteriores al evento.